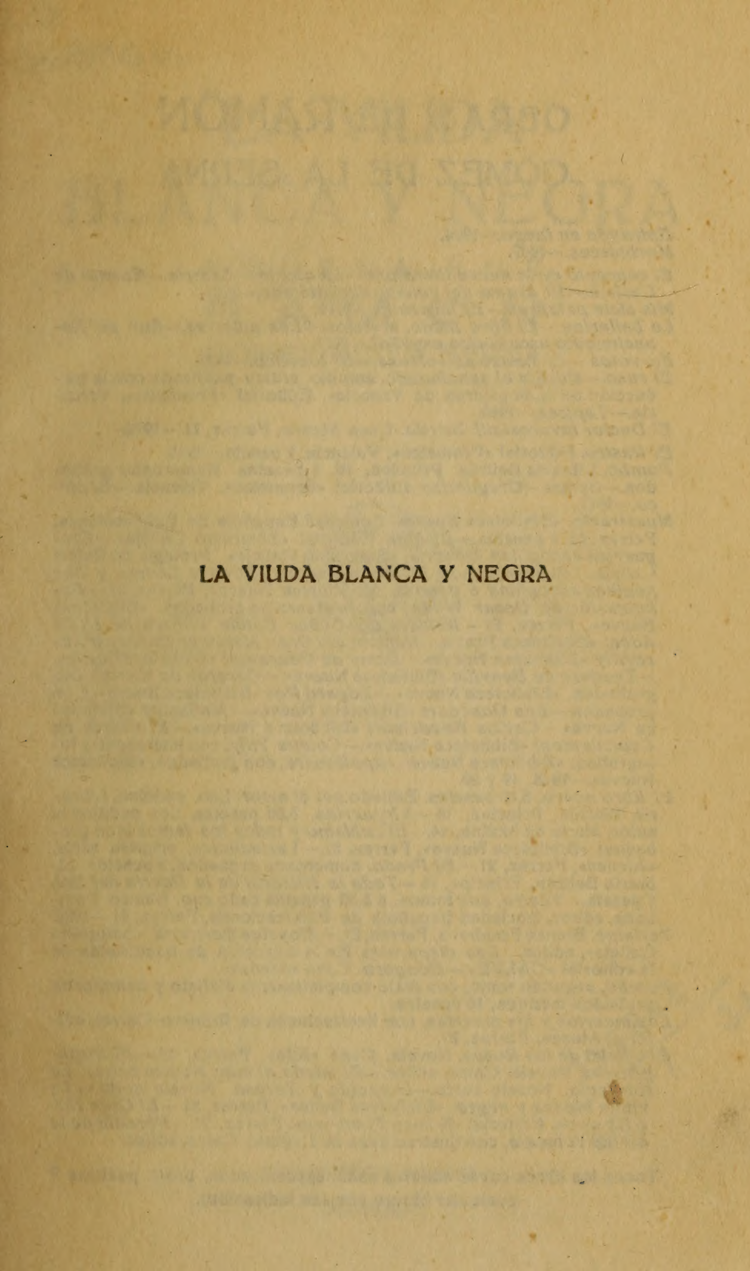

3 1761 09544875 9







LA VIUDA BLANCA Y NEGRA

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Entrando en fuego.—1904.
Morbideces.—1907.

El concepto de la nueva literatura.—*La utopía.*—*Beatriz.*—*Cuento de Calleja.*—*El drama del palacio deshabitado.*—1909.
Mis siete palabras.—*El laberinto.*—1910.
La bailarina.—*El libro mudo*, secretos.—*Las muertas.*—*Sur del Renacimiento escultórico español.*—1911.
Ex-votos.—*El Teatro en soledad.*—*El lunático.*—1912.
El ruso.—*Ruskin el apasionado*, estudio crítico publicado con la traducción de «Las piedras de Venecia». Editorial «Prometeo», Valencia.—*Tapices.*—1913.
El Doctor inverosímil. Novela. Casa Atenea, Ferraz, 21.—1914.
El Rastro. Editorial «Prometeo», Valencia. 1 peseta.—1915.
Pombo. Librería Beltrán. Príncipe, 16. 4 pesetas. Numerosos grabados.—*Senos.*—*Greguerías.* Editorial «Prometeo». Valencia.—*El circo.*—1917.
Muestrario. «Biblioteca Nueva». Sociedad Española de Publicaciones, Ferraz, 21. 3 pesetas.—*El Alba.* Editorial «Saturnino Calleja».—*Greguerías escogidas.* Editorial «Saturnino Calleja». Prólogo de Rafael Calleja. 1.50 pesetas.—*In Memorian* sobre «Silverio Lanza» y *Sus páginas escogidas.* 3 pesetas. «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.—*Exhumación de Oscar Wilde*, con interesantes grabados, «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.—*Retrato del Señor Conde Villiers de L'Isle Adam* «Biblioteca Nueva.—*Retrato del Gran Mariscal Barbey d'Aurevilly* «Biblioteca Nueva».—*Remy de Gourmont* «Biblioteca Nueva».—*Teodoro de Banville* «Biblioteca Nueva».—*Gerardo de Nerval*, con grabados, «Biblioteca Nueva».—*Edgard Poe* «Biblioteca Nueva». Con grabados.—*Los Goncourt* «Biblioteca Nueva».—*Mallarme* «Biblioteca Nueva».—*Carlos Baudelaire* «Biblioteca Nueva».—*El Conde de Lautréamont* «Biblioteca Nueva».—*Colette Villy*, con interesantes fotografías, «Biblioteca Nueva».—*Apollinaire*, con grabados, «Biblioteca Nueva».—1918, 19 y 20.
El libro nuevo, 3,50 pesetas. Editado por el autor. Los pedidos, Librería Beltrán, Príncipe, 16.—*Virguerías*, 3,50 pesetas. Los pedidos al autor, María de Molina, 44.—*El cubismo y todos los Ismos* (con grabados). «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.—*Variaciones*, primera serie, «Atenea», Ferraz, 21.—*El Prado*, numerosos grabados, 2 pesetas. Librería Beltrán, Príncipe, 16.—*Toda la Historia de la Puerta del Sol*, 1 peseta.—*Teatro*, dos tomos, a 3,50 pesetas cada uno. Blanco Fombona, editor, Sociedad Española de Publicaciones, Ferraz, 21.—1920.
Verlaine. Blanco Fombona, Ferraz, 21.—*Aloysius Bertrand.* «Saturnino Calleja», editor.—*Los disparates.* En la colección de humoristas de la editorial «CALPE».—*Góngora.* Casa «Atenea».
Pombo, segundo tomo, con texto completamente distinto y numerosos grabados inéditos, 10 pesetas.
Los muertos y las muertas, con ilustraciones de Romero-Calvet, editorial Atenea, Ferraz, 21.
El Chalet de las Rosas. Novela. Casa «Alfa», Ferraz, 21.—*El Incongruente.* Novela. Calpe, editor.—*El miedo al mar.* Novela corta.—*La tormenta.* Novela corta.—*Leopoldo y Teresa.* Novela corta.—*La viuda blanca y negra.* «Biblioteca Nueva», Ferraz, 21.—*El Gran Hotel.* Novela. Editorial «Blanco Fombona», Ferraz, 21.—*Parodia de la divina comedia*, con ilustraciones de Bagaria. Calpe, editor.

Todos los libros cuyos editores están especificados, basta pedirlos a cualquier librero con esa indicación).

LA VIUDA BLANCA Y NEGRA

NOVELA POR

RAMÓN
GÓMEZ DE LA SERNA



BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

Graf. Est.º Tip. de «El Adelantado de Segovia»

I

EN LA MISA DE ANIVERSARIO

Era una de esas misas de aniversario a las que no hay más remedio que ir. La iglesia no tenía ese luto que debía corresponder a una misa fúnebre, por más que el que se celebre sea un décimo aniversario, de esos décimos aniversarios que de pronto llenan las cuartas planas de muertos que parecen recientes.

Nadie en el público se había dado cuenta de que se trataba de una misa por el sufragio de nadie. Todos asistían a una misa como la de todos los días, y se veía que eran abonados a esa misa y a esa hora todos los que estaban en la iglesia.

Rodrigo, poco acostumbrado a entrar en las iglesias, disfrutaba de todos los detalles de la iglesia como cosa insólita llena de emociones y sabores infantiles. Primero, durante largo rato, se había quedado ciego, pero ciego con los ojos completamente abiertos, ciego con una sombra de sangre en los ojos, ciego como si los velos de la iglesia le hubieran cubierto los ojos.

Después vió el primer rayo de sol, como un roto en su oscuridad, y fué buscando a los parientes, con los que iba a cumplir. La tía Genoveva, enorme, opulenta, con su sombrero de alto copete, se destacaba la primera junto al

altar mayor. Esa no faltaba ningún año. Después vió a los demás de la familia del ilustre muerto, del querido tío de Rodrigo, al que Rodrigo apenas debía nada sino unas sonrisas y unas bromas que no había olvidado. Casi nadie de los que le debían algo estaba por allí. ¡Es que era el décimo aniversario y ya era como si no hubiese existido nunca el pobre difunto!

La misa estaba comenzada porque, eso sí, Rodrigo no podía llegar nunca a tiempo. Aquella sensación de que todo le volvía las espaldas le dejó en una especie de soledad en compañía, extraña, aguda, como si estuviese presente y muerto, como sombra espiritual de sí mismo. Hasta esa misma presencia de los vivos en las iglesias tiene una emoción de muerte.

Los dorados de las tallas y los cornisamentos le intentaban halagar y se le hacían presentes como nada. Los veía brillar, exaltarse en la luz, ser como los caireles de la iglesia, como la base de su gran lujo. Eran como espaldillas de torero colgadas aquí y acullá.

Otra vez volvía con extrañeza a aquellas mujeres vueltas, curvadas, con mórbida postura sobre los reclinatorios, en postura que tenía también una cosa de sumisión de mujer, de espera lúbrica.

Le excitaba el espectáculo de la iglesia. Hacía más atrevido su pensamiento que el de la calle. Recordaba todas las entradas en la iglesia como una sobreexcitación aguda. Sus horas de colegial salían más claras que de ningún sitio, de la iglesia. Recordaba también como un desmayo en el que le hundían las cosas, su estancia en las iglesias de la provincia lejana cuando iba a confesar y los

curas tardaban ímprobamente en despachar la larga hilera de pecadores.

En aquella sombra había derretidas tantas presencias que habían dejado su anhelo, su escalofrío de gusto al pensar en el cielo, que los niños encontraban la primera honda promiscuidad en la sombra de la iglesia. Las mujeres parecían haberse desvelado en la sombra de aquella gran nave, en que sufrimos el contacto más serio de la vida, en que tomamos parte en las fiestas de los mayores, en el salón de la iglesia.

Rodrigo quería precisar en las sombras aquellas siluetas que parecían engurruñadas sobre sí mismas. En las alturas subían hacia lo alto, como espirales o enredaderas, las orlas talladas. Había música de órgano en los pliegues de todo y en la ornamentación había notas de trompetería.

Casi todas las mujeres que entraban tenían ya su orientación en la iglesia, buscaban su capilla como si ese fuese su gabinete privado y las más buscaban aquella especie de «gabinete ortopédico» de la capilla de los ex-votos. Se sospechaba que aquella pierna colgada respondía de la de tal Señora y aquellos senos eran de otra, y hasta aquel niño ya tan amarillo y abortado representaba la niñez de la otra.

Las sillas de pueblo de la iglesia, las sillas bajitas con asiento de paja y traje de luto que están siempre arrimadas al balcón en las casas de pueblo, daban una campechanería especial a la iglesia.

Rodrigo buscaba entre todas aquellas mujeres, su mujer. La mujer que el hombre escoge en todos lados. No la encontraba, porque sus primas, aunque eran guapas, te-

nían para él esa especie de carne de bacalao sin sal que es la carne de todas las mujeres de la familia.

Junto a un oscuro confesonario había una penitente arrodillada, metida en el rincón de la confidencia. Parecía hablar por la reja, por la celosía con su novio, era como el pelar la pava del fraile enclaustrado y la mujer que le ruega que abandone su clausura.

Tenía aquella mujer disimulada en el rincón confidencial de la confesión, una gracia de formas encantadora. Parecía al mirarla estarla sorprendiendo en una postura de confianza, en la postura más de la intimidad, pues se veía que era la mujer orgullosa, altiva, elegante, que no sabe arrodillarse, que se arrodilla con ingenuidad, en la postura desarreglada, provisional, imprevista de la mujer que nunca pidió perdón y a la que el que puede humillarla la ha hecho que pida perdón.

Rodrigo esperaba el fin de aquella confesión y miraba la sombra de los demás confesionarios, sombra llena de pecados estancados, con telarañas negras en los rincones en los que trabajaba la araña del pecado y como llenos también de pulgas negras que, simbolizando los pequeños pecados, son las pulgas que guardan las mujeres en el nido de sus ligas o en la estrechez del corsé.

Hombres, ya no se confesaban casi nunca, ninguno. Por eso los pecados abyectos de los hombres, gordos como sapos cuando eran mortales, y cuando eran veniales sucios como chinches llenos de sangre, no se mezclaban a los de las mujeres.

Varias veces, el cura silencioso que accionaba en el al tar mayor, se había vuelto hacia él y le había mirado y le

había reconocido como se reconoce al escéptico, pero lo había bendecido de todas maneras, porque no había tenido más remedio que hacer el gesto al volverse.

Las misas de las otras capillas transversales a la gran misa central parecía que la hacían de menos y perturbaban la única atención que había que sostener. Curas más rústicos y humildes, sacerdotes que se aproximaban más al pastor arquetipo decían esas misas como secundarias, con la vela indecisa, con una especie de cabito de vela. La casulla dorada era la que daba luz suficiente a las pequeñas capillas.

Confesión larga era la de aquella mujer misteriosa e interesante, que muy vestida de viuda parecía contar la agonía de su esposo y lo que ella lo quería, al memorialista de la confesión, encerrado en su garigola. ¿Quizás contaba aún los pecados de su pasado, pecados confesados con retraso, pecados cometidos aún con el muerto?

Caía como una larga cola sobre su «pompa postrera» la pena del sombrero, cubriéndola un poco las piernas, vestidas con medias caladas, detrás de las que relucía la carne de la penitente, blanca como la hostia iluminada.

¡Cómo brillaba aquella mano conque se asía a la repisa de la ventanilla! ¡Cómo debían de sufrir todas las tiranteces de sus articulaciones acostumbradas a la enervación de la mujer cómoda, en aquella postura incómoda que iba resultando tan larga!

De vez en cuando, Rodrigo la veía moverse, asentar el pie como para ir a levantarse y, sin embargo, continuaba otro largo rato. De vez en cuando se oía el rezongueo de la confesión, la confesión a la que nunca habrá oído indis-

creto que se acerque. Ni las mujeres, que son tan curiosas, aplicaron el oído nunca a las confesiones que pudieron oir, aunque las tocase estar arrodilladas en la fila de los que esperaban, teniendo a veces que hacer un gran esfuerzo para no oir a la mujer nerviosa, que sin darse cuenta levanta la voz demasiado.

Por fin, como quien se recoge y levanta la cola para andar, la viuda recogió su larga «pena», y buscando la mano del cura—con el tacto de la de los peluqueros cuando apuran la barba—dió un beso en ella.

Rodrigo se quedó emocionado cuando aquella mujer levantó sus ojos y se volvió a orientar por entre las cosas perecederas, buscando el camino entre las sillas, en cuyos bordes se suele tropezar constantemente en las iglesias, destrozándose todas las espinillas el que tropieza. La viuda tan blanca y tan negra que le tenía deslumbrado, buscó su silla y tomó un devocionario y una sombrilla que había dejado en ella durante la confesión y se sentó.

Primero se puso a recapacitar y se abstuvo de mirar a ningún lado, pero en seguida cometió el primer pecado de distracción. Ella, indudablemente, había visto la mirada de Rodrigo y su presencia al lado del confesionario. Había sentido tal vez los azotitos en el transportín que le habían dado cariñosamente las miradas de aquel hombre, y lo buscaba hacia donde estaba, encontrándole enseguida y atreviéndose a mirarle fijamente.

Rodrigo recogió aquella mirada con encanto, satisfecho de obtener la mirada depuradísima de la que se acababa de confesar. La viuda parecía haber recobrado toda su virginidad después de la confesión.

La iglesia, con la misma luz de al principio, parecía haberse llenado de luz y se sopaba en la luz y se probaban los bizcochos borrachos de las largas franjas de luz espolvoreada, densa como un azucarillo de luz.

Todo se veía como después de una revelación y se encontraba en los rincones esa alegría de la habitación espaciosa y esterada con estera de pleita. Las puertas sonaban como puertas de armarios roperos. Había siempre algún arrastre de pies que parecía el de todo un colegio que entraba, resultando después que era el solo paso de una beata.

Rodrigo, un poco mareado con ese espectáculo a que estaba tan poco acostumbrado, veía subir, como en un concurso de altura, los cálices de los distintos altares y la Sagrada Forma, que parecía volar al cielo después de cada ofrecimiento, como si fuese una especie de cometa blanca y nacarada.

La viuda de vez en cuando se movía lanzando hacía sus atrases coleos de su gran pena, bufándola como quien bufa el pelo de su crespa cabellera suelta. Sus piernas, con las medias caladas de más fina filigrana, lucían como las candilejas de su figura y leía en su libro de misa las palabras amorosas que en miradas disimuladas iban a buscar a Rodrigo.

Por fin la segunda misa de duelo acabó, bajando los escaños el cura como macero que después de su misión se va a vestir de paisano y se va a fumar el cigarrillo de después del desayuno, cogiéndole con la fina aprehensión muy de ritual del dedo índice y el pulgar, con aplastamiento de pinzas.

Hubo un momento de tregua en que los parientes se miraron unos a otros, y las mujeres se sentaron con asiento pleno en las sillas cómodas para la lectura; las sillas bajas que las hacían a todas un poco jorobadas.

La viuda se había puesto de pie, gallarda, más alta que antes, porque había hecho el desperezo, la distensión de la que va a salir a la calle y despliega toda su figura. Su falda, de un corte especial, con dos haldas, la hacía caer de las caderas dos alas ceñidas.

Rodrigo, al verla ir a salir, retrocedió hacia la puerta y se preparó a darla agua bendita. Era un acto antiguo y de la cortesía del pasado aquel de dar agua bendita a una mujer, pero Rodrigo lo iba a usar porque le parecía un acto admirable para encadenar los destinos, para empalmarse con la mujer desconocida.

Estaba radiante y maravillado ante su ocurrencia. Iba a practicar la gran indiscreción permitida, iba a darla un beso húmedo en los dedos, iba a infiltrarla su influencia, su deseo, sus esperanzas.

En efecto, ella avanzó hacia la pila y Rodrigo entonces, con un gesto muy acoplado al momento, la ofreció un sorbito de agua, un poco de esa salivilla bendita que se pega a la punta de los dedos y ella lo tomó sin titubear, porque parece una cosa escrita y prescrita en el decálogo:

«Qué la que recibe el ofrecimiento de agua bendita, lo debe aceptar hasta de su enemigo.»

Rodrigo, aprovechándose de esa vuelta entera que dan las mujeres al persignarse frente al altar mayor, cuando esa misma persignación es hasta en los curas media vuelta soslayada, salió detrás de la viuda, y ya fuera de la

iglesia para que por cualquier escrúpulo religioso no le rechazase, la dijo:

—Es usted la blancura ideal y no quisiera si no poderla volver a ver... No podría yo vivir sin ver de cerca esa blancura incomparable...

El sintió que caían sobre los ojos de ella los segundos párpados del desvanecimiento por influencia de la flor oída y entonces insistió:

—La blancura de usted pone en el día como una de esas lunas de la mañana, que se atreven con el sol...

Ella se volvió al oir aquello y sonrió. Todo su descote en forma de sonrisa, sonrió también.

Entonces él se puso a su lado y toda la calle que los miraba, vió cómo escalaba el ascenso de ir al lado de ella, a su vera misma, el que a la vista de todos había comenzado con timidez de colegial, guardando las distancias.

II

BLANCA, MUY BLANCA

Rodrigo había obtenido después de muchas súplicas, y sobre todo, después de repetir muchas veces la palabra «blanca», que era por la que era vulnerable aquella mujer, una cita en la plazoleta más retirada del jardín público.

Rodrigo pensaba en cuantos albures corría aquella cita, y desde el día que la recibió hasta el que era el señalado, miró el cielo con miradas y rogativas de místico y mártir.

«La repetiré que es blanca de mil maneras—se decía Rodrigo—, hasta que se derrita, porque hasta la lagrimeaban los ojos con lágrimas de azúcar cuando la dije «blanca, blanquísima».

Rodrigo pensaba en la influencia que tiene de pronto una palabra sobre cada mujer y se acordaba de la influencia del «guapina» sobre aquella rubicunda, y del «gachonísima», sobre aquella otra, y del «vidaza mía», sobre la más opulenta de sus conquistas.

Rodrigo, como quien hace variaciones sobre el mismo tema, se paseó aquellos días por su despacho en casa de sus padres, buscando aplicaciones para la palabra blanca.

«Su blancura me acaricia, Cristina.»

«Su blancura es el suavizador para las miradas... Todas las mujeres envidiarán su blancura.»

«Su blancura, Cristina, es desesperante... Cuando quito los ojos de ella todo es oscuro y sucio.»

«Blanca de mi corazón.»

Esta última fórmula de «blanca de mi corazón» la usaría muy a menudo, sustituyendo con eso el nombre propio de Cristina, nombre demasiado discreto para aquella mujer de contrastes tan admirables.

Rodrigo preparaba tanto aquella entrevista, porque una viuda no es una mujer a la que se seduzca sin que la seducción sea muy intensa y muy sagaz y se le podía escapar para siempre, porque si rectifica una viuda, no vuelve a rectificarse.

«Blanca de mi corazón—la diría como saludo de hombre ventajista—, buenas tardes.»

Ninguno de sus pasos debían ser titubeantes, porque por cualquier titubeo se podía quedar sin aquella mujer, de la que esperaba una larga confesión, como aquella que la vió hacer por la celosía del burladero clerical.

—Blanca de mi corazón—la diría también—, parece usted un parvulito del colegio del Sagrado Corazón de las viudas.

Porque, en efecto, las viudas parecían tener su colegio, yendo todas uniformadas por igual. ¡Qué bonito sería verlas a todas salir una tarde de domingo, llenando toda la calle porque pasasen, de dos en dos, cambiándose los difuntos entre ellas mismas, contándose y regalándose cada pareja los encantos y las gracias de sus maridos, acabando la tarde la una del brazo del marido de la otra...!

Rodrigo esperó con impaciencia de cuarto en cuarto de hora, aquel día de la cita, y cuando llegó, se fué desde muy temprano al jardín de la cita.

Cuando llegó se quedó descorazonado, porque el jardín no tenía ambiente para la seducción. Le había salido un día frío, raro, desgualdrajado. Era el día para las meditaciones y las penitencias, no el día para comenzar unos amores. La viuda blanca y negra se acordaría de su marido y quizás se volvería a casa pensando en su rostro compungido. Era ese día de primavera que sale malo por sorpresa, como ese huevo que sólo al abrirlo descubre que está pasado.

El cielo tenía, además, trazas de ir a llover, y si llovía, entonces sí que quedaría frustrada la cita tal vez para siempre.

Rodrigo se sentía desairado, sin aquellas piernas largas como árboles que él hubiera necesitado para sentirse completamente seductor.

El único banco de la plazoleta estaba lleno de arena de la que los niños suben a los bancos para jugar. Rodrigo lo limpió como si arreglase así el gabinete en que iba a recibirla. Después dejó su bastón y sus guantes en el banco para defenderlo, contra cualquier pareja que lo quisiera ocupar.

Todas las frases sobre la blancura de Cristina, se le habían olvidado. «Pero ya inventaré otras—se dijo él—con tal de que figure la palabra «blanca» entre ellas.»

Era como el orador al que se le olvida el discurso momentos antes de comenzarlo a lanzar, y que sólo espera de su lealtad interior que vuelva a surgir en el momento des-

pués del saludo al público. «Quizás después de darla a ella las buenas tardes—pensaba él—vuelvan a surgir todas las frases que tenía preparadas para alabar su blancura.»

«Es una lástima que esté destechada la plazoleta—pensaba también Rodrigo—, porque por ahí se escaparán nuestras palabras, y se irán quedando sin fuerza mis argumentos... Será difícil presentarla una pasión lo bastante fuerte.»

La hora se aproximaba y esperaba ya de un minuto a otro la aparición de la silueta blanca y negra por entre el grueso enrejado de los árboles. Quizás vendría detrás de ella el que persigue a la viudas y las lleva la cola de su «pena.»

El suave cimbreo de las ramas, el tranquilo palpitar de las hojas en la tarde torva, daban mayores esperanzas de lluvia a la tarde, pero despejaban su impaciencia, la oreaban. Tenía tanta pachorra el palpitar de los árboles, que quitaban a la palpitación de su corazón su rauda velocidad. Si la naturaleza hubiera copiado su inquietud y se hubiera armonizado con ella, los árboles se hubieran movido como árboles a los que se desarraiga, o se les sacude de su fruto.

Rodrigo, sobresaltado de pronto, recogió los guantes y el bastón que guardaban su puesto en el banco, porque la vió venir por entre los árboles, sonriendo su descote en cuarto creciente, vivo sobre el fondo negro de su traje, pues hasta el rostro iba cubierto por un velo.

Llegaba sin prisa, con esa impasibilidad que caracterizaba a su paso. Parecía andar con el apretado dolor de

cabeza de la viudez. Parecía ir gozándose en su dolor, en vez de ir a buscar un consuelo.

Rodrigo contuvo su alegría al recibirla, porque parecía que siempre, por cortesía, habría que darla la mano como en un pésame.

Después se unió a ella sintiéndose poco de luto para ser su pareja. Su gabardina era algo detonante al lado del luto de ella. Debía de haberse puesto un traje negro. ¡Pues y sus guantes amarillos...! Los ocultó en su bolsillo como quien oculta un pecado.

—Ya ve usted como tengo valor—dijo ella—ya estoy aquí.

—Me hubieran dejado encerrado aquí esta noche, si usted no viene... No me hubiera sabido marchar sin usted... Se me habría caído la casa encima - dijo él con el tono exagerado, falsario, lleno de miel, que no puede aguantar un hombre en el diálogo de otro con una mujer, pero que las mujeres soportan siempre, sin bastante experiencia nunca.

Rodrigo no insistió en que se sentase, porque andando parece que encontraba más palabras y las pausas y los silencios, encontraban con qué llenarse; se llenaban con la novedad de todo lo que iban viendo.

—Blanca de mi corazón—dijo de pronto sin venir a cuento, destrozando la formalidad en que había entrado la conversación... Cristina al oir sus palabras se volvió con aquellos ojos derretidos, cuyos párpados se hinchaban de voluptuosidad al oir aquella imagen de la blancura y le miró sumisa, esperando las palabras que él la impusiese. Se veía que era el momento en que reblandecido el lacre

del corazón, esperaba el sello de él. Rodrigo, que se apretó a ella en la pausa, dijo después...

—Puesto que es usted libre, ¿por qué vamos a pasear por este jardín triste como una pareja sin hogar? Yo no puedo llevarla a mi casa, porque vivo en la de mis padres, pero usted, blanca mía, ¿por qué no me ha de recibir en su gabinete lleno del perfume de usted que aquí se pierde, que aquí apaga el aire?

—Soy libre—contestó ella—pero por eso tengo que tener más cuidado con todo.

—Pero hay cosas que debe dar el corazón, que no merecen ningún recelo—insinuó él. Y continuó: —Déjeme usted entrar en su casa para ver su blancura en traje de casa... Para verla sin esa levita de cumplido... Déjeme usted ver y querer de cerca sus brazos blancos...

Se hizo una pausa en que la dejó reflexionar, pero enseguida la dijo:

—Es usted la viuda blanca y negra... Yo la llamaría siempre la viuda blanca y negra... A otras viudas se las come el luto... A usted la exalta, la da claridad, la hace resplandecer—decía Rodrigo, entusiasmándola porque poseía la elocuencia varonil

—La viuda blanca y negra... ¿Sabe usted que no está mal el mote?—dijo ella después de un rato de saborear el título que la había dado Rodrigo.

—Sí; es usted la viuda blanca y negra que veré venir siempre hacia mí por las avenidas de mi alma... Usted es la que se destacará más que nadie en el mundo para mí' porque no hay nada que se destaque tanto como la blancura y la negrura, cuando toman ese contraste que en us-

ted forman, sobre todo por causa de su blancura—dijo Rodrigo.

Aquella blancura, cuya idea exageraba Rodrigo, la maceraba, la vencía, la hacía el efecto de una caricia más sutil que las otras caricias, y todos los poros de su cuerpo se oblongaban.

Como aflojadas las articulaciones por la grippe súbita de la sensualidad, Cristina se sentó en un banco y a su lado Rodrigo.

—Yo no podría tener un amante—dijo ella.

—Yo no aspiro a eso... Yo sólo quiero ser su adorador y que me deje usted serlo y mirarla de cerca como tal, sentado en la butaca del otro lado a la suya, dejando el sofá vacío en medio... ¿Para qué se pone usted entonces esas exquisitas medias caladas que dan el resol de su seda y que ponen fuera de sí a las miradas con su tacto suavísimo? Para que se las miren, para que se adivine la blancura de esa pierna satinada, como solo satina el agua los mármoles antiguos... ¿O cree usted que yo no descuento que todo el brillo no es de la seda?

La viuda blanca y negra, cada vez más blanca—parecía mentira—y cada vez más negra, según oscurecía en el jardín, recogió sus piernas como si la hubiesen hecho cosquillas las miradas deslenguadas de Rodrigo.

—Usted, blanca mía, debía de comprender que es un crimen dejar pasar los días... En este momento parece que se acaba usted de poner más de luto de lo que estaba, con un nuevo luto, por haberse muerto nuestro día, el que ha podido ser el primer día feliz de nuestra amistad, si usted me hubiera citado en su casa...

—¿Pero qué es lo que ya me une a usted, que le estoy escuchando sin contradecirle?—dijo ella.

—Nos unió aquel agua bendita que puse en sus dedos... Yo quedé convertido en su adorador oficial desde entonces... Es hasta canónico nuestro vínculo—dijo Rodrigo muy serio, mientras ella sonreía.

—Vamos, sería usted capaz—dijo ella—de decir que nos casamos aquel día porque el cura nos dió su bendición al final de la misa.

—Yo soy capaz de decirlo y de hacerlo todo, blanca de mi corazón, porque la vida merece que se pórte uno con esa libertad...

Como entre cada palabra había muchas miradas y en las pausas meditaban el uno y el otro lo que les convenía hacer, con ese desplante de los que al fin se van a unir y cuyo preámbulo es de lo más cínico que se conoce, había atardecido mucho.

—¡Lo ve usted...! Estos son los defectos de la Naturaleza... por eso se estará mejor en su gabinete—dijo Rodrigo—. Ahora no podemos encender la luz y su blancura no puede con esa inundación de los murciélagos de la oscuridad.

—¿Qué es eso de los murciélagos de la oscuridad?—dijo ella escalofriada por la frase toda su blancura, rozada por las alas de esos numerosos murciélagos que había evocado Rodrigo.

—No es que todos sean murciélagos de verdad, pero esta oscuridad de la naturaleza está llena de murciélagos. Esta obscuridad está hecha de microbios negros con tipo de murciélagos—dijo él.

Se levantaron. Ella tuvo esas convulsiones de la que se sacude el traje y su falda tuvo las rizaduras de la de la cupletista que danza, enseñando un poco más las piernas que son como la miniatura, el bibelot esbozado de la mujer desnuda, algo así como una pareja de mujeres desnudas sino que muy chiquitas.

Rodrigo, cada vez más atrevido en la oscuridad del jardín, que ya indudablemente había cerrado todas sus puertas y no tenía guardas, la dijo:

—Usted ha visto que soy un caballero, que he exagerado mi cortesía, pero ahora no sería cosa de andar el trecho que nos queda hasta la única puerta que estará abierta, sin que vayamos del brazo.

Ella se dejó coger del brazo... Ella que había ido dispuesta a ser la mujer fuerte si aquel hombre intentaba con violencia la seducción que tenía que ser voluntaria, se había visto captada por él, porque fué discreto, cariñoso, y el segundo contacto con ella había sido tan respetuoso como el primero, darla el brazo, y además bien escogido el momento, y cuando el negarse a ello hubiera sido de una hipocresía sin límites, pues el ir por un jardín oscuro del brazo de un hombre es como bajar una escalera de brazo de un cualquiera; está permitido.

«Ahora sólo falta el primer beso», pensaban los dos, él con temor de causar un gran sobresalto en ella, y ella temerosa de lo que él intentase después del beso en medio del jardín oscurecido y solitario. «Si me lo diese ya en la puerta, como despedida de la soledad, cuando ya no pueda venir después del beso, nada más que la despedida de las manos, se lo perdonaría». El parecía que presentía y

que escuchaba a través del brazo de ella ese pensamiento sobre el beso, conteniéndose, esperando ver ya cerca la puerta para que ella recibiese el beso como el beso de la despedida y se tuviese que contener en las represalias con el temor del guarda ya presente en su garita.

En efecto, al llegar cerca de las luces de la población, él la apretó contra sí y la dió un beso. Ella no sólo no se volvió contra él, sino que envuelta en el desorden de aquella escaramuza se quedó con la cabeza baja, torcida, en la posición de esperar otro beso, tanto, que entonces Rodrigo la dió el segundo, como si al ver a la víctima humillada repitiese el golpe de la puntilla.

Así quedó asegurada para él la viuda, pues ya no podía haber hipocresía que rectificase aquel momento, que pusiese palabras a aquella falta de palabras.

—Ahora —dijo ella, dando por buena la complicidad que les unía— suéltame el brazo...

Rodrigo la soltó satisfecho de que ella hubiese puesto de manifiesto que aquel darla el brazo, no había sido el etiquetero dar el brazo de los que bajan una escalera. Si ella le hubiera quitado el brazo en silencio no habría quedado tan clara la complicidad.

Ya el tono de su conversación fué distinto, más sensato, más dado por hecho todo lo que iba a suceder. Así, a la hora de la despedida, preguntó Rodrigo con gran naturalidad:

—¿Mañana en su casa, a qué hora?

—A las siete de la tarde—dijo ella... ganada por la pregunta y sin darse cuenta de que él no sabía siquiera qué calle era la suya. El, muy político en la seducción, no qui-

so espantarla preguntándola sus señas antes de obtener la cita; por eso, solo al final, ya con la mano de ella en sus manos y después de repetir los dos el «Hasta mañana» que corroboraba la conquista, la preguntó las señas y el piso, apuntándolas en su memoria, porque el apuntarlas en un papel hubiera sido peligroso y hubiera señalado la extrañeza del que ya no era un extraño.



III

LA SEÑORA EXTRAÑA A QUIEN SE ABRAZA

Siempre habrá alguna deslealtad para alguien en el primer abrazo a una señora extraña. Siempre había sentido Rodrigo la deslealtad de ese primer abrazo y toda la turbación con que afligía al mundo en ese primer momento.

En aquel caso, ¿a quién era desleal? En primer término a sí mismo. El abrazar a una mujer tenía mucho de inversión, de acto pedigüeño, de necesidad perentoria que se confesaba a alguien. En segundo término, era desleal a aquel hombre por el que guardaba luto ella, a un señor desconocido que a lo mejor se parecía a su padre y entonces sería como si habiéndole sobrevivido su madre, alguien como él se la hubiese pegado con ella.

Tenía temblores de principiante, de delincuente. Hasta le parecía que iba a ser desleal por último con aquella mujer, en la que en aquel momento deseaba encontrar lo que tenía de extraña, de profundamente extraña.

La había querido, estaba tal vez enamorado de ella, pero en aquella hora en que iba a abrazarla, todo eso perdía interés y lo que únicamente lo tenía era el que ella fuese muy extraña, completamente extraña, cuanto más extraña

mejor. Ese era el contacto que buscaba, esa era la sensación que prefería.

—Pase usted—dijo la doncella pasándole a un gabinete...

Sintió que todo estaba preparado y que quizás ella le esperaba con la misma impaciencia, el mismo temor y la misma ansia innoble de abrazar a un extraño, de encontrar en él los síntomas del hombre desconocido.

—«El amor es innoble en su principio, porque tienen que ser dos extraños los que se abrazan, y porque esa pijotera extrañeza entra en sus deseos.»

Ella estaba preparada de arriba a abajo por completo. Recordaba aquella novia que estuvo en un tris de caer y que fué a aquella visita que le hizo, con unas enaguas que nunca había visto él en ella, unas enaguas recién almidonadas que fufruteaban como nunca las había oído fufrutear.

Ella iba a aparecer resignada y se iba a dejar abrazar. Era la primera vez, otra vez la primera vez, que la abrazaba un hombre, pues los brazos de su fallecido marido se habían evaporado ya y eran irrecordables.

Un biombo separaba la alcoba del gabinete. Detrás del biombo estaba ella esperando indudablemente el momento de respirar con orden, pues con la respiración desordenada no se puede salir a la visita del hombre, se lleva todo perdido...

Por fin apareció. Su voz era sofocada como nunca, como si una gran congoja la aplastase. Era una voz erisipelada, hinchada como unas anginas.

—¿Cómo está usted?—dijo por todo decir y se dejó abrazar con el abrazo arrebatado que no esperaba Rodrigo

dar tan pronto, que temía que no le iba a salir por haberlo discutido y preparado tanto, pero que en el momento le había salido lleno de confianza, arrebatador, levantándola en vilo, palpándola al mismo tiempo por todas partes, con anhelo de ciego.

Ella le abrazó también, vencidos por algo más fuerte que ella, los repulgos, que también había tenido antes de que él llegase.

Los dos, con una gran hipocresía, comprendiendo que lo peor que se podían hacer era dar razones de las cosas, se empujaban en silencio, él sin saber a dónde orientarse y ella orientándole.

El no veía con la habitación entornada, pero ella que sabía los rincones, le llevó, al ser llevada, hacia el diván, el diván con almohadones negros adornados con azabaches.

En el vals intencionado, lento, lleno de sofocos, de los dos, él había caído el primero, porque sintió donde dan a los soldados el golpe para ver si son resistentes el tropiezo del diván y cayó sentado. Tiró de ella entonces, y la viuda también se derrumbó a su lado con inclinación de viuda, con postura desconsolada.

Entonces, viendo él lo vencida que iba la situación, no quiso precipitarse. Podía ordenar el acto, que no resultase precipitado y sin tener todas las claridades, que tanto convienen a esa primera vez.

Rodrigo, como el fotógrafo que prepara las luces, fué corriendo unos toldos y descorriendo otros y acercando y alejando su máquina de la viuda.

Le parecía que había un hombre detrás de la viuda, un hombre que presenciaba todo el acontecimiento.

Ella estaba más blanca y negra que nunca, como si su palidez, la lividez que dan los grandes acontecimientos, el haberse encendido la cera de su carne, la diese más lividez a ella y más negrura a su traje.

Encerrada en el traje negro, aunque con los desnudos brazos sobre el traje, la viuda blanca y negra, era la viuda rozagante, hechizada, a la que ya se puede quitar el vendaje de su apósito de viuda y encontrarla llena de reservas de deseo.

Rodrigo miraba su actitud compungida, aunque dispuesta y sumisa, pues ella se había hecho todos los cargos sentimentales posibles durante toda la noche, pero la fiebre de su resurrección había vencido todos sus cargos.

Indudablemente había habido un cambio de decoración en aquellas habitaciones y había sido desterrado algún retrato y todo lo que evocaba el gusto de un hombre, había sido escondido. Por eso, sobre el papel rojo de la habitación se destacaba como una sombra descolorida la huella de una panoplia que debía colgar en aquel trecho, una panoplia con cierta forma de corazón.

Sólo había dejado aquel cenicero que recordaba un gusto deplorable v que era el de la esposa que en ausencia del esposo ofrece el cenicero que compró él para su mesa, algo como su tarjetero o su corta-puros. Desde que había entrado le había atacado la vista aquel cenicero como nicotinizado por el otro, aun después de todas las limpiezas.

Rodrigo, después de dejar que ella se reclinase en su pecho como una arrepentida de lo que había hecho, después de aceptar encima el arrepentimiento que él había pro-

vocado como una caricia más, la apretó buscando su blandura, como el que calcula si una fruta está o no muy madura.

Ella, que no perdía la austeridad de su actitud, que no dejaría de ser la viuda blanca y negra aunque la arrebatase sus ropas negras, tenía al mismo tiempo la condescendencia más absoluta.

Le entusiasmaba ese contraste serio y alegre que había sido para él la viuda desde el primer día, pues le había permitido todas las confianzas y en todos los momentos se había mantenido reservada y adusta.

Rodrigo la depositó un momento sobre los almohadones y se levantó a apagar las luces de la calle, esas luces que espantan las caricias, que fiscalizan con rigor lo que sucede en la habitación en que luchan los deseos.

Cristina encendió la lámpara que tiene el enchufe junto al diván. El quedarse casi en la sombra provocó mayores caricias, aunque él no se atrevía a desabrochar el primer botón de su traje negro, como si el traje de viuda estuviese cosido al cuerpo o pegado a él como un parche. «Ya que has salido de tu convalecencia—la hubiera dicho él—déjate quitar el parche inútil.»

Rodrigo jugaba con sus brazos como si fuesen sus dos hijitos y fuese una disculpa de su ternura y de su larga visita el acariciarlos...

Sus brazos eran alegres. Se veía en ellos la vida. Pendían a su lado como atributos de su belleza. Eran como elementos de su blasón.

Tenían sus brazos inocencia y franqueza. Se sabían desnudos y, sin embargo, se mostraban con ingenuidad.

Tenían, a veces, descoco de piernas sobre las tocas negras.

Se movían, sobre todo, como si lo hiciesen con coquetería, y sin embargo, no había coquetería en ellos.

La viuda era la mujer seria que prefiere que las cosas sucedan en silencio, en el puro silencio en el que no hay que mentir.

Había cierta cosa enemiga en aquel preámbulo silencioso, atropellado, incongruente.

El era el hombre que se iba a apoderar de todas las confidencias antes de saberlas, que iba a abrazar en aquella mujer todos los días a los que había sido extraño.

Tenía aquello tristeza de engaño contra él mismo, y se enlugubrecía la escena como si la luz sufriese oscilaciones. Sin embargo, él no podía perdonar a aquella mujer, ni ella quería dejar que la perdonase.

Su blancura descendía por todo su cuerpo, y él padecía el vértigo de aquel suave descendimiento de la blancura en curvas seguidas.

Aquello se iba poniendo cargante y premioso. Había que romper aquel equilibrio de lo blanco y lo negro, y Rodrigo, como quien se decide a desollar a la mujer, la abrió más traje del que hubiese querido, pues como la espalda se cerraba con automáticos, se corrió la abertura como por encanto.

Era más blanca que nunca por sus descotes, y era más oscuro que nunca su traje negro de viuda; como roto y desgarrado por las manos ávidas.

Sentía en aquel traje negro un gran dolor y parecía como si se manchase de dolor al tocar sus ropas negras.

Se había atrevido a quitar un pedazo de aquella negrura y siguió despegándola el traje, cuando vió que ella no sufría, que no ponía la cara dolorida de la que se siente despellejar. Ella sintió simplemente que la desnudaba. Entonces, como quien acepta lo irreparable, le dijo con una transición de voz que parecía de mujer muy ducha y perversa:

—Cierre usted las puertas.

Rodrigo, un poco con el sinsabor del que comete engaño y se oculta, cerró las puertas. Hubiera preferido que ella no hubiera pronunciado aquel «cierre usted las puertas» tan sobre sí, tan sobre aviso.

Ella entonces, al verle volver, se puso de pie y se comenzó a desprender el traje negro, sin soltar de la mano un pañuelo con pintas negras que conservaba por si tenía que llorar, por si la acudía un llanto copioso e incontenible y tenía que enjugarlo repentinamente.

Era raro el contraste entre el negro del traje encresponado y las ropas blancas que aparecían por las aberturas, cuchillos blancos como pecheras, como desgarrones, como grandes sietes. Parecía una esquela de defunción que iba a dejarlo de ser, a la que como alguien acostumbra a hacer cuando las archiva, se la cortaban las negras márgenes.

Se acercó él a ayudarla, pero la enredó, y además se apartó un poco de ella para verla surgir de lo negro. Ese era el mayor encanto de aquella revelación: que saliese tan blanca de lo muy negro.

Aquel concepto, que le había servido para seducirla, aquella repetida idea de su blancura.—«¡Qué blanca es us-

ted! ¡Cuán maravillosamente blanca! ¡Cuánto más blanca debe ser!»—, se volvía ahora algo tan verdadero que la habitación en sombra se llenaba de su blancura en contraste con sus tocas de viuda.

—¿Dónde tienes tu manto de crespón? —preguntó él, atrevido y audaz.

—Ahí, en la percha de la alcoba.

Rodrigo entró por él y como quien extiende una bandera lo extendió en el diván.

El blanco de la ropa era muy desagradable después del negro, aunque ella adornaba sus camisas con lazos de luto.

—Cuando le espere en bata, cuando ya vea la criada que le trato con más confianza y todo esté arreglado para sus venidas, le esperaré en bata, con una bata de seda negra que me está muy bien.

—Pero, ¿por qué me llamas de usted...?

—Eso no lo podré evitar... No volveré a llamar de tu a nadie...

—¿Pero cómo, después de la mayor confianza?

—Siempre —dijo ella, imponiendo una pausa, después de la cual dijo Rodrigo:

—Tu blancura es admirable. ¡Qué blanca eres! ¡Cómo te decía yo que tenías que ser más blanca que nadie!... Lo eres... debías de gastar camisas negras.

—¿Usted lo quiere?

—Sí... Estarías más blanca...

—Pues me las compraré... Da vergüenza encargarlas, pero las encargaré... Siento un poco de frío...

—Pero si hace calor... ¿Pero tienes algo de abrigo ahí dentro?

—Sí, una echarpe de astracán...

Rodrigo buscó en la percha el rizoso astracán y pronto dió con él... Ella se cubrió un poco con aquello y su blancura ganó en proporciones... Era la viuda blanca y negra; aquel mote íntimo estaba puesto con sinceridad. Aquello no era una mentira, ni una simpleza... Era la viuda blanca y negra.

Hasta su pasión se había contenido un poco para verla tendida sobre la bandera de crespón, envuelta en su chal de astracán... Aquello era más serio de cuanto había visto nunca.

—Tu blancura —la dijo— atrae y enfría... No sé lo que tiene que le deja a uno helado y rojo de pasión.

Ella como siempre y más que siempre cuando la había llamado blanca, echaba la cabeza hacia atrás y se sentía desvanecida, derretida. Muchas veces había pensado en aquellas horas en que se había preparado aquel acontecimiento: «Cuando él me llame blanca y yo esté desnuda, me desmayaré».

Sino desmayada, se quedó adormecida, se quedó con los ojos muy chicos y perdidos, y se dejó abrazar por Rodrigo, echando la echarpe lejos, como si esa fuese la última prenda de su rubor. No deslució la escena nada más que las medias que, al sentirse sin ligas, cayeron engurruñadas sobre sus pies.

IV

LAS PRIMERAS PREGUNTAS

Cristina después de la tarde de su resurrección, volvió a ser la viuda blanca y negra. Parecía que siempre iba a aparecérsele desnuda y fácil después del primer día y, sin embargo, se le aparecía blanca y negra, otra vez viuda, viuda cada nuevo día como si fuese viuda del día anterior.

Sabía ya aproximarse a sus labios, y no obstante, no le quitaba la confianza su usted invariable ni su ropa de viuda.

—Cierta dignidad que no debo perder nunca, me la darán siempre el luto y el usted—decía ella.

Él iba reconstituyendo por las alusiones vagas que ella hacía, algo de lo que podía ser su pasado, ya que no se atrevía a indagar directamente.

Cuando él la había reprochado su luto excesivo, ella le había dicho:

—No me lo quitaré nunca... Quiero llevarle luto por lo que me hizo sufrir, porque así señalo bien que ya me dejó en paz... Este luto prohibirá a otro hombre, que sea tan grosero como él...

De esa y de otras frases de ella, había deducido Rodrigo que aquel hombre había sido ingrato, y muy injusto con aquella mujer. La había dejado libre, independiente, auste-

ra para toda la vida. Era la mujer que no aguantaría por segunda vez la grosería; por eso con aquella actitud amanerada dejaba ver que daba su seno al niño agradecido, pero que ya no volvería a dárselo al díscolo, ni nadie tendría derecho sobre ella.

Todas las tardes, a eso de las siete, iba Rodrigo a continuar aquel idilio enlutado, con un luto que no era desagradable, porque aquella blancura incontinente que salía de él, lo vencía y saltaba a borbotones por toda rendija de traje.

Ella tenía una ternura excepcional y se la veía encenderse, ponerse blanca como si se iluminase por dentro cual una bombilla esmerilada. Pero en medio de lo sensible que era, permanecía sentada como una gran señora, como una visita en la butaca del estrado, evocando una escena de pésame.

«Si continúa de luto toda la vida, siempre se conservará joven... No debe haber nada que conserve la belleza como el traje negro de la coquetería», pensaba Rodrigo.

¿Y su fortuna? Debía de poderse sostener bien y con holgura y no tener apuros. siendo la señal de su fortuna aquellas medias de seda transparentes como el talco y en las que nunca había visto un punto saltado. Ella misma le había dado a entender que desde niña había tenido medias de seda.

Ya realmente parecía que sus medias de seda eran la piel de su pierna.

Indudablemente había gastado una fortuna en medias caladas y de seda, a través de la vida.

Las medias caladas de Cristina, eran las más atractivas.

Ella atraería indudablemente con las medias de seda que usó de niña, ella resplandeció con las medias de jovencita, pero con las de viuda era con las que lograba un efecto más chillón y pasional.

Aquellas medias de viuda, eran como medias de tela de araña.

Aquellas medias de color murciélago de día, es decir, del color que quedan los murciélagos rezagados, cuando sus alas mulaciginosas son transparentes, eran lo que más optimismo le daba sobre aquel bienestar que se respiraba en casa de la viuda.

No le amenazaba ningún espectáculo de pobreza, ni la petición de preámbulo difícil. Las medias caladas le obsesionaban con tan vivo resol, con el vívido fulgor y tornasol de la carne debajo de la malla sutil, tanto que parecía muchas veces que iba con las piernas desnudas.

¿Qué ensañamiento había en aquella viudez que tan bien preparaba los efectos? Muchos ratos pensaba que dentro del luto de aquella mujer de férvidas blancuras, le acechaba algo, le preparaba alguna encerrona la suerte. Aquella viuda parecía que se preparaba a ser su viuda, o quizás a que él fuese su viudo, es decir, que ya sin poderla olvidar, anduviese perdido por la vida como un loco. Su plan era secreto porque ella apenas hablaba del porvenir.

Rodrigo sentía todas las tardes emociones que no se hacían antiguas, porque ella conservaba siempre su extraño gesto de mujer lejana y aquella separación del usted que le dolía y le encantaba.

«¿Cómo era aquel hombre desaparecido?» se preguntaba Rodrigo constantemente, pensando en aquel marido del

que él rehusaba hablar con ella y ella también. Alguna vez señalando algún retrato de las rinconeras había preguntado: «Y éste, ¿quién es?», temeroso de que ella contestase con aquella valentía que ella tenía para lanzar las palabras: «Mi marido.» Pero no, nunca era su marido.

«¿Cómo era él?» Necesitaba formarse una idea de su tipo para tener idea sobre todo de lo diferente a él mismo que era el otro.

¿Sería uno de esos hombres tristes que pasean por la ciudad todo el día y se paran en las esquinas y fuman cigarrillo tras cigarrillo y parece que están desesperados?

Por las ventanas de los cafés veía Rodrigo el tipo del supuesto esposo.

Lo veía con tristeza, y cuando ya llegaba a compadecer a cincuenta o sesenta señores, se decía para consolarse y para parar en su compasión: «Tanto como cincuenta maridos no fueron los de Cristina.»

Cuando se imaginaba más al marido de Cristina es cuando un desconocido se ponía a hablar con él en la plataforma de un tranvía, en la espera junto a cualquier ventanilla, en la peluquería. «No sé por qué—se decía siempre—debía ser el marido de Cristina muy parecido a este señor.»

También le parecía el marido de Cristina uno de esos maridos largos, amanerados, de pantalones con mucha raya que iban acompañando a mujeres con el perfil de Cristina. Aquellos maridos que tenían cierta cosa de militares vestidos de paisano y que tenían bigotes agudos, malintencionados y con crueldad de chinos en sus sedosas hebras, le escamaban a Rodrigo. Viéndoles tan presuntuosos, con sus narices comprimidas por la agresivi-

dad y con su aire de llevar militarmente a sus mujeres, Rodrigo les odiaba como a presuntos maridos de Cristina. Hubiera tenido una cuestión con ellos de buena gana, como quien cuestiona con un espectro a quien se odia o con el duplo de algún malvado.

No sabía nunca cómo era, quizás porque tenía un tipo innoble, grandullón, torvo, de esos hombres hechos a pegotes, hombres como hechos con papel mascado, es decir, hechos de algo innoble. La odiaba un poco a ella porque había tenido aquel marido que era una obscenidad para su imaginación como si el adulterio ya lo cometiese el muerto más que el vivo.

¡Gran viuda, féretro de grandes dimensiones de un hombre de grandes dimensiones que después resulta pequeño!

Lo que tenía de féretro no podía olvidarlo Rodrigo ni en la hora de los abrazos, porque las hombreras de la camisa y el adorno del descote eran negros y se unían sobre la espalda y sobre el pecho como si fuese un escapulario la camisa, un gran escapulario con tirantes negros.

Sobre todo, un lunar oscuro que tenía en la espalda la viuda, le irritaba a Rodrigo. No lo podía ver. Le parecía lleno de besos, lugar señalado por el otro, isla en que aún perduraba refugiado.

El no estaba preocupado por el otro y por su presencia espectral. En eso no creía, pero le molestaba no saber cómo era y el recordar que había besado alguna vez a Cristina. Muchas veces estaba por armarla una escena de celos por haberse dejado besar por aquel hombre.

Cuando la sentía venir del fondo de la casa por el pasillo oscuro y largo que daba al gabinete, Rodrigo sentía

más vivos celos. Parecía venir de la oscuridad, de estar disputando con la sombra del hombre inofensivo, borroso, pero inscrito en los recuerdos de ella. ¡Cuánto hubiera dado él por arrebatarla el recuerdo de la noche de la boda!

Ese era un recuerdo que no podía arrancarla, que podía siempre más que él, que sería siempre la pintura del techo de la alcoba, el gran fresco como de plafón de teatro que se veía en lo alto de ella.

La noche de la boda no podía arrancarla a su memoria, pues viviría cuanto ella viviese. Aun el día de la boda, aquel hombre no la había perseguido con su saña de todos los días, aún no había sido pesado y cruel para ella.

No se podía destruir, ni borrar, ni extraviar la noche de bodas. El ser más lerdo y más animal tiene derecho a impresionar esa placa para siempre. Es después una fotografía odiosa, pero la única de la que en vano se romperán las pruebas, pues es la única de la que existe la placa en el corazón de la mujer. Así como la memoria, igual que los fotógrafos, va inutilizando placas y placas, según pasa el tiempo, haciendo grandes saldos de esos cristales ahumados que se amontonan en los archivos, la única placa que no inutiliza es la de la noche de bodas. No se la dará a ningún nuevo amor, porque no es el recuerdo de una rivalidad, es el recuerdo de cuando ella se amó más a sí misma y se encontró por primera vez y por entero.

—¿Y cuándo te casaste? —la preguntó él.

—Me casé hace seis años... Cuatro años de sufrimientos y de odio—le contestó ella.

—¿Y cuándo se murió él? —volvió el a preguntar.

—Hace dos años —contestó ella.

—¿Aquí? —insistió él.

Ella guardó un momento silencio, y después le dijo:

—Ya sabe usted que no me gusta que me pregunte sobre esas cosas... Que no me gusta hablar de nada de eso...

Se hizo una de esas pausas embarazosas, en que la viuda se alejaba de él, se convertía en una viuda doble y parecía abandonarle y le quitaba de jugar con el seno de su blancura, guardando su propiedad en su corsé.

Entonces volvía a sentirse el extraño, el recién llegado a aquella casa y perdía sus miradas en las cosas. Las iba repasando.

«¡Qué extraño es ver las cosas con intimidad en una casa que no es de uno —se decía—. La casa de la amante sorprende con todas sus cosas. Todas tienen un contraste, algo que nos choca, una cosa inesperada y extraña. Se está cansado de las cosas que son de uno mismo o que en el matrimonio son de los dos, más que de ella, del hombre egoísta y adormilado. Eso no es ver las cosas.

Las cosas hay que verlas de ese modo furtivo con que se las ve en la casa en que se entra para ser de algún modo el dueño independiente y elegido, aunque sin la consagración que consagra egoista al propietario, viéndolas como no se ven nunca, pues no hay que hablar de la casa en que se es uno de tantos en una vergonzosa sucesión como en los turnos de las fuentes, porque en esas casas ni se ve, ni se tiene, ni se goza nada en resumidas cuentas».

Sólo ya muy anochecido, después de tragarse sus preguntas como amargos asteriscos de saliva, tenía un arranque de arrebato y sin querer pesquisar su pasado, reco

gía su presente y tomaba de nuevo a aquella mujer viuda, no de un hombre, sino viuda del hombre, idea en que insistía para conseguir la dignidad en la pasión.

Rodrigo se quedaba con ella en el diván, sin aceptar aquella mano providente que le condujo los primeros días a la alcoba, en que la cama matrimonial tenía ruidos burlones y en que, sobre todo, la mesilla, del juego primero de la alcoba que regala el novio, parecía reirse de él, porque la mesilla de noche es lo que toma más al pie de la letra, como un gramófono, lo que sucede a su lado. Parecía contener en su cajón palabras oídas al otro, cosillas olvidadas por el otro, algún pasador, algún gemelo o alguna hoja de *Gilette*.

Rodrigo miraba la mesilla con recelo, como se mira a un criado que vió al otro amante. Hubiera echado aquella mesilla de la habitación, pues esa mesilla recibió confidencias, cartera, reloj, guantes y quizás la petaca y los cigarrillos de otro hombre.

—¡Cochina mesilla!—pensaba Rodrigo.

En la atmósfera de aquel gabinete caldeado por su conversación y en aquel diván para el amante, Rodrigo sorbía un poco del sabor de aquella blancura de una distinción sin límites, aun enmedio del desarreglo de las ropas.

V

¿VIUDA O CASADA?

Rodrigo, sin querer, había sido en algún momento el policía secreto de Cristina, pero enseguida había renunciado con vergüenza sincera, pues aquella mujer de gran alcurnia, de tan puro contraste blanco y negro, no merecía ese rasgo de policía; estaba muy por encima de poder ser la amante del agente policiaco.

La admiraba, consideraba que era tan gallarda su estampa, que no podía haber doblez en ella. Su modo de portarse, su luto sin titubeos, la hacían la señora.

—¡Blanca mía!—repetía él aún con la ingenuidad de la primera tarde, porque una mujer tan blanca es como nueva, incopiable, inexpresable, intachable.

Ella, en su rincón del sofá—nunca se sentaba en las sillas bajas—oía a Rodrigo como si fuese un resucitado, pero él se entusiasmaba, porque con el contraste de aquella indiferencia y de aquellos «usted» continuos, ella se dejaba tocar.

De vez en cuando le hacía ella preguntas, sobre las que reflexionaba después en largos silencios.

—¿Usted ha amado a otras mujeres?—le preguntaba, y después de que él respondía: «No, a ninguna, y si amé a alguna, se ha quedado perdida detrás de tí»; ella no con-

testaba, le miraba y guardaba silencio, dejándose besar.

—No sabes besar. . No me das un beso bien dado, ni un beso sincero, ni casi ningún beso...—le decía él, y ella o no contestaba, o si contestaba, contestaba cosas como ésta: «Ni dar besos... ni tratar niños, me gusta... No he visto cosas más tontas.»

Ella quería despertar, quería sacar colores a su blancura, pero ella permanecía silenciosa, blanca, enlutada.

Sólo seguían hablando con elocuencia irracional sus piernas, cuyo brillo era como una conversación que producía escalofríos de cosa demasiado suave.

Rodrigo hacía su vida, trabajaba y después, con un gran aire de preocupación, de hombre que llega tarde, salía hacia casa de Cristina.

Una tarde al entrar en el portal de ella, oyó que la muchacha hablaba con la portera en un tono irritado y propalador:

—El marido vive, vive...

Rodrigo, con inquietud, sin atreverse a parar ni a preguntar, llamó en su piso. Ella misma salió a abrirle. Se la encontró excitada, con las greñas del escándalo caídas junto a las orejas. Su palidez era más templada y flemática.

—Acabo de echar a la criada - dijo.

Entonces Rodrigo se dió cuenta de lo que podía haber de venganza en aquello que estaba diciendo a voz en grito, y que aun acabándolo de oir, había trastornado de suposiciones su cabeza, como si hubiese bebido una de esas composiciones con varios alcoholes que se suben a la cabeza súbitamente.

Rodrigo, que estaba deseoso de plantear la cuestión de aquella súbita duda que acababa de subir de la portería, con vergüenza de haberla recogido en tan ruin sitio, dijo;

—Por eso hablaba ahí abajo gritando que vivía tu marido...

—¡Canalla!—dijo la viuda con dureza—. Esa es una especie que corre por ahí... En dos o tres sitios he oído que lo dicen los criados... Parece una venganza contra las señoras viudas... Pero yo desprecio tanto esas habladurías, que no quiero ni seguir hablando de eso.

Los dos en el gabinete, sentados en el diván del fondo, se dedicaron a sus propios pensamientos.

Rodrigo sentía como si abriéndose paso por la caja de la escalera hasta allí mismo, llegasen a él, de nuevo, las palabras de la criada despedida:

«Vive su marido, vive.»

El debió acercarse y preguntar a aquella mujer por qué decía aquéllo. Ahora iba a ser mucho peor lo que iba a pasar, porque aquella idea no se le iba a quitar de la cabeza.

Ahora parecía explicarse por qué nunca se había imaginado a aquel hombre como a un muerto. Cuando le buscaba entre los vivos para tener una idea de él, es que presentía con un gran instinto que estaba entre los vivos.

No se le había nunca ocurrido verle en una pesadilla, encontrarle en ninguna oscuridad, admitir la posibilidad de que estuviese en ninguno de los cementerios que había ido a visitar en pos del féretro de algún amigo.

Todas las alusiones que se había hecho sobre él a través del tiempo, le daban por vivo. Siempre lo había visto en la calle de los vivos, siempre.

Rodrigo aquella tarde miró a Cristina como a una mujer engañosa, y quizás por lo que le había congestionado la idea de un marido vivo, que rondaba la casa en vuelos concéntricos alrededor de su inolvidable mujer, le pareció que su traje era rojo en vez de negro, y su blancura no era blancura, sino lividez de mentirosa.

Resultaba que siempre había sospechado aquéllo. ¿Quizás estaría en América? Pero de América vienen un día como muertos resucitados y con los que no se cuenta y que sin embargo matan.

Rodrigo buscaba ya la huella de su pie en cualquiera de aquellos momentos del pasado en que había surgido una duda en su camino hacia ella o en que, mirando el limpiabarros de la puerta del piso, había creído ver las huellas de otros pies. Todo se tornaba dudoso, pero sobre todo, la idea que le dominaba era la de que aquéllo daba sentido a la coincidencia de que nunca se le había ocurrido pensar en el muerto como muerto, con las túnicas blancas de la muerte.

Iba a ser ya su preocupación la de que era el amante de la viuda de un vivo.

¿Cómo borrar un vivo de la imaginación de ella? Siempre estaría reapareciendo mientras ella estuviese segura de su existencia, y siempre hay una amiga o un amigo de cuando el antiguo matrimonio estaba unido y daba veladas en el mortecino comedor, que de vez en cuando hace una visita a la antigua amiga para decirla cómo está su esposo.

Esas amigas que visitan a los dos separados y que se muestran conformes con las razones que les asisten a cada

uno para estar separado del otro, debían de rondar a Cristina trayéndola y llevándola impresiones y recados.

Ahora él debía de vigilar con más cuidado aquella falsa viudez. ¿No le llamaría ella de usted por si alguna vez le tenía que tratar en la visita del marido?

Aquella tarde apenas pudo hablar y no sabía por qué rechazaba a la viuda blanca y negra, cuyo contraste incandescente se había apagado un poco, por aquella especie de doblez de la peor especie, que ponía al marido en lucha con el amante, resultando el marido vivo un merodeador, un suplantador, el verdadero infiel para aquel amor, al que Rodrigo se había ofrecido como a un primer amor, dedicándole fidelidad y pasión.

Aquello de que nunca apareciese el marido en los rincones oscuros de la casa, entre las ropas de los percheros, en el fondo del pedestal de la estatua, un pedestal que podía haber rechinado como rechinan o resuenan los pedestales, probaba su existencia.

Muchas veces, al ir a encender la luz de la habitación en que estaban, él la paraba la mano, más que por no poder resistir la llamarada súbita de la luz, porque se verían desde la calle sus dos siluetas, desperezándose en la sombra.

El artificio de su negra blancura resultaba más artificial desde aquel momento.

Parecía intentar la falsa viuda una bigamia incomprensible, un delito extraño y desinteresado; por que lo que más le desconcertaba es que todo aquello era desinteresado.

Sobre el diván, la viuda blanca y negra, lucía una frente

más de marfil que ningún día, frente autoritaria, sin compasión.

Estaba bella, más bella aún en la duda que había suscitado la criada habladora y calumniosa.

No se la pasaba su ira de gran señora ofendida y sus ojos y su boca tenían el mismo frunce díscolo y despectivo. «Al final —pensaba Rodrigo— tendré que consolarla, tendré que pedirla perdón, tendré que desagraviarla de los agravios que ha cometido la criada con ella y destorcer el gancho de hierro de su boca».

Rodrigo iba reaccionando contra aquel primer momento en que sintió despego por Cristina, y ahora sentía, por el contrario, como el calor que viene después del frío en la fiebre, que la amaba más ante aquella posibilidad de que alguien vivo y ambulante, viniese por ella. Aquello le atraía más hacia ella, le empujaba hacia su encanto encendido, pues el negro era como el combustible de su blancura, lo que daba aquel ardor a su descote, a sus brazos y a sus piernas trasparentes.

—Olvido... olvido —la dijo él. Ella se dejó abrazar sin hablar, encarada aún con la criada que parecía volverse desvergonzada en el dintel de la puerta, despidiéndose con un odio difícil de borrar en la mente de las señoras que se quedan como con una histérica cicatriz después de las despedidas.

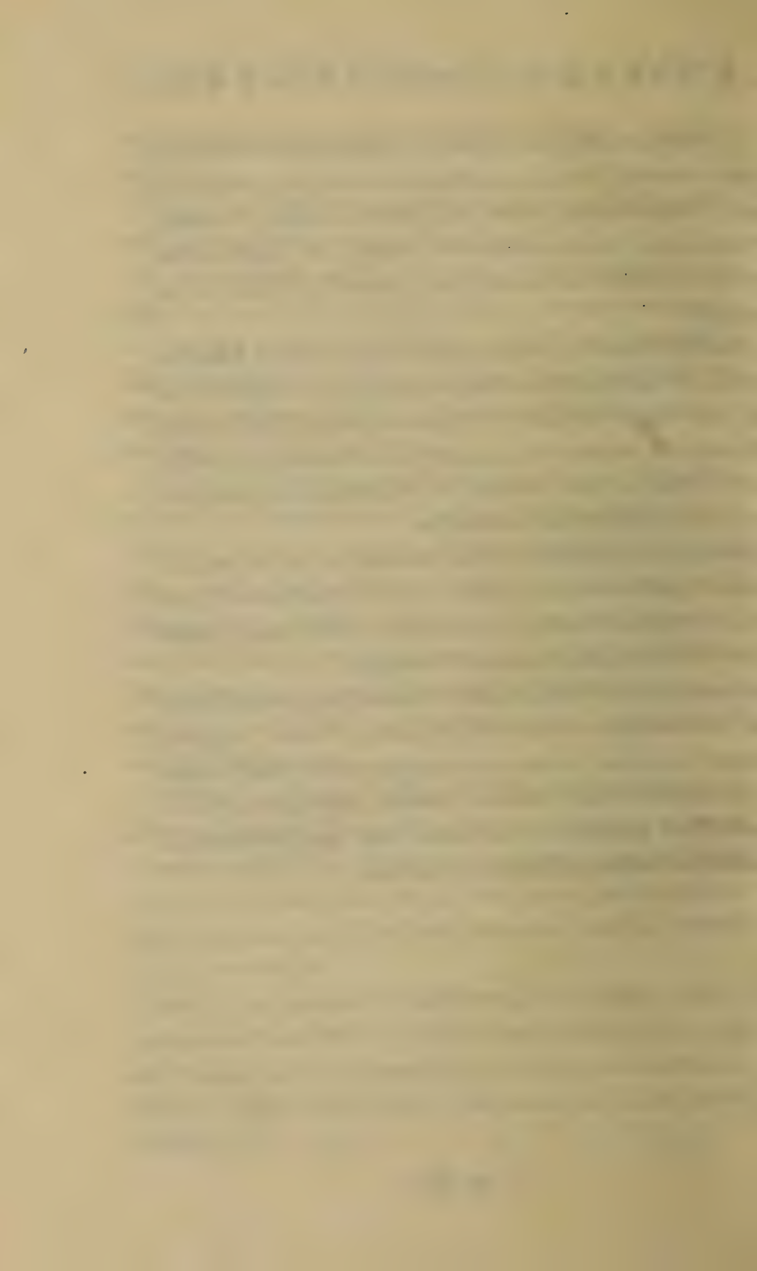
Rodrigo, al encontrarla resistente, sin dejarse acostar sobre el sofá, la dedicó su ternura pedigüeña y la prodigó sus «blanca mía» que temía que algún día no tuviesen influencia, como si en eso sólo consistiese su influjo sobre la viuda.

Ya estaba tembloroso como un cesante, inquieto, pusilánime, cobarde. De la posibilidad de que un hombre con verdaderos derechos sobre ella pudiera venirla a buscar, brotaba en él el más vergonzoso miedo. No podría defenderla, no sabría defenderla, no le serviría de nada el defenderla.

Rodrigo, cada vez más meloso, cada vez más humilde, consiguió aplacar a la viuda, viuda por su voluntad, viuda, cuyo traje de luto era el que se pone la mujer para reinar sobre sí misma y para que en el momento de entregarse, el acto tome siempre la proporción del más suntuoso y voluntario de los regalos.

Rodrigo tuvo de nuevo prisa en desabrochar el peto valiente, como de cota de malla, pues tenía el temor de oir sonar el timbre tocado por el dueño de la casa, quizás aquel a cuyo nombre estaba el contrato.

Ahora que ella había echado la criada tenía más miedo que, cuando aún a su servicio, le decía la viuda: «Que va a subir la criada». Ahora que no podía volver aquella criada, temía otra cosa, temía el cuchillo que podía cortar el placer para siempre, el imperioso grito que deja yerta la pasión y el miedo definitivo en los ojos.



VI

SOLILOQUIOS

Mil detalles sorprendidos en conversaciones y gestos y que ahora formaban cadena, además de una persuación honda y gratuita, hicieron que Rodrigo ya diese por segura la existencia de aquel marido vivo, transeunte de sus mismas calles, viajero en los mismos tranvías, probablemente en las mismas plataformas.

Ya el luto de aquella mujer que tenía que dejar durante todo el día recluída en la casa que solo era suya al atardecer, se le aparecía como una viuda con doble significado, como esa mujer turbadora, con dos cuerpos y dos cabezas de las barajas francesas, quizás viuda de aquel marido que había abandonado, quizás viuda de él mismo, el día menos pensado, el día en que el otro volviese por su mujer, tan hipócritamente envuelta en el negro alcanforado del traje de viuda, que se la había conservado intacta. ¿Cómo desengañarle él mismo, sin comprometerse ante el verdadero marido?

Rodrigo tenía un vivo afán de aprovechar los días, de vivirlos de prisa, como si a lo más tuviese la tregua que tarda un barco en venir del último confín del mundo.

¿O quizás era aquel marido un ser depravado, borracho, sin fuerzas ya para desear su mujer y que sólo recu-

rría a ella para pedirla dinero con qué seguir bebiendo?

Se le aparecía blanca, como un recuerdo compartido, y pensaba que aquello era inolvidable. La veía en el estudio con cristales de su imaginación, como mirándola al mismo tiempo que el otro, compartiendo su admiración.

¿Y si la veía con traje de viuda? La encontraría más interesante y con más alicientes. Reiría con sarcasmo de condenado, del odio que eso significaba en Cristina y la doblegaría con su sarcasmo. No la podría defender su traje de viuda contra su propio marido, su primer marido, el único que sabía que no podía estar viuda. ¡Cómo la despojaría de esa arma que sólo tenía fuerza para los extraños, para él mismo que se sentía impotente frente a aquel traje, con el que una mujer podía rechazar todas las proporciones y ampararse nada más que de sí misma!

Toda su confianza, toda su fé en aquella mujer, se habían desvanecido y ya al pensar en ella se decía: «Cristina es de otro, pertenece al otro», pero su deseo, su admiración por ella, la calentura que le daba el verla como desaparecida en el traje negro, para volver a aparecer como haciendo un esfuerzo máximo, máximo siempre, al arrancarse los negros trapajos; eso crecía cada vez más y Rodrigo hacía pucheros de alegría en medio de sus abrazos alegres al pensar que se la pudiese quitar su dueño.

¿Cómo era aquel hombre?

Si se pareciese a su hermano, odiaría a su hermano. El amigo que por una casualidad resultase parecido a él, perdería su amistad para siempre.

¡Con qué burla aquel «tío», la arrancaría la «pena» falsa

dejándola como desnuda de su luto, exhonerándola, puesto que podía hacerlo!

Lo que más veía, lo que se le repetía en la imaginación como detalle de aquel encuentro posible, era ese gesto — que lo peor de todo es que estaba justificado—de arrancarla la cola, la bandera, la enseña, a su viuda, a su propia viuda, cuyo encuentro le produciría un histérico ataque de risa porque se vería en sus ojos vivo, a la par que supuesto muerto.

Ese marido, en su primer encuentro con ella, aunque supiese la razón de odio que había en el luto de Cristina, sentiría el encanto del resucitado, el alivio del que vuelve de la guerra y puede despojar de su luto a su esposa.

¿No podría volver también un día sumiso y dándoselas de arrepentido?

Quizás estuviese arrepentido y modificado—pensaba a continuación Rodrigo con el corazón lacerado y con un falso gesto de caridad—y entonces es posible que ella le concediese su perdón y se pusiese los trajes rojos de la alegría.

«¡No! ¡Mentira! ¡No lo creas!—la gritaría Rodrigo, que al llegar a ese punto de su monólogo ya estaba exasperado, como si ella fuese a creer en su conversión, como si todo fuese cierto.

En su casa y en todos lados, le notaron la preocupación. Parecía el hombre que ha hecho algo, por lo que tiene miedo a la justicia. Era como el cajero que ha hecho un desfalco y cuando ya se sentía impune sabe que va a ir a visitar la caja el único que puede hacer el arqueo oficial.

Parecía el hombre que ha cogido una enfermedad diagnosticada con rudeza en la consulta del doctor.

Una pasión sencilla frente a una mujer, por la que no pasaba la cursilería del tiempo, tan elegante como el primer día, tan digna, con el traje indescifrable de las viudas, se había convertido en una pasión torva en que ya se sentía presto a defenderse y pronto a sufrir aquella separación más cruel que ninguna, porque el marido de antes no era como el rival que se lleva a la mujer querida, sino que era un reanudador que borraría toda aquella temporada de felicidad un poco en visita, pero auténtica, que Rodrigo había conseguido. Hasta sus ahorros de felicidad se los haría perder aquel marido si volvía.

Como perro que husmease desde lejos sus piernas, veía a aquel marido avanzar, merodear la casa, seguir su rastro.

¿Y cómo era aquel hombre? Ahora, la suposición de ese parecido le era más interesante y le apremiaba más que nunca. Quería estar preparado a su ataque, vigilar su avance si se cruzaba con él en la calle, no perder de vista el gesto de sus manos engolfadas en los bolsillos. Quería, además, apoyar su odio en las facciones verdaderas que él tuviese.

En los cafés miraba fijamente a esos tíos jacarandosos, que ladeados sobre la silla, toman aires de fumarse un gran cigarro al fumarse un cigarrillo.

Rodrigo los miraba con encono y odiaba un poco a Cristina porque uno de aquellos señores desconocidos había sido el dueño de aquella mujer que hoy era suya.

«Había sido», esto no había quien lo removiese aunque eso era lo que la hacía tan experta y tan lejana a todos los hombres.

«Uno de esos, cualquiera —pensaba él—se parece al hombre que la dominó y la maltrató, cualquiera de esos que entretenido ahora por una querida, chiquita y corchambrosa, que si algún día se va de con él, le hará buscar de nuevo esa mujer que hoy era su mujer, su blanca Cristina.

Todos, todos, volvían a ser uno solo. «Todos pueden ser él, luego todos lo son», era su lógica.

Muchas veces había agravado sus cuestiones con cualquiera, un pisotón, un tropiezo, cualquier gesto medio risueño, medio burlón, pensando en que aquél fuese el otro.

«¡Un hombre completamente extraño!», se decía él, sin acabar de comprender aquel extranjerismo con respecto a un hombre, de cuya mujer era dueño.

Había en su imaginación un tipo de hombre al que había odiado sobre los demás siempre, tenía unos ojos aconchados, duros, con mirada indiferente, debajo de unas cejas muy dibujadas, pero que ponían de manifiesto esos ojos encallecidos.

Como aquel tipo debía ser el marido de Cristina, cuando no se encontraba ningún retrato de él por ningún rincón de la casa.

Aquel hombre que le había mirado con indiferencia, levantándose hasta en los teatros con un gesto impertinente y su bastón-cayada al brazo, debía ser el marido fatal, con su pelo un poco blanco por influjo del vicio, y las cejas y el bigote negros.

Alto, de ojos pequeños, con perfil de loro, con el sombrero muy metido hasta los ojos, era ese tipo que se para en las esquinas y que mira a las mujeres como quien las

da una verónica con la mirada, ese tipo que no es un ladrón y que, sin embargo, lo parece, porque su mirada es de ratero.

Es el hombre al que las mujeres más que odio tienen una antipatía eterna y nunca reanudaron nada comenzado o realizado una vez con él. Por ese esquinazo que les da siempre la antipatía que provocan, es por lo que están siempre en las esquinas recomenzando, grandullones, rubios con ojos negros y pequeños como cabezas de alfileres negros. Miran los bajos, las caderas y el traspuesto de las señoras.

¡Ah, si fuese ese tío que le fué antipático desde la Universidad, alto con mirada de enano, perro puesto de manos en la calle de todos!

Hay quien se empeña en luchar con un marido muerto, de esos cuya fosa ha cumplido ya, pero él no era de esos. El marido muerto, del que la viuda guarda ingrata memoria, es como un cuadro del que fué quemado hasta el marco. Lo malo en su caso es que vivía.

El, escéptico, incapaz de ver a los seres perdidos, había ido a tropezar con la viuda de un muerto que vivía, y contra el que sería inútil el escepticismo.

¿Qué momento aguardaría aquel hombre para presentarse? ¿Cuándo se le agotaría toda la paciencia?

Rodrigo aquellas tardes iba antes a casa de la viuda blanca y negra y la besaba en el descote blanco de su traje negro, como quien teme no volver a encontrar agua en el desierto posible de los días futuros.

Como para enterarse de algo más, provocaba en ella las confidencias.

Ella estaba dispuesta a recordar.

Recordaba como si hablase consigo misma, como si sacase nuevas vistas del veráscopo para verlas en silencio, como si revolviese en las cosas de su primera juventud.

A Rodrigo le molestaba aquella gran memoria, al mismo tiempo que deseaba oirla confidencias. Siempre tenía la esperanza de que su pasado estuviese bien olvidado en ella, como en el pecho de él lo estaban las cosas que no sabía.

Pero aquella memoria que la hacía precisar las cosas insignificantes le irritaba porque veía que podía evocar en secreto aquellas de que él no quería que se acordase.

—Aquella primavera tenía yo un sombrero con rosas de pitiminí.

Siempre procuraba recordar cosas de su primera juventud, cosas que no servían a sus pesquisas. Sólo dos frases sueltas le dejaron escarmentado y preocupado:

«—Cuando yo tuve un aborto.»

«—Cuando yo tuve el mal parto del doble enjendro.»

Rodrigo, ante la evocación de aquellos dos desgarrones de aquella belleza como intacta, sufrió cierto desengaño, y más que nada, aquéllo le dejó más preocupado sobre aquel hombre, como si fuese un ser monstruoso creador de monstruos.

Excitada su inspiración por aquellas palabras que había cortado él con rabia, cogiendo el volante de la conversación y dándola un bandazo, había recordado el título de un libro que había visto una vez en el escaparate de una librería de Medicina: *El misterio de los fetos dobles*. No sabía lo que decía aquel libro, pero se había imaginado

que aquel misterio hablaba de un padre monstruoso, enconado, de obsesionada lujuria, un ser de cabeza grande y de belfo con tumefacción de higo negro.

Todo eso ahora se lo había achacado Rodrigo a aquel marido del que todas las referencias eran monstruosas y le hacían el monstruo que se ve por los paseos temiendo que lo descubran, con una mano torcida y la cabeza con la tortícolis incurable.

VII

¿QUIÉN HAY EN LA SALA?

Rodrigo vivía en pleno sobresalto, y sobre todo, le daban inquietud los coches parados a la puerta de Cristina. ¿Por qué pensaba que iría en coche? Quizás en previsión de todo, y quizás porque sólo iba a las reconciliaciones momentáneas y el coche le servía para pasar embarcado el canal de la vergüenza.

Con ese sobresalto entraba ya en la casa, y por ese sobresalto sintió un fuerte golpe en el corazón, un verdadero golpe de martillo, cuando sintió que había gente en la sala y que la voz que se oía era de hombre.

En vez de guardarse el llavín, Rodrigo lo empuñaba como si fuese un arma. Tenía el frío del arma y era un poco el tubo de pistola del calibre que tienen esas grandes llaves antiguas.

No acostumbraba a ir a aquella hora de las cuatro. Era la hora fuerte en que la dejaba sola en los días de mucha luz, porque se quedaba como atacada de realidad, demasiado panificada por la luz y se volvía vulgar como no lo era más tarde.

«¿El, tal vez...? ¿Debía entrar en vista de eso...? El otro tenía todos los derechos, hasta podía matarle... y sin em-

bargo, él debía morir a sus manos si fuese necesario».

Solo, sin derecho a estar en aquella casa y en la inhóspita oscuridad de la antesala, se sintió un ladrón. ¡Al cabo del tiempo un ladrón!

Indeciso, temeroso y valiente, avanzaba hacia el fondo de la casa. Iba a dar la vuelta por la alcoba para saber quá pasaba dentro del gabinete, y sin embargo, le costaba trabajo llegar a enterarse. Era el dueño de la casa y el otro lo era también.

En vista del conflicto extraño no quiso oir. Si oía ya no tendría remedio la cosa, tendría que entrar, aparecer como la víctima, lívida e insultante, bajo el resplandor de la lámpara y dejarse fusilar.

Mejor era acurrucarse en el cuarto de los baules y procurar no pensar, sentirse esa rata insignificante y perdida que se siente el que está arrinconado en el cuarto de los trastajos.

Si oía cualquier cosa impregnada de la obscenidad del amor, se precipitaría dentro, y con cualquier cosa le machacaría la cabeza al marido.

Ya iba a entrar en el cuarto de los baules de montante entreabierto, cuando oyó que la puerta de la sala que estaba un poco entreabierta, se cerraba. ¿Para qué se había cerrado? Alguna tarde entornaron alguna puerta con el mismo cuidado y ella preguntó después: «¿Has echado el pestillo?»

Se acordaba de todo aquello y de la incertidumbre que él mismo sentía pensando si habría o no echado el pestilo.

Podían con él, le habían acobardado, tan franco era el ludribio, tan hecho sobre él y frente a él resultaba, que le

habían vencido. No quería luchar, no podía; tenía el miedo invencible del amante en casa del marido.

Las puertas, el espejo, los montantes, todo le miraba con desdoro y todo le despreciaba. El mismo empapelado le tenía rabia. Si salía bien de aquella derrota, si no era definitiva la reconciliación entre el esposo y la esposa y le echaban en definitiva, variaría aquel papel, y en los cristales de la galería pondría esos grandes tafetanes con flores que ocultan de la vecindad... pues le había parecido adivinar que detrás de los cristales de todas las galerías de la casa, fisgaban lo que pasaba en la casa de la viuda, el gran enigma de la vecindad.

«¡Qué pronto se vuelve contra uno toda una casa!» —pensaba Rodrigo. Todo había dejado de ser de él, todo le era hostil, todo lo que le encubría hacía unas horas...

Por el largo pasillo que llevaba al comedor no se atrevía a andar hasta saber el desenlace de lo que pasaba. Aquel pasillo que no hacía mucho le había ofrecido sus paredes como muletas de su marcha, se cerraba ahora a su paso y le amenazaba con sus puntapiés.

Cerrando los ojos, oscurecido por las nubes de la rechifla entró en el cuarto de los baules y se sentó sobre el negro baul de la emigración, el baul de las criadas que se esconden en sus cuartos para llorar porque las han despedido.

Se sentía el criado echado, el pobre hombre que vive en los cuartos en los que apenas entra la luz.

Allí, frente aquellos baules, vió además todo el secreto que le guardaba la vida de aquella mujer. Nunca había querido registrarla, ni tocar aquellos baules. El era el

hombre digno que ni intenta siquiera esas cosas. ¿Pero en qué lado de sombra le colocaba eso?

Siempre al pasar por frente a la puerta entreabierta de ese cuarto, había mirado con antipatía aquellos bultos negros como arcas de catedral, en que parecía que estaban los ramos de flores del amor ido, las coronas quizás de aquel marido que siempre había sospechado que vivía.

Sobre todo el baul bajo, estrecho y largo, tenía una facha de féretro de recuerdos ¡tantos recuerdos cabían en él! Sentía tal asco de aquellos recuerdos, entre los que se imaginaba que había un chaleco ensangrentado y algo así como algodones sangrientos, que nunca lo destapó.

No podía estar entre aquellos baules que le irritaban y al mismo tiempo no había sitio más seguro para la vergüenza de tener que estar en aquella casa.

Era como un recuerdo más, echado en el fondo de aquellos baules cuyas tapas le abrumaban. En la oscuridad de aquel cuarto le pesaba la sombra como una losa, y se sentía apretado como en el fondo de un baul que no puede cerrarse y que sin embargo el matrimonio, con su doble impulso y poniendo las rodillas sobre la tapa, intenta cerrar...

«Ella me dará disculpas—pensaba él—pero yo siempre recordaré este día en que llegué fuera de la hora convenida y oí una voz de hombre y después sentí que salían a cerrar la puerta de la sala como para aislarse más, como para evitar la sorpresa de la criada, ni siquiera mi sorpresa».

La tristeza de la vida, el gran olvido que la llena y que es lo que la entristece más, es la que se respiraba en aquel cuarto. Se sentía como un pasajero de cuarta en un buque,

metido en la cala, entre los petates de todos los pobres.

Es como si con la llegada por sorpresa del marido le hubiesen hecho ocultarse en el armario de sus trajes. Después de los celos y como estímulo para resistirlos, sentía el olor a ella pegado a los trajes, trajes que él respetaba pero que ahora le parecían como trajes de luces de una cupletista impregnados de su coquetería, de su deslealtad, de su seducción. Le parecía que no estaba unido a la mujer de luto, sino a la mujer descocada, una de aquellas mujeres de los cabarets, que se sentaban en las sillas de las piernas, con aquel gesto que era el más obsceno que él reconocía en la mujer, pues otros gestos hechos en mayor reserva son menos impúdicos.

Le abrazaban para aturdirle todos los brazos de los trajes de ella, todos le metían la cabeza en el hueco de la axila, y allí sofocaban su indignada rebeldía.

«No, no..., dejadme», decía él a los trajes en aquella refriega violenta, en aquel ahogo en un mar de trajes, de trapos, de ropa blanca, de blusas empañadas más que sucias por el uso, de sombreros que, en la burla nerviosa con que ella le consolaba y quería evitar que se fuese, le echaba sobre la cabeza, para abrumarle, para hundirle, para acallar sus palabras de odio, de queja, de desprecio...

Después de haber encontrado los perfumes de ella y de haberse sentido abrazado hasta por los largos velos de crespón, por las burlonas banderolas de su luto, ya no podía coordinar ningún otro pensamiento. Había caído en el lago de asfalto de su perfume y cada vez éste se adensaba más, se espesaba y le metía entre sus faldas con más ahinco. Todo hundía su cabeza, le empujaba por el cogote como

manos de mujer que prostituyen al orgulloso que se niega a eso.

Sentía cómo la abyección se apodera de un hombre, así, sin que pueda salvarse, preparándole la trampa que le inmoviliza, la soledad en que parece que nadie le ve.

Abrumado, empaquetado y embalado en ropa, recuerdos y colchas, ya estaba sordo a todo, cuando oyó que se abría la puerta de la sala, con un tono de picaporte de alcoba y se derramaban las voces de ella y de él por la abertura.

No quiso oir, procuró trabucar lo que ellos hablaban, esperó apretando todas sus facultades, cerrando los dientes de toda su sensibilidad, a que la puerta de la calle sonase disparada contra su marco.

En efecto, sonó la puerta de la calle con ese pistoletazo de cañón que hay que disparar para que se cierre, y se dispuso a salir de su encierro, dejando tras él los monstruos de los baules, los negros y oscuros hipopótamos y cocodrilos que querían morderle. Había estado en la triste jaula de los baules y respiraba el aire de la antesala como aire del campo.

«¿Debo entrar ahora?», se preguntó cuando ya iba a levantar el picaporte. —No. Hubiera creído ella que era el otro que volvía, y hubiera dado el grito con su nombre, el alegre grito de volver a ver al que se había ido en el tren de la ausencia.

El pensaba también, que lo que había que hacer, cuando se amaba a una mujer como él amaba a Cristina, era no cogerla nunca infraganti, no oir las palabras inolvidables, procurar que lo dudoso fuese vago, indeciso, lejano.

Un rato estuvo viendo en el fondo del espejo del perchero las ventanas de las galerías de los vecinos, iluminadas ya. Le pareció la visión, desde la ventanilla de un tren, de la llegada a León, lleno de iluminados miradores corridos. Tenía la incertidumbre de un viaje aquella visita que iba a hacer a la hipócrita mujer en el cuarto en que había estado el otro.

No se decidía aún a entrar, porque no quería que ella sospechase siquiera que se había encontrado con el otro en la escalera. La inocencia tonta de él, rozándose con el otro, y no reconociéndole, la hubiera hecho sonreirse.

Seguía mirando en el fondo del espejo la mediocre proyección de la vida de los otros.—Todos eran igualmente extraños y seguían viajando siempre—. Estaba como en la oscuridad del hombre muerto, olvidado, que se fué a América y no volvió a escribir nunca.

Si aquella puerta hubiera rechinado menos al abrirse se hubiera ido.

Pero todas sus dudas desaparecieron y se sintió con ánimos, cuando oyó que ella tocaba el timbre. Iba a preguntar quizás a la criada qué tenía de cenar. La criada iba a pasar por allí y a verle espiando en la oscuridad como un ladrón. Temiendo el grito del encuentro, abrió rápidamente la puerta de la sala y entró oyendo al entrar un «Oye, Micaela», que le puso un poco en ridículo.

—¡Ah!, ¿es usted? ¿Cómo tan temprano?

—¿Es que yo no puedo venir a esta hora?

—Como siempre, anda disculpando su ausencia durante este pedazo del día, de cuya luz cruda tiene miedo.

—Pues ya no pienso eso y algunos días vendré a estas horas... Estate prevenida.

—¿Prevenida? Usted sabe que no tengo que estar prevenida para nada...

—¿Quién ha estado aquí esta tarde? Hace un rato.

—¿No le ha visto salir?

Rodrigo guardó silencio. Lo que había querido evitar había sucedido.

Las mujeres no se dan cuenta del tiempo que se tarda en bajar o subir la escalera y doblar la esquina; por eso esas sorpresas en que son asesinadas de vez en cuando. Son sagaces para todo menos para eso. Si ellas dirigieran los trenes siempre habría choques terribles, pues darían salida al tren núm. 5 cuando el núm. 8 estaba para cruzar por la misma vía.

—¿Quién es?—volvió a preguntar Rodrigo.

—Mi hermano...

—¿Qué hermano?

—Ese hermano con el que estábamos reñidos todos los de la familia y que llega de fuera con canas y con hijos, como si eso le pusiese en situación de que le perdonásemos... Pero como lo que quería era que le diese dinero le he dedicado un perdón con condiciones... Yo le ayudaré, pero que no me traiga los niños... Nada de que me hagan madrina de nadie...

Rodrigo estaba convencido. Una vez más el que parecía el marido no lo era.

Aquella tarde, en el gabinetito lleno de la tragedia vulgar de aquel hermano, se renovó el aire, gracias al cariño sin luto y sin temor de Rodrigo.

VIII

LA OBSESION DE LA VIUDA

Rodrigo, desesperado por no haber sido el primero, y desesperado por no poder ser el último, porque el último sería el otro, puesto que no había muerto, se paseaba por toda la ciudad lleno de una particular misantropía.

Le impresionaba todo lo que se pudiese relacionar con la viudez y miraba el fondo de los portales con media puerta cerrada, porque presentía que en esas casas se desarrollaba el drama de una viudez.

Cuando paseaba por los jardines públicos y veía una viuda, su corazón se ponía a latir fuertemente.

Tenía una cosa de madrina, de benefactora, de protectriz que hacía contraste con sus abrazos y con el que se dejase coger por la cintura nada más entrar.

Enjugaba las negruras de la vida con su manto negro y se podría decir que resultaba menos negro el destino al lado de ella vestida de negro. Todas sus desgracias habrían sucedido antes, porque su categoría de enlutada no las dejaría venir ya después.

Estaba defendido de irse a morir, gracias a esa protección de la viuda, aunque no lo estuviese de haberse muerto y ser el resucitado que se es infiel a sí mismo.

Parecía la viuda joven que saca del colegio al huérfano.

Rodrigo se sentía apasionado por ella y se sentía el jovencito que sale del Colegio de Huérfanos de Guerra y Marina para pasar el día con su joven mamá, enlutada aún por el valiente capitán muerto por la patria.

—¿Sería un militar?

Un militar no existe después de muerto. Es el ser del que se pierde más la silueta, porque es un ser uniforme que no se desgaja de los seres uniformes. Le dejaría más tranquilo que hubiese sido eso.

Rodrigo no pensaba ni miraba más que a las viudas.

«El paso de la viuda—pensaba—convierte en invernales las galerías por las que pasa». Todas las viudas la recordaban a ella, le parecían ella misma, aunque a todas las encontraba menos bellas que a ella, más caballudas, más caballos enjualdrajados, cuando eran tan altas como ella. Ya no podrían pertenecer a otro hombre, ya iban por un camino, por el que estaba prohibida la entrada.

Si se puede aceptar que una mujer haya sentido varias pasiones con igual intensidad, es sino ha tenido el desenlace de la muerte en su propia casa, teniendo que llorar, recibir los pésames y por fin la llave de la caja. La vida no admite más que una de estas tragedias como no admite más que una noche de bodas. Cierra el circuíto que comienza en la noche de bodas, la noche del velatorio al marido.

A Rodrigo esto le desesperaba, y cuando veía la escena en su imaginación desmentía con más viveza la muerte del marido.

«¡No, ella no presenció su entierro, y lloró las lágrimas arrebatadoras de los entierros! Ella no tuvo esa hora de

perdón en que el muerto sale con los pies por delante y en que se le compadece al fin, porque se ve que todo ha sido peor para él después de todo.»

«Ella esperaba con frialdad que muriese, pero podría ser que no muriese nunca, que muriese mucho después que ella.»

«¡No, ella no había presenciado el velatorio de un cadáver, que es lo que más une dos memorias! Ella no ha sentido aún la entrañable emoción de la muerte».

Rodrigo sufría con aquella pasión un poco melancólica aunque no estaba desprovista del aliciente de las caricias. El bello desnudo de aquella mujer estaba borrado para todos como no lo estaba ni el de las mujeres de abrigos claros. El veía sus hombros desnudos, y frente al luto hasta imposible a los rayos X de las miradas sagaces y entendidas, él la veía erguida y desnuda.

Aquella tacha negra de la viuda, le obsesionaba. Era como demasiado para su juventud el problema de una viuda que le ofrecía los senos como una mujer muy ducha que da de mamar a un niño.

Se daba cuenta de lo serio que era el lío en que se había metido y todos los días en su casa pensaba trémulo y cabizbajo en aquella mujer, de la que conocía el secreto dibujo de su desnudez, y que, sin embargo, era tan incógnita para él. Todo el día de asueto forzoso en la griesura de su despacho, que se había convertido en algo así como en ese cuarto de plancha que hay junto a los patios y las cocinas, en el fondo de las casas, se lo pasaba pensando en aquella mujer—no acababa de pronunciar Cristina, que le parecía como un nombre supuesto—y en su es-

calera llena de austeridad, con todos los dorados muy relucientes y placas del Sagrado Corazón en todas las puertas.

Se acordaba al pensar en aquel piso lejano de todas las habitaciones entornadas en que había estado o que se había supuesto, sobre todo esos pisos primeros en que hay siempre entornada media mampara y a los que se asoma de vez en cuando una señora que se oculta al ver que la miran, a la primera mirada, resultando misteriosa porque nunca la puede alcanzar la segunda.

Era como si hubiese entrado a buscar la bella mujer que se ocultaba en todos los pisos perdidos, en las calles intrincadas de la ciudad o en sus calles de Monteleón, pacíficas y con vecinos que cumplían el voto civil de estar escondidos para toda la vida.

Estaba gozando en la viuda con los escalofríos inherentes a ese goce, todo lo que de misterioso o incógnito tienen la ciudad, todo lo que se oculta detrás de sus persianas.

Sentía algo así como el encanto de la invención de la carne cuando en el fondo de la casa que no estaba a su nombre, se encontraba a Cristina.

«¡Qué antigua es una viuda! Y, además, parece que ha muerto ella misma, que tiene que ver algo con la muerte.»

—Es una historia bien sencilla la de la vida—se decía Rodrigo, como si poseyendo a la viuda blanca y negra poseyese la llave del secreto de la vida, la llave de la puerta secreta, de la puerta que estaba al revés de la casa de la vida.

Apenas la había encontrado un par de veces en la calle,

pero la tarde en que le impresionó más, fué cuando metido en el fondo del café, como emboscado vigilante de la calle, la vió pasar más lejana que nunca a su recuerdo. Sintió confianza en que sería vano que nadie volviera la cabeza para ver si ella la había vuelto. Nunca se encontraría con su mirada.

Pasó recta, siguiendo el camino más corto hacia donde fuera, y como Rodrigo la miraba con familiaridad en medio de su escondite, notó una sensación extraña, como si de quien fuese viuda fuese de él.

Le pareció que había dejado al mundo sin él y paseaba el anuncio de su luto por la vida.

Había momentos en que indudablemente se cansaba de ser viuda y en esos momentos de pesadez se recogía la larga pena, echándosela al brazo con un gesto, como de enjuagarse las lágrimas, como de conllevar su triste figura.

—Gracias a mi traje de viuda, me abren paso en las apreturas y en las plataformas de los tranvías, en que se apiñan las gentes; todos me dejan un sitio para que pase— le había ella dicho alguna vez ensalzando su traje, queriendo darle a entender que su traje la ayudaba a ser digna.

Tenía su luto una cosa endomingada Parecía haber salido muy peripuesta a buscar un nuevo marido y quizás su austeridad era eso, que no quería un nuevo amante, sino era un nuevo marido.

Sus zapatos de terciopelo—otros zapatos de otra clase tendrían demasiado brillo—eran zapatos que le molestaban a Rodrigo, zapatos de gata, zapatos de máscara. Presumía demasiado con aquellos zapatos, que encima la hacían el

pie un poco grande, solo «un poco grande», pues aquel pie tan pequeño no podía ser grande de ninguna manera.

Llevaba como un personaje de la funeraria, todo el luto de la vida.

Rodrigo, como el alumno recalcitrante que pasa horas y horas ante el encerado sin resolver nada, trazaba y volvía a trazar las líneas blancas de la viuda sobre la pizarra negra.

«Peor es que fuese completamente extraña a mí», pensaba en medio de sus temores, sus recelos y sus dudas, para acabar con la indisciplina que le producía aquel modo que tenía ella de ordenar sus visitas.

¡Qué pena le daría verla andar por las calles sin volverse siquiera a saludarle, mucho más fría de lo que parecía que era con su traje de completo luto!

Encontraba la difereneia posible entre la frialdad presente y la que aún podía tener, y acababa aconsejándose resignación y cuidado, algo así como una pura cortesía de críado que llega a dueño de la señora. Entonces comenzaba una frenética alabanza de las viudas. «El siempre había deseado una viuda».

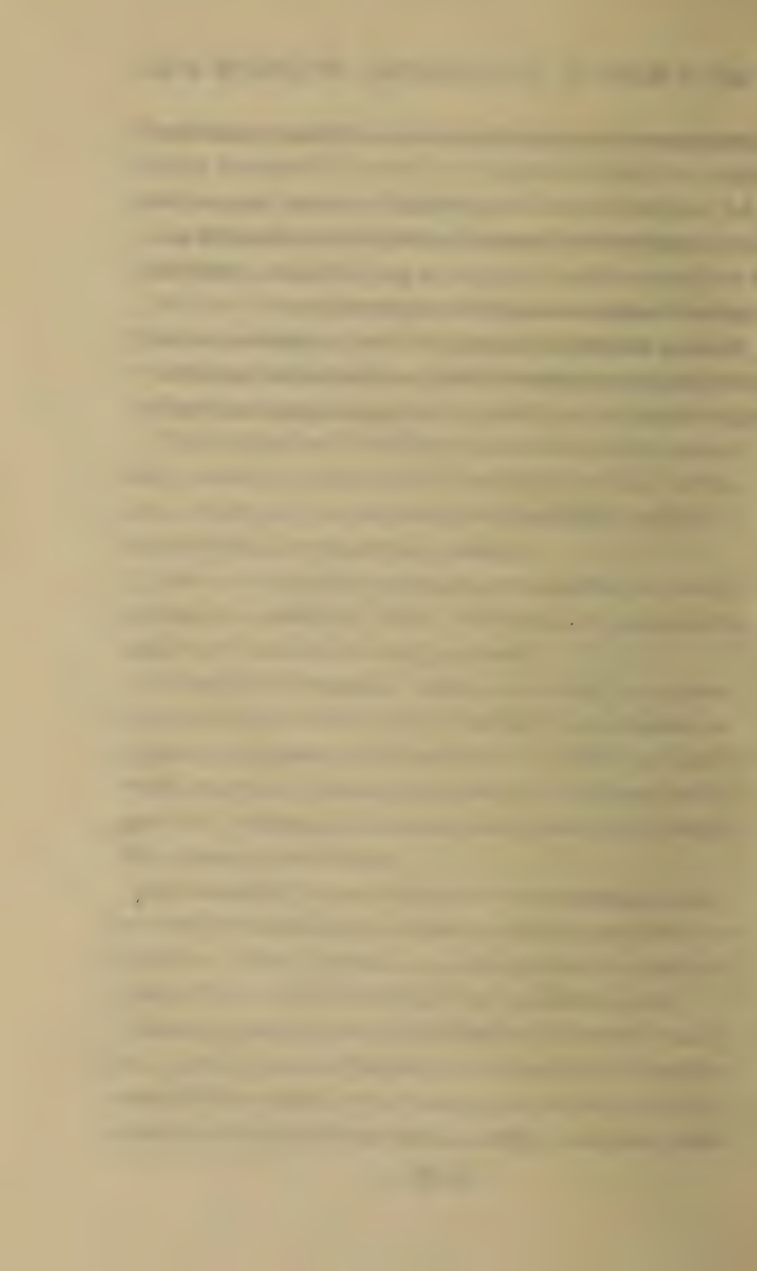
Aun suponiendo que no hubiese viudas había que crearlas, instituir mujeres representativas que llevasen luto por todo, por todos. ¡Es que se podría quedar el mundo sin viudas! Qué terrible desconsuelo se apoderaría de él.

Rodrigo fortalecía en esos momentos el respeto que la tenía como a una institución, como a una especie de hermana de la caridad de los muertos, como a la mujer con el mejor disfraz para irse a cenar con ella a aquellos come-

dores reservados en que algunas veces habían cenado juntos.

Le parecían infieles, casquivanas, coquetas las que llevaban trajes rojos o blancos. La mujer del traje negro era la más encerrada en sí misma; la que rechazaba todas las miradas aunque todos se volviesen a mirarla.

Rodrigo se sentía incapaz de otra conquista y otro amor, después de haber hallado a la viuda y se aconsejaba paciencia con aquel luto y con aquella gran reserva.



IX

LOS ESPEJOS

Los espejos de casa de Cristina sorprendió un día Rodrigo, que podían burlarse de él, al mirarle. Siempre la casa del marido engañado suele estar defendida de que allí mismo sucedan las encendidas entrevistas con el amante, pero en aquel caso, toda la casa estaba llena de uno y del otro.

Sobre todo desde que pensó en los espejos, desde que vió en ellos que podía haber un gesto o una obscenidad en su cristal, estaba inquieto en la casa y no usó los espejos para ver sus besos, sus abrazos, sus gestos de amor. Temía ver en el fondo, más lejos de él, en la cuarta dimensión, una imitación de sus mismos ademanes, con la ventaja para el imitador, de que él fué el que hizo antes esos gestos, aunque ahora pareciesen imitados.

Y la casa tenía grandes espejos como una casa puesta a la antigua, con un gusto un poco viejo. Le molestaba hasta verla venir hacia él desde el fondo del espejo, cuando estaba sentado ante al gran espejo colocado frente a la puerta; le parecía que ella venía del pasado, de otra habitación que no correspondía con la de la puerta verdadera, sino con otra más pequeña y de intimidad más estrecha.

Los espejos tenían brillos como si se abriesen, como si girasen sobre sus goznes, y él, que no era nada supersticioso, no los podía aguantar.

Conocía lo que se hacía frente a los espejos, y como se buscaba en ellos alicientes para que duplicasen el placer.

Recordaba los apaisados espejos vergonzosos llenos de mujeres desnudas que imitaban a la maja desnuda, aquellos espejos regastados y enviciados de las casas de citas, y por eso no podía aguantar los espejos en aquella casa del desconocido.

Le estaba prohibido el placer del espejo, esa duplicidad con que uno mismo se la pega a sí mismo. No tenían los espejos de aquella casa la atmósfera mercurial y diáfana de los espejos indiferentes.

Sobre todo, en el armario de luna había un hondo espacio del pasado; allí sí que no era una aprensión la suya.

El fondo del armario daba a ese espejo el fondo de la cámara oscura de las prestidigitaciones, y hacía posible que estuviese plegado y disimulado el pasado dentro de él. En la butaca que se reflejaba en el espejo, otro hombre hacía el gesto ignominioso de quitarse los zapatos.

Así como ante los otros espejos se ve claramente que devuelven la imagen, los de luna la poseen dentro de un gran cajón, de ese gran baul sedentario y puesto de pie, que son.

Cuando alguna vez dejaba el sombrero en el fondo de la alcoba sobre la silla que se reflejaba en el espejo, le parecía que esa misma escena era una escena del pasado, y que si el sombrero que había sobre la silla era el suyo, el de dentro del espejo no lo era, sino el que con más derecho

que el suyo y menos de visita había estado alguna vez así.

La gran sensibilidad para los detalles de que estaba dotado Rodrigo le hacía atestiguar todas esas cosas.

—No te desnudes frente al armario de luna—la había dicho varias veces.

Deseaba que se rompiese alguno de aquellos espejos, sobre todo los que reproducían el cuerpo hasta los pies.

—Ese espejo está demasiado inclinado—dijo un día sin poderse aguantar; y buscando la escalera se subió a ella y dió varias vueltas al cordón alrededor del grande y fuerte clavo, dando toda la verticalidad al espejo, que así no reprodujo sino las cabezas, sirviendo a lo más para ponerse la corbata o el velo.

Con que aquel espejo fisgón, en que se veía el cuarto en rampa no la mirase ya las piernas ensedalinadas, se quedó satisfecho. Parecía que había apartado de ella una asechanza y algo así como una mirada fría y lujuriosa.

Ella no se explicó aquella actitud de Rodrigo y echó de menos aquella mirada del espejo como si fuese una galantería de la que estaba satisfecha. Se la veía buscar en el fondo de la habitación, en el painel de sobre la chimenea, lo que ya no había. Sentía más apagadas sus piernas y como más monótona su estancia en la habitación.

Ella no tenía malicia, y no es que buscase allí los ojos idos, sino que buscaba los contrastes de su traje, la actitùd de bailarinismo que se tiene en la vida.

—Es indudable—se decía él—que él se miró en estos espejos, tal como yo me miro ahora...

Aquella evidencia de los espejos le irritaba. No era que en el espejo quedase ningún cuadro, pero había la eviden-

cia de que lo había habido. Era como si una fotografía se utilizase dos veces. Hay que romper las placas después de la primera vez, hay que comprar un nuevo lienzo para cada retrato.

En casa de la viuda habría que *quemar los espejos*, es decir, habría que romperlos atreviéndose a pasar la posibilidad de desgracia que hay en esa ruptura.

Debería *rasgar* sus espejos la viuda que toma un nuevo amante.

«Tú te estás buscando una aparición»—se decía algunas veces al mirar los espejos con recelo y odio, como si fuesen la habitación del enemigo, imitación y trasunto de la suya.

Fué una verdadera persecución de los espejos la que emprendió en las habitaciones en que más estaba.

—Mira, perdóname—la decía—pero yo no puedo estar frente a ese espejo que me hace tan crudo.

Y así fué variando el lugar de los espejos, subiéndoles bastante.

Cuando ya sólo se reflejaban las cosas en una posición alta sobre sus tertulias, le parecía que reflejaban las lámparas del pasado, la lámpara de los otros días, y sentía que era otra habitación la que veía, y ¡oh, imagen que depravó su paladar!, que era el espectáculo del mismo techo sobre esas especies de biombos que separaban unos cuartos de otros en los chiqueros de los reservados.

Del otro lado del departamento que situaba el marco, estaba el otro con ella, ella, la misma ella que estaba con Rodrigo, realizándose así una especie de duplicidad posible. Estaban biombo por medio.

Pero contra el espejo del armario la luna no podía hacer nada, pues el romperlo era una cosa que tendría trazas de catástrofe que le haría a ella gritar, llorar y quizás en el primer momento llamarle «¡bruto!» Tenía que soportar el cínico espejo del armario de luna, porque era imposible subirlo más arriba, y el armario, como con ensañamiento y burla, tenía rechinamientos y crujidos solitarios de la madera y hasta a veces se cerraba tan herméticamente, que ella reclamaba su auxilio y los dos se reflejaban un momento frente al espejo, con gabinete y alcoba, logrando abrirlo por fin, más que nada por la impaciencia de no estarse mirando en el segundo retrato de bodas, en que por lo menos se aprovechaba el cartón de la fotografía con sus cantoneras biseladas.

Era como si tuviesen cedido aquel otro gabinete con alcoba al caballero del pasado.

En el armario de luna está el verdadero mirador del pasado y aunque ella era tan noble que nunca había pensado en eso, él lo pensaba siempre y encontraba que allí estaban archivados y con las etiquetas de su fecha, los corsés del pasado, con sus largas cintas sucias.



X

CADA VEZ MÁS VIUDA

Cada vez parecía sentirse más viuda y profesar con más fé esa marcialidad especial y aguerrida de la viudez. Rodrigo estaba asustado como si la viuda blanca y negra le absorbiese la vida a grandes sorbos.

Cada vez perfeccionaba más su luto y sus collares de azabache daban más vueltas a su cuello y sus cuentas estaban talladas con el más numeroso poliedrismo, magnetizando las miradas del que las miraba con procacidad.

Todo aquello le comprometía más seriamente a Rodrigo.

Era la viuda que ha hecho juramento de serlo siempre y que cada vez estaba más,enlutada de viudez atravesando su sombrero la flecha de abalorios y llevando en el cierre de su descote la golondrina triste.

Su traje de viuda caía con más aplomo, como traje talar, como hábito de abadesa, y las sedas de sus blusas habían tomado el sudorcillo de su cuerpo, como sôlo lo toma el luto.

Se la veía tan fanática por su luto, que se pensaba, que si no hubiera estado de luto, habría escogido los coquetos sombreros de luto de los escaparates llenos de los sombreros de sacerdotisas de las viudas, con el filo blanco de la aureola.

Resultaba como la nazarita del luto.

Tenía entre sus joyas, la joya incitante; un collar del que colgaba un triángulo, joya rara en negros brillantes del Brasil bien tallados y claros.

Cuando se le ponía en la soledad de la casa, Rodrigo perdía la cabeza.

Ella, que lo había notado, se lo ponía de vez en cuando. Aquella joya la daba, no se sabía por qué ni cómo, un prestigio, un incitante tipo exótico, egipcio o moro, quizás por estar suprimida la cruz del pendentif.

La frialdad de una joya, parece mentira, era más poderosa que la fuerza de un perfume.

Una vez Rodrigo quiso adornar su negrura con un blanco collar de hueso.

—No—dijo ella—el luto no me lo puede permitir... Esto cuando algún día esté de alivio.

—¿Pero no he sido para tí todos los alivios?—dijo él.

—Sí—contestó ella... —Lo ha sido usted, pero por si me ven los amigos de él o la familia, no quiero que tengan que decir nada de mí...

Ella quería su traje de viuda, como si fuese el de la autoridad suprema.

Cada vez era más viuda.

Tanto más viuda se iba volviendo, que Rodrigo temía por sí mismo.

Había días en que temía que no le recibiese, en que parecía que la separaba su luto de él, como si simbolizase el desafío de todas las mujeres a todos los hombres.

Después, cuando ya había pasado y entraba en la salita, que debía irse volviendo familiar a medida que pasaban

los días, se encontraba con la misma sala etiquetera, que no acaba de reconocerle y llamarle por su nombre.

El mármol de la chimenea, tenía frío de panteón. Sólo variando todo aquel decorado, se podría comenzar a ser dueño de aquella mujer.

—¡Pero era tan opulenta en el fondo! ¡Tenía tanto calor en sus entrañas!

Siempre salía a su visita como acabándose de hacer las uñas, con la frialdad de la recién bañada.

Sólo su perfume le daba una incitación calurosa.

¿Qué perfume era aquel que brotaba de ella, que lubrificaba su blancura, que era como la salsa Perris de su carne?

Era un perfume negro que la reblanqueaba, y que como era el perfume que tenía su manto y sus ropajes negros, parecía que seguía con ellos puestos cuando se desnudaba.

Era aquel perfume negro el que tallaba sus opulencias.

Ya había perdido Rodrigo el rencor y el miedo a su alcoba y su mesilla, y entraba en el frío panteón de la alcoba con tipo de tumba de María de Médicis. Necesitaba estar cerca de la cama en que se muere, de la cama en que quizás se murió el otro, y cuyo crucifijo a la cabecera, tenía el tipo de los crucifijos que penden de las viudas.

Ahora ella se quedaba con la pulsera negra, la pulsera de la viuda que ha sido pedida, la muñequera de su luto.

Con la pulsera negra y las camisas negras—camisas negras que en vez de camisas la ponían un traje de niña chica, un delantalito de seda—resultaba monstruosa.

Con aquel traje de niña sus brazos eran como demasia

do opulentos, y todas las articulaciones tenían el pliegue acentuado de las muñecas.

Con la camisa negra parecía ir a cantar un couplet acercándose a las candilejas, saliéndose del proscenio con cinismo, sentándose encima de la concha del apuntador.

Ella se sentía más abrigada con ellas y su luto perduraba así en medio de su desnudez.

—Yo soy toda mujer—parecía decirle al hacer la instrucción que hace la mujer desnuda sobre los baldosines, sin miedo a su frío.

Era valiente en su desnudez y no perdía las maneras de la mujer vestida. No cerraba tampoco los ojos a lo que hacía y se veía en su expresión que se daba cuenta de que aquél era el solaz del mundo, lo que todos realizan a escondidas.

No exageraba ni disminuía la sumisión. Era la mujer que entra en el amor, como en el mar, de primera intención.

Por el canal de su espalda corría la fría historia de su pasado. Era como el alveo de sus escalofríos y sus recuerdos.

El canal de su espalda era el canalón por donde se iban sus frenesís, y siempre al final se fijaba Rodrigo en aquel canal, y comprendía que por allí se habían desplomado y habían pasado como aguas corrientes y fugaces todos sus romanticismos.

Tenía marcado con más profundidad que en otros cuerpos ese alveo de todo lo que se iba de su presente, de todo lo que se despeñaba en el olvido.

Necesitaba imitar para entrar más en su tranquilidad a las mujeres histéricas, pecadoras.

¿O es que toda mujer es en su desnudez una bayadera?

Era silenciosa su danza, pero revelaba que llevaba sobre sí la pesadez esbelta de la carne.

Tenía esa riqueza en caderas que tienen las buenas gallinas peladas, esas gallinas de Bayona que se venden con sus mantecas pegadas a los costados, como enjundia de su carne.

Y con todo eso, Rodrigo no era sensual, ni Cristina tampoco, pero precisamente de eso mismo brotaba aquella delectación impura. Los dos eran infieles a su naturaleza, pero se sorprendían después de cómo aquella infidelidad era lo más diamantino de su placer.

No se imaginaba después, ni él mismo, cómo aquella mujer había podido desnudarse y quedarse limpia de todo manto.

Le parecía que todo era hipócrita en el mundo cuando aquella mujer que parecía no poderse desnudar nunca y estar encerrada por cuatro mil botones, se quedaba en cueros y abría en cruz sus brazos.

Le parecía encontrar en su blancura cardenales antiguos, cuando la sola huella de un dedo, de un ángulo del asiento, hasta de un frunce del vestido amorataba su carne.

¿La habría pegado aquel hombre con el vergajo de buey, irritado por aquella blancura, ciego de ira sexual, frente a aquella blancura?

Parecía que ella se levantaba de la convalecencia de un castigo, de un suplicio que aún había dejado en sus ojos el punto de fuego del odio.

Le parecía ver que había estado atada a los barrotes de

aquella cama, como Cristo a la columna, y que aquel hombre, por hacer prorrumpir en gritos abiertos y francos a aquella carne silenciosa, la había azotado de lo lindo.

Le indignaba no indignarse demasiado ante aquellas suposiciones, sucediendo que encima calculaba el gozo de aquellos extremos.

¡Ah! Pero ya nadie podría intentar ni la amenaza con ella.

Rodrigo envidiaba un poco aquella manera de forzar las cerraduras del cofre hermético de aquel desnudo demasiado frío. Pero apenas se hacía eco de aquella envidia porque hubiera bastado cualquier indiscrección para que ella le dedicase a él también su luto hermético.

—¿Y dónde te pegaba? ¿Y cómo?—había estado por preguntarle alguna vez, pero había callado, pisando su pregunta.

Eso sí, en aquella blancura se destacaban las sombras de los cardenales como trufas incrustadas en su carne.

«—No me hagas daño ni por casualidad, ni sin querer, hombre»—, parecía anunciarle a él, cuando le ofrecía su tersura sensibilísima pero austera.

Era como la mártir que había borrado sus cardenales desde dentro de su ser, con la goma que no es para lápiz ni para tinta, sino la goma para los cardenales, buena nada más que para eso.

«Ha huído para siempre—acababa por decirse Rodrigo—de esos espectáculos y esos malos tratos, aunque a veces se le recrudecen los cardenales. Desnuda parece haber llegado a mí, corriendo, huyendo del bárbaro marido.»

XI
LA BATA

Cuando entró Rodrigo aquella tarde se encontró con que la viuda estaba de bata.

Estaba más cerca de él y le echaba los senos encima. Estaba más desahogada y se la respiraba mejor.

Libre de su traje ajustado sobre el corsé estrecho, estaba con su bata esponjada, suelta, un poco volandera.

—Hacía tanto calor que me he puesto bata... Ya ve que le recibo con toda confianza—dijo ella.

Verdad lo de la confianza. La bata era como un cubre camisa.

Rodrigo pensó en cómo la soltaría las cintas por las que estaba atada a la espalda y la entreabriría y ella se escaparía de su bata.

El calor había hecho necesaria aquella especie de antiguo kaftan de las moras, kaftan de cachemir de seda negra, porque la bata española no es la bata japonesa, a la que se aproxima más la bata de las francesas. La bata española, que cubre a la mujer alta y opulenta sin las caderas suaves de la japonesa, no puede ser la bata japonesa, sino la bata mora.

Rodrigo estaba encantado y agradecido al calor. La

viuda blanca y negra estaba constantemente desvelada ante él, y como más próxima, gracias a su bata.

Gracias a su bata se hacía la luz de su desnudo, tan súbita como si se diese repentinamente al botón de la felicidad.

La cabeza de la viuda resultaba más en alto sobre un cuello más largo y más claro, el cuello despejado y fresco de la que sale del baño, envuelta en la salida de teatro para salir del mar.

—De bata estás más que desnuda .. No saldrás así a ninguna visita, ni te verá así ningún hombre, ni el cartero, ni el carbonero—dijo él con acento celoso.

—Nadie sino usted me verá de bata...—replicó ella con aquella autoridad que hacía ver que lo prohibido ya se lo tenía prohibido ella.

Andaba por la casa con su bata abierta como si estuviese abierta en canal. Los dos lados de la bata caían como dos desgarrones de tela a ambos lados de su cuerpo, flácidos, plegados, como solapas flojas y largas de un traje abierto de par en par.

Tenía un ardor que exaltaba el turbante de sus cabellos alrededor de su rostro pálido. El calor le pegaba a la frente la maraña de su pelo.

Le daba el abrazo de bienvenida como una bailarina de esas que danzan la danza de la mariposa con alas que se rematan en sus manos y con el cuerpo desnudo al levantar las banderas de las alas.

Le guardaba como dentro de su bata, con aire de protegerle contra las tormentas de la vida, contra las lluvias torrenciales del tiempo.

Con su bata estaba envuelta como en un escaso papel de seda y se la abría como una cartera, o más bien aún, con la facilidad con que se levanta el embozo de una cama.

Rodrigo, ante aquella mujer con bata que le refrescaba el veraneo, estaba alegre de no salir del estío de Madrid. El refresco de aquella blancura de la viuda, le resarcía.

Claro que aquella bata agravaba el adulterio indudable y haría que fuesen más los disparos en la hora de la vuelta del otro, cuya nostalgia sería atroz si recordaba a aquella mujer en bata.

El verano se llenaba de frescura, que parecía trascender a la calle, gracias a que la buena moza estaba en bata.

—Por las rendijas del balcón se escapaba como sombra dichosa y fresca, la sombra de la casa en que está la mujer más blanca del mundo en bata negra—se decía él.

Este verano se sentía en la cúspide de su gloria.

Siempre había sentido la alegría del no veranear. Cuando la falta de dinero en su casa había suprimido la ida hacia el mar, le había quedado una alegría estrepitosa, como si se dijese *rabia rabiña* a sí mismo, con los puños cerrados, moviéndolos en forma de rayador.

«¡Me quedo! ¡Me quedo!» hubiera gritado en son de alegría cantabile.

Una pequeña nostalgia del mar y del veraneo—una ternura más entre sus ternuras—había sentido al oir al hermano adolescente que rodeaba con su brazo la cabeza del hermano más pequeñín, hablarle del mar y de la arena, solazándose en ver desde lejos, que es desde donde se ve mejor, la mojada alegría del veraneo, su asiento de arena.

Este verano no saldría, y además tendría en el Madrid que se pone al rojo cereza, la alegría de estar con su viuda. Ya este verano no se lo quitaría nadie y un verano feliz hace vivir una vida entera con resignación.

¡Iba a ser el verano más enajenado y más delirante de su vida!

Los brazos de ella al aire, saliendo del cuerpo de seda de su bata, serían su consuelo, brotando de ellos una ca ricia con aliento de ventilador.

El calor sin aliño es atroz, crudo, desesperante, pero el calor para arder como en el infierno, junto al cuerpo de ella, es un calor feliz.

Rodrigo temía durante aquellos primeros días de fuego encontrar esa señal de cansancio que hay en toda mujer o ese revés de carne que se corrompe que hay también en ellas, pero no veía nada, quizás porque se atufaba con el primer beso que le daba, y ya no veía más.

Rodrigo volvía a encontrar la realidad, la realidad que sólo veía los veranos y cuya idea iría perdiendo según pasasen los días.

La buscaba como para cerciorarse durante toda la eternidad de cómo es el cuerpo de mujer, de cómo tiene una testaruda forma, pues aunque le parecía que el día de calor podía haber derretido sus senos, los senos estaban nuevos, despotricantes, fuertes como siempre.

—A los senos en verano—la dijo Rodrigo para hablar y para verla sonreir—habría que meterlos en hielo.

—Valiente porquería—contestó ella sonriendo, pero quitándole los senos y dejándole castigado, clavando el imperdible de azabache en lo más subido del cierre de la bata.

—Vas a tener calor—dijo Rodrigo, y comenzó a hacer silenciosa penitencia para volver a conseguir los senos.

Aquella especie de madurez correcta que tenía la viuda, la daba un descote de dulce carne de membrillo.

Rodrigo buscaba siempre unos minutos antes que el día anterior a la viuda blanca y negra, llegando con una terrible sed de aquel descote, que era como un helado rico y apetitoso.

El abrazo del recibimiento era con bata, un abrazo en plena agua del baño, como si abrazase a la ondina en el fondo del mar. La sentía desnuda en la oscuridad de la antesala entornada.

Le herían sus senos como nunca.

¡Qué hermosos días de verano iba a pasar! Deseaba que el verano se encarnizase más para sentir mejor la morbidez de aquella mujer.

El día de invierno está vacío al lado de este día lleno, atestado de sí mismo, repleto.

Se nota el volumen de todo, y por eso la presencia de ella en la habitación era como la de una estatua desnuda.

Lo que más le gustaba a Rodrigo, es que tardase en salir y viniese del fondo de la casa pausada, solemne, para apretarse a él en un abrazo, moldeando en su pecho su busto de cera como en la fundición, los bustos de cera que lleva el escultor para que se conviertan en bustos de bronce.

Los veranos madrileños le entusiasmaban a Rodrigo tanto, que hasta al pasar frente a los cementerios antiguos se le había ocurrido pensar como consuelo para sus muertos: «Por lo menos gozaron de la realidad si vieron en Madrid un verano madrileño».

En el fuerte verano de Madrid, sentía vivir a los muertos, tener el sofoco encantador de la realidad, lo que más apetecían.

En el fuerte y regalado veraneo de Madrid, en el que todas las cosas son plásticas con riqueza, Rodrigo pensó que también esa sería la época en que la nostalgia del otro, se recrudecería.

Indudablemente, el otro pensaba con delicia en aquella sombra en que ella era pegajosa con pegajosidad humana. Para probar cosas así hemos nacido.

En la imaginación de él, atosigada por el calor, se debía dar como nunca la fiebre de su esposa y la recordaba sin los corses del invierno, saliente su cigneo cuello por el largo descote de la bata.

Rodrigo estaba encantado con que el verano entrase en su hora de mayor calor. Se podría decir que sofocaba más al verano con su deseo de que fuese sofocante.

Aquel encuentro con ella como en pleno día, en los largos atardeceres, le daba una alegría especial y le hacía sentir la seguridad de que estaba en los días más felices, más hondos y más sexuales de su existencia, cuando mejor recogía el fruto de la vida.

Ella se sentía acariciada y callaba. Parecía sentir viva y desesperada la sensualidad de él y por lo menos era condescendiente, soportando las caricias como si la refrescasen en vez de acalorarla.

Su bata se desgarraba según iban llegando a la hora de acabar de despedirse. Era como un jirón de un traje deshecho o como el resto de la bandera de la viudez, la ban-

dera en que se había envuelto para ponerse algo con qué cubrir su desnudez.

¡Cuánto más cerca de él estaba aquella mujer así! Había momentos en que parecía que estaba deshecha su impasibilidad de viuda, pero su blancura la defendía, su blancura y su «usted» recalcitrante, indomable, que por las buenas, no se podía suprimir y por las malas no se podía intentar siquiera su abolición.



XII

MATAN A UN AMANTE

Surgió el drama pasional del verano. Lo vendieron los voceadores con desgarrados gritos.

«¡El crimen de Madrid Moderno! ¡un juez mata a su esposa y a su amante!»

En la necesidad de dar brevedad al epígrafe para lanzarlo a voz en cuello, resultaba un poco el amante del juez el amante de la esposa del juez.

Ni siquiera dobladillaban los ejemplares los vendedores. «Si hubiéramos tenido más papel, más hubiéramos vendido», decían cuando ya llevaban sólo dos o tres ejemplares.

Todos en el día turbio, pesado, recalcitrante, esperaban ese crimen. Por la tarde el humo de las fábricas se había quedado tan bajo, tan suspendido, tan en larga horizontal, que parecían las fábricas barcos que habían hecho todo el camino que señalaba su humo. Quizá esa manera de distribuirse el humo, señala el día del crimen, pues con esa presión y ese reposo del aire, le da al criminal la meningitis del crimen.

Como largas sábanas cogidas por una punta daban los vendedores el periódico de la noche, y en las porterías y a la puerta de las tiendas se veía a los grupos al rededor del que leía las noticias del crimen.

Por las ventanas de los pisos bajos se veía al periódico eclipsando la lámpara, y de los pisos más altos, se asomaban las criadas rogando al vendedor de sonoras alpargatas, que esperase un poco. En la espera afluían a él de todas partes y todos se llevaban extendido, grandullón, el capote de brega del periódico. La hoja impresa, era verdadera hoja impresa en la sangre del crimen, del atentado, o de la crisis, en esos días de gran suceso que son como un día extraordinario de lotería.

Rodrigo pasaba por la Plaza de Olavide, cuando sintió el voceo extraordinario: «¿Incendio? ¿Atentado?» Se preguntó por derivar su certeza, una certeza a la que le llevaba su constante preocupación. «Seguramente—se dijo por fin—que un marido ha matado al amante de su mujer. El calor da una gravedad al adulterio, que da miedo.»

Buscó y compró el periódico y se sentó en una terraza a leerlo con avidez, emocionado, como si asistiese al relato del crimen que pudiese haber cometido con él el marido de Cristina.

Su imaginación iba dando mayor calor que el periódico al relato que hacía en pequeños párrafos. Todo se trasfiguraba en su revés con más calor de matices, y con más incongruencia.

Veía la casita de Madrid Moderno, en la calle sombría de los miradores de madera, la casita que había llegado al ápice de su encanto en las noches veraniegas... ¡Con decir que él había dicho a Cristina que de buena gana la hubiera llevado a veranear allí, en pleno Madrid, a donde les llegaría suavizada la aspereza del verano en el centro, viviendo la rica modestia madrileña en su mejor barriada

contrastando la felicidad de su unión como una riqueza excesiva frente a la pobreza de la clase media, con bordados trajes blancos en el verano, cintajos y forros de raso de subido color, que procuran que se vean al andar, porque son lo más lujoso de su traje!

Veía aquellas casitas con sus grandes miradores y ventanales hechos con maderas de aparador muy despintadas por los lavados de la lluvia y por la costumbre que tenían los dueños de baldear, cómo si fuesen coches, los grandes armazones de los miradores a ras de tierra.

«Habían alquilado esta casa amueblada, por seis meses, a partir del pasado Abril.» Rodrigo veía el mueblaje de la casa, su reloj con atrasos insuperables, su cómoda con cachivaches absurdos, unas caracolas, un botijo de esos que son un niño echado en la cuna amarilla y cuyo arco para el linón es el agarradero, un acerico sin alfileres, una palmatoria...

Veía todos esos cuadros que clavó el ferroviario que fué el primitivo dueño de la finca, esas rubias de pelo suelto y esas cacerías de osos en unos bosques, cuyos árboles tienen en vez de ramas cuernos.

«El juez, don Antonio Funer, se había separado de su esposa doña Ana hacía más de un año, y entonces su esposa se había dedicado a hacer vida alegre, en compañía de su hermana María.»

Después venía el historial de cómo en un cinematógrafo había conocido al joven doctor en Medicina don Julián Margarote, y seguían las viñetas, muy parecidas a las clásicas, de la aleluya del adulterio y de la sigilosa venganza que va preparando el marido, que desaparece una tem-

porada, pero durante ella piensa en cómo hará uso del arma que le da la ley.

Lo que le molestaba a Rodrigo en todo el relato, es que a Ana, mujer joven, exuberante, cadenciosa, de alguna manera parecida a Cristina, con valor y decisión suficiente para abandonar en aquel juez de carácter insoportable, la llamasen doña Ana. En el fondo, Rodrigo hacía el paralelo con otro relato posible, y le molestaba que a su libre y sonriente Cristina, despejada del carácter rancio y pesote de las doñas, la pusiesen ese remoquete. Habría que decir en el relato siempre que se hablase de ella: «la encantadora Ana.» La fotografía del periódico gráfico de la noche, era estupenda. Era un retrato que indudablemente se había hecho Ana en las primicias de sus relaciones con su amante cuando él la pidió un retrato y ella se encontró con que todos los que tenía padecían la tristura, la sordidez, el vestido de cadáver de cuando vivía con su marido, el sórdido juez de ideas cerradas.

El momento de cometerse el asesinato era la cúspide de la historia, lo que él leyó en tres periódicos distintos, porque cada uno añadía nuevos adjetivos al relato, aunque no pudiesen variar la veracidad del hecho.

El marido, desde una ventana del jardín que, por el otro lado daba al campo, y cuya valla había saltado como un ladrón, la mató en el momento en que se desnudaba, frente a la ventana abierta y encuadrada por las enredaderas, tranquila, confiada, como la que sabe que por allí no se levantan las casas altas, de cuyos balcones se pueden esperar todos los fisgueos.

Debía ser esa escena del verano en que se resarce el

amante del invierno en que no ha podido ver a la mujer desnuda, de pie, en medio de la habitación. Ana se desnudaba de prisa, como quien la urge echarse en el mar de la cama, fresca, espumosa, envolvente como una ola para el que se tiende. Julián la miraba desnudarse y la retenía allí en medio, alegre de que una corcheta del cubre corsé se hubiese enredado en los encajes de su blusa. Julián la veía esbelta, como arraigada en la habitación, presentándose a un pintor más que a un doctor o a un amante. Recogía en el aire esas prendas que parece que van a caerse y no se caen y pasaba como una *écuyere* por todos los aros de sus ropas, por el aro de la falda, por el de la falda bajera, por el de la enagua.

A Julián le parecía un baile con bellos movimientos que no se descomponían demasiado, lo que danzaba Ana en medio de la habitación. Ni Ana ni Julián pensaban en el jardín. En el pequeño jardín se refrescaba el aire agostado, caluroso, desesperado, que había corrido por las terribles llanuras de Vallecas. ¿Quién iba a suponer que allí, con un anhelo de pasión renovada, con el fervor con que vió desnudarse a su esposa la noche de bodas, espiaba el marido el que su mujer se desnudase para otro? Indudablemente esperó un rato a cometer su atentado, se deleitó, quiso ver más, le enardeció la escena y más cuando sólo iba a ser ya de él, porque la iba a matar, iba a meter en su cuerpo casi todas las balas de la pistola que empuñaba, dejando las últimas para el hombre ese que miraba a su esposa desde más cerca que él...

Después de esa espera vil, disparó el malvado marido y disparó con esa puntería con que disparan los

maridos, porque son los grandes tiradores de pistola.

«Doña Ana—decían los periódicos—cayó entonces bañada en sangre, muerta instantáneamente, según los facultativos, pues una de las balas la hirió en el corazón. Don Julián desesperado se volvió hacia la gran ventana por la que asomaba el marido, y sin darle tiempo de que la saltase le dió un empujón que le hizo caer en el jardín, aprovechando él esos momentos para huir hacia el campo, donde se escapó a la persecución del airado marido».

Al oir los disparos, toda la vecindad de Madrid Moderno, que duerme por el calor con los balcones abiertos, se asomó para enterarse de lo que podía haber sido aquello, y acudieron al hotel de don Julián que era el que tenía mayor aspecto de anormalidad. Al entrar en él se encontraron con un señor que dijo ser el esposo de doña Ana, a la que declaró haber matado por haberla encontrado en flagrante delito de adulterio.

La escena fué muy embarazosa hasta que llegaron las autoridades, que tardaron por cierto mucho. Todo aquel público congregado en la habitación del crimen, alrededor del marido silencioso, parecía disfrutar del suceso, pues era un escándalo ver la postura en que había quedado la infortunada doña Ana. Nadie se atrevió a tocar el cadáver, ni a arrojar sobré él la colcha que cubriese la vergüenza».

Rodrigo permanecía pensativo sobre el periódico pensando en la escena deshonesta e irreparable que podía ser la de su mismo caso y veía a Cristina con aquella camisa de lazos negros que la hacía parecer una niña de luto por su papá, caída, perdida la animación para siempre, incapaz de ponerse de pie nunca, muerta como una falda caída...

Rodrigo compró un periódico más, el de última hora, para ver algún nuevo detalle del crimen y lo que únicamente encontró fueron nuevas fotografías, entre otras, la de la habitación en que se realizó, con su reloj de pesas una muy en lo alto y la otra en el abismo, varios retratos de gentes del pasado que se debieron de asustar mucho por el crimen y el lavabo que daba mucha verdad a la habitación, con sus tres patas torneadas y sus jaboneras, en las que no sabía por qué veía toda la cotidianidad que había en aquellas vidas, quizás uno de los detalles más genuinos por los que merecía respeto aquella intimidad.

En el nuevo periódico sólo había un detalle interesante y conmovedor, que precisamente el día antes había sido el santo de la víctima. «¿Quizás fué esto lo que excitó las nostalgias del señor de Funer, desesperado desde el día anterior por el recuerdo de la fiesta que fué para él ese mismo día en otros años más felices?»

Rodrigo preocupado, pensando en que era otro amante disponible para el marido fantasma, tiró los periódicos debajo del velador del café y salió a la calle. En la noche de calor que como la del crimen era la de este día, había todos los microbios que en la de ayer. El marido de Cristina, cuya silueta creía haber sorprendido en los dinteles de luz, de una ventana o de un portal, compraría algún periódico de la noche y es posible que emulado por el otro marido, cometiese el atentado que preparaba hacía tiempo.

Rodrigo pensaba en la psicología de estos crímenes. «No,—se decía—después de cometido uno, no sucede el otro... Dejan pasar una tregua... Se encontrarían en ridículo cometiéndolos demasiado seguidos y la opinión se

daría cuenta de la barbarie... Tienen que situarse bien a través del tiempo... Sólo es posible que sea ahora cuando él piense que viene detrás del otro, que enseguida le tocará a él, pero pasará mucho tiempo, todo el verano por lo menos, hasta que se realice.»

Con esas disculpas, con esas esperanzas que se daba para recobrar ánimos, se dirigió a casa de Cristina.

Era un poco más tarde que otros días y ella misma le abrió. El la besó con más apasionamiento que otros días. Parecía como si hubiese peligrado ella también. «¿Y no ha venido el tuyo a matarte?»—la hubiera preguntado.

—¿Has leído?—la preguntó.

—Sí... Pobre mujer—dijo ella, y en el tono con que contestó se veía que no quería hablar más del asunto, que aunque era valiente no quería temblar.

Rodrigo aquella noche tuvo los anhelos de una última noche, y buscó en ella los besos de una despedida.

—En estos días en que todos se van de veraneo, parece que todos se van a marchar, que tú también te irás...—dijo él—. Me parece que te vas a un lejano balneario a parecer la viuda a otros hombres...

—Pero usted sabe que no me iré... Que me encanta ver el Agosto de Madrid... Que quiero vivir a su lado en la oscuridad de este gabinete todos los anochecidos de todos los días del verano...

La hora de la cena había pasado. Por las calles corría ese silencio de tregua en que todos están sentados ya en los comedores, bebiendo mucha agua, la doncella convertida en la aguadora de la mesa, con el gran botijo sobre la cadera...

Los dos se habían quedado ensimismados sin pensar la hora que era. Los dos pensaban probablemente en lo mismo y veían en la silueta de un hombre que estaba parado junto al farol de la esquina, aquél en quien no querían pensar y al que temían. Hacía el cigarrillo de antes de matar, con ademanes estudiados y flemáticos. Tenía el sombrero flamenco de los maridos que matan, un poco echado hacia los ojos para mirar mejor y con más disimulo al balcón, en cuyo fondo se guarecían.

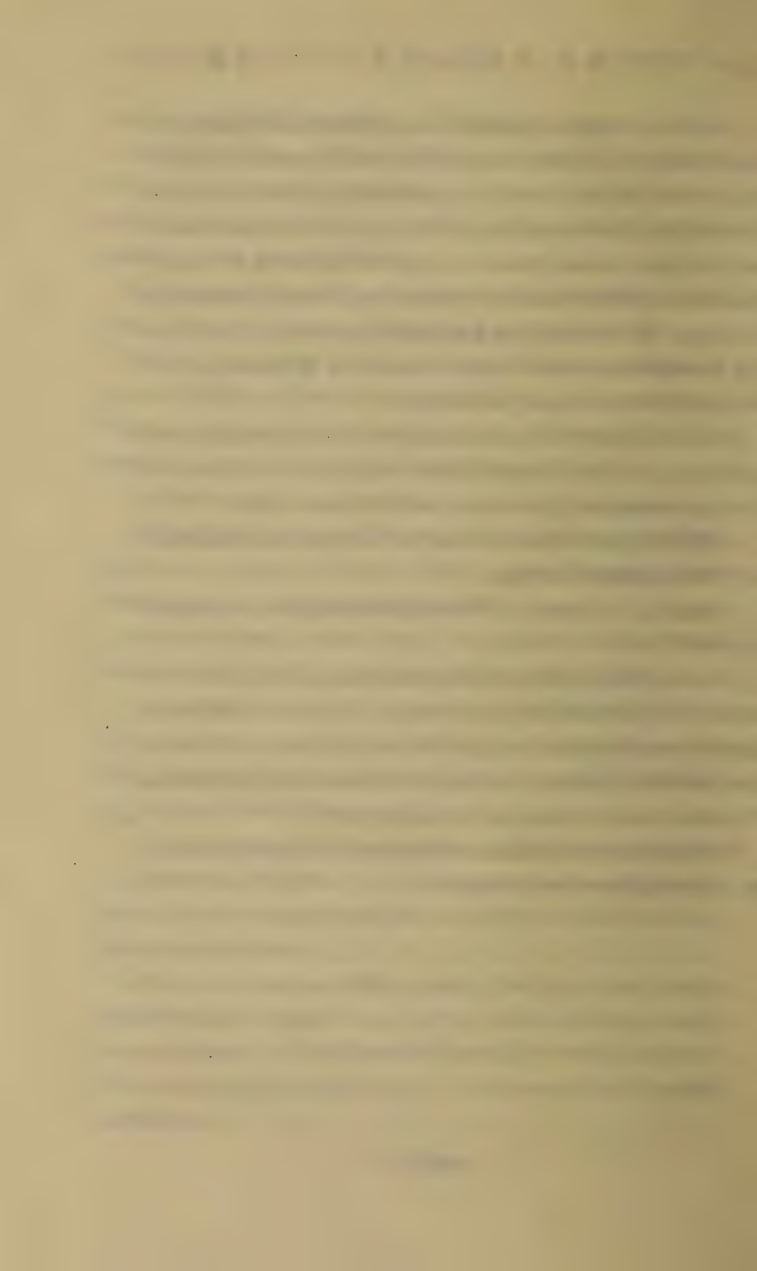
Una seña que hizo hacia ellos pareció que era como una amenaza, pero les absolvió de la preocupación el que vieron que mandaba bajar a una mujer de más arriba.

—¿Quién creías que era, que lo mirabas con tanta fijeza?—la preguntó Rodrigo.

—Nadie... No lo veía... Pensaba en otra cosa...—contestó ella.

El calor lanzaba unas cosas contra otras, a unos contra otros. Era la hora de que apretase el dolor de los grandes reumas morales, en que el que sufriese la falta de una cosa la echase de menos fervientemente, en que las grandes reclamaciones se recrudeciesen.

Se sentía algo así como una revolución respirar, armarse, compaginarse en la calle..



XIII
LA TARDE DEL DOMINGO

El domingo era un día todo él embatado, es decir, era día en que ella no se ponía corsé ni otra prenda que la bata.

A las cuatro, muy temprano, a la hora en que salen las criadas con sus blusas blancas y con falda negra—día sin delantal—y su pañuelo con un nudo de dinero en la mano, entraba Rodrigo en la casa.

Ella le esperaba para una larga tarde y estaba preparada, como con más acopio de paciencia y de alegría que nunca.

Todo estaba un poco entornado y se sentían más solos que nunca sin la presencia de la criada. Salían perfumes caseros de las cosas y el diván del domingo era mucho más cómodo que el de los otros días.

Los dulces de la tarde eran de distinto sabor que los de los demás días por la noche. Esos días no abrían si llamaban a la puerta y los dos contenían hasta la respiración para que la visita comprendiese que no estaban. Se acurrucaban el uno en el otro como si estuviese llamando el ogro y él se aprovechaba del silencio para darla abrazos apretados, un poco mal intencionados, para que sofocase sus gritos.

Un domingo excitado íntimamente por la idea de que pudiese ser el marido, la apretó un pecho, haciéndola lanzar un grito desesperado e incontenible.

El que llamaba, al oir el grito y como venganza, y como si el timbre trasmitiese sus insultos, se pasó casi toda la tarde apretando el botón. Había oído indudablemente el grito y quería subrayarlo con la protesta del timbre.

El temió que fuese realmente él y echase abajo la puerta y soportó en silencio sus reproches y los «me has hecho daño», con la mano al pecho, que lanzaba ella.

Por fin, aun haciendo crujir las maderas del parque, Rodrigo tuvo la decisión de subirse a una escalera y quitar la bombilla que hacía sonar el timbre.

El hombre de la puerta al sentir ese silencio golpeó un rato la puerta con su bastón y después se fué. ¿Habría dejado escrita alguna amenaza en la pared de la escalera? No. Nada. Nunca se supo quién había sido la sombra insistente de aquel domingo por la tarde.

El domingo era un gran día de conciliación y sucedía por la tarde lo que los demás días no sucedió más que al anochecido.

Se sentía en el internado de un colegio de mujeres al lado de una colegiala. Algo de pasar las vacaciones del domingo con una niña había en su domingo.

Siempre recordaría esos domingos entornados, en que buscaban la habitación interior y en que todo era pereza de abrazos y el perfume era más vivo y ella parecía más empolvada que los demás días, más provinciana, menos la viuda blanca y negra de entresemana, cuando salía por la ciudad, siempre sola.

—El domingo pareces una fruta—la dijo él este domingo en que la ciudad se asaba a fuego lento, y sin embargo, ella estaba fresca, redonda, no cediendo los senos de su pulida estatua a la presión de las manos. Su carne era dura en las curvas, que es donde es más necesaria la dureza.

En el domingo lucía más sus brazos, los mostraba como niños que aupaba, y muchas veces en el diván, los dos inclinados, el uno sobre el otro, le parecía que los bellos y blancos brazos de ella asistían a la fiesta del domingo como dos pequeños, como dos niños desnuditos, como dos hijos supuestos, que no habían cometido con la madre la ingratitud de desprenderse de ella, de robarla belleza. Eran como dos niños polichinelas que jugaban a moverse en los propios brazos de ella, soportándolos ella como esas crías que la gitanería lleva siempre colgadas de sí.

El domingo parecía haberse bañado en la leche del domingo, en esa crema de que aparece lleno.

En este domingo de calor, su bata se iba desabrochando, pues ella, aunque no perdía su frescura, estaba como asesinada por el calor sobre los almohadones.

—¿Qué tienes que parece que estás preocupada, temerosa, como si esperases algo?

—Nada... Calor... Me quedaría en camisa, si no pareciese impúdica así...

—Sí... no quiero verte de visita y en camisa... Me da miedo mirarte de otro modo a como te debo mirar... Con bata estás mejor... Anda, ponte de pie y abrázame, con la bata así, abiertas sus compuertas, guardándome dentro de ellas.

Rodrigo, al decir eso, se puso de pie y citó como un banderillero a la viuda blanca y negra. Ella se levantó y fué hacia él erguida, alta, con la bata fácil entreabierta, como la salida de baño cuando se llega a la orilla.

Parecían estar en un rincón de los jardines del domingo ocultos en la sombra de la enramada y todo iba a suceder, cuando en la oscuridad de la casa sonó el timbre de los domingos, con esa llamada discreta para no despertar bruscamente a los que duermen la siesta del domingo, a los que están en las habitaciones que han sido regadas y que están llenas de las SSS que recomiendan silencio, mucho silencio para que haya menos calor...

La viuda blanca y negra tuvo un primer momento de ponerse de pie y de ir a abrir la puerta. Rodrigo la detuvo apretándola las muñecas, y exagerando quizás la represión, pero le dió pánico ver perturbada su tarde de domingo por nadie.

En el silencio que había que guardar, hubo una lucha sorda porque el timbre volvió a sonar con insistencia precipitada.

—Otra vez el de aquel domingo—dijo Rodrigo en voz baja.

Pero el de aquel domingo venía esta vez más iracundo, como si a través del tiempo hubiese cobrado más autoridad.

La viuda en pie, excitada, queriendo escapar hacia la puerta, insistía aún en querer abrir. Rodrigo, con voz sofocada, colérica, la dijo:

—¡No! ¡De ningún modo!

—¿Pero y si es alguien...?

—A nadie... A nadie...

El que llamaba, como si se quisiera prevaler de que la mujer estaba de su parte, insistía con más violencia después de ver lo que sucedía, como si hubiese asistido a esa lucha sofocada, en que ella parecía irse a echar en sus brazos.

En su dominio de la casa, en su especie de autoridad sobre el piso como si fuese el dueño, el marido, que pedía que se le abriese su casa, la casa en la que estaba autorizado por la ley para entrar, dió unos golpes, como unos golpes convenidos, en el metal de la mirilla.

Rodrigo entonces se quedó mirando a la viuda, como si se diese cuenta de algo, vivos los celos ocultos de aquel marido que era el que únicamente podía y tenía derecho a tener celos de él, y la dijo:

—Voy a salir yo a abrir a quien sea...

—¡No, no!—dijo ella con emoción, una emoción de miedo que no se sabía por quién era, si por él otro o por él.

Vencida, cada vez más descompuesta en la lucha muda que sostenían junto a la puerta los dos, con el pelo caído, con la camisa deshombrada cada vez más, pero clavada en el sitio porque Rodrigo no soltaba su muñeca, parecía que iba a gritar al que llamaba: «¡Voy! ¡Voy!»; pero se contenía, no lo diría nunca, frente a la imposición de Rodrigo.

El de fuera, como si quisiera defender a su mujer, aprisionada por otro hombre, y como si le apasionase el verla medio desnuda, con el moño medio deshecho como una persiana que se va a caer, gritó con voz fuerte y varonil: «¿Es que no hay nadie?»

La viuda, rápidamente con la mano que tenía suelta, tapó la boca de Rodrigo, que fué a contestar una barbaridad al que había hablado.

—¡Calle por Dios! ¡Calle!—gritó poseída por el pánico...

El se dió cuenta del peligro y realmente se creyó amenazado por el marido que por primera vez, de verdad, estaba cerca de él, con la pistola vengadora en la mano. Hizo en vista de eso un mutis absoluto pero sin soltar la muñeca de ella y sin mirarla.

Paso un rato así, toda la casa en silencio.

—Ya se ha marchado—dijo ella a media voz.

—¡Calla!—dijo él con la voz enronquecida, tomada, hecha sólo de aire de la garganta.

Pasó otro rato en que no se oyó nada, ni el rebullir más ligero en la escalera...

—Ahora si que se ha marchado—volvió a decir ella con más seguridad y como queriéndose desprender de la mano cerrada como un candado sobre su muñeca. El sin soltarla la habló en voz baja, aunque menos baja.

—No... aún no, espera... Puede haber hecho que se ha marchado para sorprender nuestras voces y el que vayamos a la puerta para ver... Espera...

Se veía que la viuda iba a saltar cuando aquello acabase y cuando él la soltase la mano. La escena había sido de una violencia extrema aunque no hubiese estallado. Había sido la lucha de dos mudos luchando a muerte, dos mudos que ahora iban a recobrar la voz...

El, con ella de la muñeca siempre, la llevó por el pasillo hacia la puerta, y allí abrió la mirilla con sigilo. La esca-

lera estaba luminosa, silenciosa, vacía, con un vacío equivalente al espacio que vaciaron, que desalojaron todos los que habían pasado por ella y no se habían quedado, un vacío inmenso.

Se había marchado. Rodrigo soltó la mano a la viuda y fué el primero que habló en voz alta:

—Maldito sea el que haya sido.

—No debía decir eso pensando si sería alguien de mi predilección. Yo en su casa no me hubiera atrevido a decir lo mismo... Además, mire cómo me ha dejado la muñeca —y ella enseñaba su muñeca con una pulsera morada, una de esas cicatrices que pone en la mujer el que no pega, pero aprieta.

Rodrigo vió que había perdido la tarde espléndida del domingo, y que aquella mujer que se desperezaba para abrazarle con los dos vuelos de su bata, ya no hacía ese gesto airoso y feliz, y por el contrario, a su vista se cerraba la bata que es excesivamente fácil en la mujer contenta, pero que es la prenda más difícil de abrir cuando se cierra con las cintas como cadenas del cinturón.

En efecto, el domingo estaba ya caído y triste en el gabinete y le costó mucho trabajo volver a una conversación afable y tranquila. Sólo cuando la mancha de la muñeca, que iba desapareciendo lentamente, desapareció por completo, volvió ella a sonreir.

El domingo entraba en el atardecer sin luz, pues sólo lucían en la calle de escaparates apagados, alguno que otro farol muy amarillo. Las gentes iban como ciegas, muy pegadas a las paredes, tanteando en ellas.

«El maldito tío del timbre —pensaba Rodrigo— ha atra-

vesado, ha perforado mi domingo... Quizás ronda por ahí en frente, o está sentado en el banco público de la esquina... No encenderé... No vaya a volver».

Se sentía la protesta muda de que acabase el domingo, la ira que había en la calle, la resignación de hospicianos que van a recluirse en el hospicio, esa actitud de presos que llevan en todos al volver del paseo del domingo.

El sabía que su amor se repondría de lo sucedido aquella tarde, pero el calor hacía más larga la ruptura, y no dejaba comenzar la reconciliación. ¡Era tan difícil dar un abrazo sin dar calor! Los rescoldos del día bochornoso llenaban toda la ciudad. Todo parecía pasar en la cocina del pueblo, iluminada apenas por las limaduras de fuego que quedaban en el yar.

En otros domingos se repuso del domingo asesinado por el timbre.

XIV

EL CENICERO LLENO

Cuando entró Rodrigo aquel atardecer, se encontró el cenicero lleno de colillas. «¡Cristina! ¡Cristina!», llamó con insistencia, pero ella no contestó porque estaba dándose uno de esos baños tardíos de los días muy calurosos, cuando retardaba la entrevista con él para quitarse antes, como quien se quita una piel fina y carnal, el traje del calor, el mallot ahogado del día de Julio.

Oyó Rodrigo el agua y se calló. Sabía como el agua que corre raya la voz, la borra, la oculta como no hay tachadura que lo haga. ¡Cuántas veces se había irritado con las cocineras que tenían suelto el chorro de la fuente porque no había medio de que oyesen ni la voz ni el timbre, hasta no cerrar el persistente aislador del agua!

Una larga media hora de paseos alrededor de la habitación y de ira sorda, iba a estar mirando aquellos cigarrillos consumidos hasta el límite y que suponían lo menos dos horas de charla y de intimidad, intimidad muy nerviosa y plácida por como estaban de agotados.

«Ella, por tenerse que bañar, ha olvidado el hacer desaparecer las colillas... Con el calor que ha hecho hoy, se ha aturdido en su natural deseo de apagar el bochorno», pensaba él buscando la razón de aquel olvido, aunque

insistía la voz que la defendía diciendo: «Pero, ¿cómo si fuesen de un hombre desconocido iba a dejarlas así de presentes, y más sabiendo sobre qué hora acostumbraba a venir él?»

«¿Volvería a decir que eran de su hermano?»

«Un hermano—pensaba él—no hace una visita tan larga y tan aturdida e inquieta, como suponen todas esas colillas.»

Parecía enteramente que se habían consumido todos los carbones de un incensario muy cargado.

«¡Y si siquiera hubiese abierto las persianas!», se dijo de pronto indignado y precipitándose al balcón, cuyas celosías abrió con violencia, como quien orea la habitación de la presencia de una visita importuna.

Una ráfaga de tabaco salió detrás de él por el balcón, como esparciendo por el aire todas las conversaciones que habían acompañado a los chupeteos y a los alardeantes gestos de lanzar el humo. La sensación del aire libre le dió con más rigor la imagen exacta de lo mucho que allí se había fumado.

De espaldas a la calle y apoyado por detrás en el balustre, miraba el fondo del gabinete, pues de ningún modo se descubre mejor el secreto gesto de una habitación que en esa postura. Ahora, toda la habitación se había vuelto más diáfana y había recobrado su sensatez y su soledad. Se notaba en ella lo que había pasado. Precisaba la escena mirando la posición de las butacas y el diván.

«Está cargado de una voz bronca, de sochantre asqueroso, este humo», se dijo con indignación.

Si no hubiese respetado siempre su hora de bañarse y

su cuarto del baño, hubiera entrado allí a armarla el escándalo, a decirla las verdades, a ver su cara de cortedad y de arrepentimiento, quizás a oirla lo que temía y deseaba que dijese, el «pues ha sido mi marido» definitivo y catastrófico.

Pero tenía una especial caballerosidad de respetar el cuarto del baño y en las voluptuosidades que había inventado, dentro de las invenciones eternas, nunca había estado el sorprenderla en su cuarto de baño.

Muchas veces había influído también, en ese respeto, cuando la fiebrecilla sexual la había hecho andar por los pasillos, que estaba ayudándola a bañarse su criada. Pero nunca, ni en aquellos casos en que una última curiosidad y el deseo de agotar las cosas le había hecho rondar la puerta sin picaporte, pero con la llave colgando, habría entrado. Tenía respeto y le dejaba frío en definitiva aquel blancor del cuarto de baño, aquel brillo de los blancos azulejos, toda aquella emoción de la limpieza y del aseo, que hacía caer sobre la sensualidad la ducha fría y blanca.

—¡Que por lo menos su baño la moralice!—se había dicho él muchas veces y había pensado: «si en esa saludable e impasible soledad se sintiese ardorosa y voluptuosa, peor para mí, porque es que sería una perversa insaciable».

No había querido asomar un ojo nunca al cuarto de baño y un día en que ella le llamó, no quiso acudir. Aunque cuando ella estuvo fuera, le prometió bañarse con él a su vuelta, después al tenerla cerca y apagada la rigurosa sed del absentismo, se volvió a disuadir de prostituir el

cuarto de baño. Ya en otra ocasión, con otra mujer, comprobó que después de un baño perverso, con juegos en el agua, se queda el amor deslucido, sin brillo, como si se hubiese descolorido y lo hubiese echado a perder el baño como a la pólvora la humedad. De aquella mujer le había desengañado, más que nada, aquel juego en el baño, aquella desagradable mojadura llena de frialdad vergonzosa, mientras se limpiaba con la sábana.

Cristina tardaba más que nunca. ¿Qué pecado se lavaba y borraba de su cuerpo? Los garbanzos de sus pezones debían estar ya deshechos.

Rodrigo salió de nuevo al pasillo y gritó:

—¿Pero no acabas, Cristina?

—¿Pero estaba usted ahí?—contestó Cristina abriendo la puerta del baño y dando la sensación de estar vestida y de estar colocándose los pendientes, a falta sólo de eso...

—Estoy aquí hace un gran rato, contestó él. Corría aún el agua del baño cuando entré.

Cristina impaciente, deseosa de ver y abrazar a Rodrigo, avanzó por el pasillo, acabando de cerrarse aquellos difíciles pendientes.

—Ciérremelos, Rodrigo—dijo ya al lado suyo y como si le pidiese ese beso de la ayuda, antes de darle ella el primero suyo.

Rodrigo tuvo un momento de indecisión, por que pensó que aquel rasgo de mimo, desautorizaba un poco el tono de reproche que tendría que tomar a continuación.

Pero la cerró los pendientes de cierre difícil, no sin tener cierta brusquedad al cerrarlos.

—¡Que me pellizcas! ¡ay! ¡Que me haces daño...! Ya está... Ahora en pago...

—No—dijo Rodrigo apartándola y no queriendo aceptar ese beso hasta saber...

—¿Qué pasa?—preguntó ella sin comprender.

—¿De quién son esas colillas que hay en el cenicero de de la mesita?

Ella, se echó a reir...

El, insistió colérico.

—No es cosa de risa... Tu hermano no ha sido, por que ayer precisamente me dijiste que recibiste carta suya... Y no siendo de tu hermano, ¿de quién pueden ser?

Cristina se seguía riendo, echada hacia atrás en la butaca, tomando la postura feliz de la que va a responder con cordura, pero Rodrigo, irritado, la miraba con ingrata mirada. Al verle así se la cortó la risa y le dijo:

—Por verle así, en esa actitud, no debía responderle... Ha puesto la cara de chino que nada le da derecho a ponerme a mí... Para que lo sepa... Esos pitillos se los ha fumado un anciano, mi tío Emilio, que al estar aquí ha estado en su casa, porque es el hermano de mi madre a quien más quiero.

Rodrigo comprendió que ya no debía decir ninguna palabra, porque le echaría aquella mujer que no permitía el desacato de los celos.

—Soy tan libre y es tan desinteresado mi afecto por usted, que no merezco ninguna sospecha... Ya él, que fué un malvado, bastante me martirizó...

El insulto al otro pareció ser lanzado por ella para resascirle-

El guardó un silencio mayor y la vió débil, humillada aún por el otro.

Muchas veces la había oído aquel concepto y siempre le gustaba oírselo y al mismo tiempo le desagradaba. Era un insulto al principio de autoridad del hombre y era además algo excesivo, como resumen de unos amores y de una vida en común. No le gustaba que fuese tan cruel; pero al mismo tiempo, ¿cómo terciar en defensa del *odiado?* ¿Cómo querer poner las cosas en su punto como con cobardía, como para captársele un poco, como con miedo de que le oyese?

Aquella visita fué triste, callada, y por si acaso se abstuvo de acariciar las curvas que le hacían más vivos brindis que otras tardes. «Me las tengo prohibidas hoy»—se decía conminatorio y rígido.

Y para contenerse pensaba en aquel tío Emilio y, si eso no hubiese sido repugnante, hubiera estudiado las colillas cínicas y victoriosas en el cenicero como si tuviesen la satisfacción de lo consumado. «¡Que nos quiten el largo rato placidísimo que hemos pasado entre conversación y convarsación!» «¡Mira cuántas!»—le decían desde su platillo como los restos abyectos de la peor de las meriendas.

Si él se atreviese a tocar aquellas colillas sospechosas, descubriría detalles curiosos en ellas. Desde luego, a simple vista, se veía que no eran de joven, sino que tenían la huella del señor de cierta edad que las ha contagiado de la amarillez de las yemas de sus dedos con color huevo, verdaderas yemas de huevo amarillento.

Nada, que no podía digerir aquellas colillas llenas de indiferencia para él, y que de cualquier modo podían ser

de aquel marido cuyo gusto deplorable se veía en aquel cenicero.

Rodrigo, por fin, se levantó y se despidió con sequedad, como el que no va a volver cuando al cerrar la puerta tras de sí, renacería en él las febriles nostalgias.

XV

A LA VERBENA EN COCHE

—¿A que no te atreves a ir conmigo a la verbena en un cochecito? –la dijo él.

Ella se quedó pensativa, como mujer que no se decide a aceptar, como si él la hubiese planteado el problema de que se pusiese de alivio de luto.

—¿No te atreves?—insistió él.

—¿Por qué no me he de atrever?—respondió ella.

Otra vez se hizo una pausa, y ella se quedó pensativa mirándose las sortijas.

Al verla así él pensó si debería insistir, si no sería demasiado atrevido y temerario salir con ella por enmedio de las verbenas, por donde él andaría tocando el pito de la soledad, con su pito de cristal adornado por un floripondio, el pito que lleva con alarde el hombre alto, fachendoso, juerguista y mujeriego al que se la tiene que pegar su mujer.

Ella, por fin, dando vueltas hacia dentro a una de sus sortijas, dijo:

—Sí... Vamos...

Rodrigo, lanzado ya por ella, salió por un coche. Era la hora en que unos cocheros se van a cenar y otros salen. Los que van a relevar pasan a esa hora por las calles

céntricas y los otros todavía no han llegado, vienen lentos, fumándose el cigarro de la sobremesa, el cigarro que les compensa de ser cocheros, el cigarro de su opulencia cuando se sienten en àlto y un poco mecidos, sin las almorranas del final del trabajo.

Rodrigo recibió la respuesta del ir a relevar de unos y otros cocheros y esperó un poco esa lenta aparición de los coches que ya venían a lo lejos, despacio, confiados, moviendo las caderas de sus guardabarros como bayaderas que avanzan, con la cometa blanca del alquila levantado, con ese satélite de luz indecisa que es el que revela la soledad del cochero y su libertad.

Sentía la voluptuosidad de aquel viaje que iban a hacer en su cochecito, sintiendo los dos la suavidad de sus muelles.

Rodrigo esperaba en la esquina de la calle como si esperase a una novia, como si esperase la aventura. Todos los que le veían se llevaban la seguridad de que estaba esperando a una mujer.

El coche vogaba por enmedio de la calle, como barca que pesca y que por lo tanto apenas avanza más que lo que el mar impone, haciéndola pasar de escalón a escalón a través de sus olas.

Por fin, se acercó. No era antipático el cochero. No era de esos que no se han afeitado desde hace tres días y que tienen una catadura de convalecientes de su profesión; era un viejecito de esos que lo comprenden todo. Se dió cuenta de lo que iba a hacer Rodrigo cuando dió las señas de una casa próxima; aquel hombre, iba por una mujer.

Aceptó el cochero la hora del reloj de Rodrigo y se dirigió a casa de ella.

Ya esperaba en el balcón Cristina Toda la vecindad les iba a ver salir juntos y todos iban a cantar el responso definitivo al supuesto fallecido.

Todavía estaba abierta la portería y anunció con más viveza el acto de que Rodrigo llegaba con un coche, el que la portera y toda su familia que estaban sentados a la puerta, levantaron el campo moviendo un gran ruido de sillas.

Cristina apareció en el portal iluminada por el fondo. Tenía una cosa de huir definitivamente de su casa, de dejarse raptar por fin.

Al bajar los cuatro peldaños del portal, se la vió perder un poco la gran decisión que respiraba su figura. Sus zapatos, empinados sobre los elevados tacones lo menos Luis XXI, no encontraron el otro escalón, viéndosela vacilar con esa espantosa vacilación que es vacilar en una escalera. Rodrigo hubo un momento que estuvo en el estribo para ir a sostenerla, pero vió que se había repuesto inmediatamente y había ganado el equilibrio.

Esperó. Aquella salida con su gran luto en la noche festiva, en que todos los caminos eran caminos de verbena, porque la verbena estaba en el cielo, en el calor del día, en el deseo de ver pasar gente en alegre procesión, que había en todos los balcones iluminados, era la primera después de su gran duelo.

Se subió al coche, enseñando al subir aquella hermosa pierna, con media de cebolla trasparente, en gran contraste con sus ropas negras. Algo brilló también la enagua, como la espuma del gesto ágil de subirse al coche.

Al sentarse en él, la viuda blanca y negra cogió con una gran coquetería *la pena* de su sombrero y la estableció en el coche como si asentase bien la cola de su cabeza, la larga cabellera de su luto. Aquella noche, el luto resultaba más inútil, aunque la vestía y la sentaba en el sofá del asiento como a una reina.

El rasgo hubiera sido arrancarse *la pena* en la verbena y perderla en la noche, tirándola en el camino; dejar que se la llevase el viento como una racha de humo.

Rodrigo iba orgulloso al lado de la viuda, erguida, que le parecía otra vez inasequible, sentada muy en punta en el banquillo, con el descote de su traje negro muy abierto enseñando las puntillas blancas de la camisa. Rodrigo pensaba mirándola el descote y el alfiler largo y con azabaches que lo cerraba, uniendo como un candado la camisa al cuerpo del vestido, que aquel alfiler era como el broche seguro de la belleza de aquella mujer que le había deparado la casualidad. Nadie podría abrir aquel alfiler, cerradura de más seguridad que todas las cerraduras, nadie sino él.

Estaba muy político en el coche. Se sentía en una visita de cortesía a una mujer cuya belleza y cuya austeridad se respetan demasiado. Ella parecía una imagen un poco esfíngica y solemne, a la que se ha sacado a pasear. Todos se volvían a mirarla. A ella, ni siquiera se la ocurría volver la cabeza hacia nadie, ella miraba de frente y de vez en cuando, sin levantar la cabeza hacia ellos, hacia los balcones iluminados del verano.

Todos se veía que les miraban como si viesen pasar a los que se dan un paseo feliz hacia el mar por los canales

de las calles. Les miraban como a seres afortunados que van a acabar en los sitios en que las brisas son vivas y refrescantes.

Iban hacia la verbena y, sin embargo, por su seriedad y su silencio parecían ir a una estación o venir de ella.

Rodrigo iba emocionado, pues veía lo que valía que aquella mujer misteriosa, de pocas palabras, que se dejaba acariciar en silencio y miraba las caricias con impasibilidad, se hubiera dejado conducir en el coche demasiado humano que es el simón. Estaba sorprendido al verse con ella por en medio de las calles, viendo el empedrado, como yendo descaradamente por en medio del arroyo.

Ella iba valiente como esas reinas a las que ha amenazado el anónimo para el día de la apertura de Cortes y que van tranquilas saliéndose del coche para dar más pecho al asesino. El miraba a todos lados un poco confuso, pero le serenaba el espectáculo de serenidad de los balcones, aburridos por lo general de su vida matrimonial, viéndose muchos hombres ordinarios en camiseta color canela.

Caían las miradas de envidia y de curiosidad en el coche. Parecía que hacían en él una cuestación. Querían ser reconocidos por todos, que buscaban en ellos el contacto, el modo de echarse uno sobre otro, y después las piernas de ella que encontraban en el fondo del coche, no quedándose satisfechos los asomados hasta encontrarlas, como si temiesen que fuese coja la que iba en el coche o como si esa fuese la solución del rompecabezas que les proponía el coche que avanzaba.

Tenía algo de escandalosa exhibición por en medio de

la calle aquella aventura. No era muy serio aquel carruaje para que se convirtiese en un acto elevado y como dignificado el acto de ser arrastrados por en medio de la ciudad. Se parecía más a los carricoches que arrastran los chicos.

Al pasar en el coche veían las lámparas de los comedores con su melena de flecos transparentes. Todos se chapuzaban, metían la cabeza en esa jofaina de la luz, en la ducha de la lámpara.

Lucían las lámparas de los comedores, congregando a toda la familia, empollándola de nuevo.

Ya tenían cierto adormilamiento. El mapa del periódico, extendido varias veces por sus cuatro caras como cuatro mapas distintos, había sido ya visto por completo.

En lo alto de la lámpara tres bombas de luz tenían dormida la electricidad en sus globos oscurecidos como si estuviesen fundidos, aunque solo era que los previsores dueños de casa tienen dos llaves para esa misma lámpara de comedor que es la que más gasto hace, que es la que más se enciende dando a sus llaves todo el mundo.

«¡Qué cotidiana, qué de pequeña burguesía, qué de clase media es esta vida!», pensaba Rodrigo, mirando esas lámparas cuyos tres globos de arriba esperan las visitas, esperan saber quién es quien entra de sopetón y muy anunciado por las voces demasiado melosas y sorprendidas de la que salió a abrir, esperan los estrenos de traje, las comilonas.

Se veía todo, porque hasta las casas que se abren en los chaflanes más descarados, no pudiendo resistir ni la persiana, se abre con franqueza y se dejan ver sin recato.

Es optimista esta visión de los comedores y los despachos, unos y otros dentro de una larga sobremesa de verano. ¡Cuántas lámparas antiguas y cuántas lámparas de largo pie erguidas junto a las butacas como faroles de calle para la habitación!

Ante alguno de esos interiores se sentía agobiado Rodrigo. ¡No podría vivir ni un solo día en medio de esas cosas! Y no es que fuese atrabiliario, porque le parecía bien esa habitación completamente antigua con sus quinqués de bomba y esa otra adornada sólo por un almanaque.

Veía como rasgo muy del verano en los balcones, los bracitos de las asomadas al balcón, de las que ya no pueden más y apoyan su carne caliente sobre el balustre frío; ángulos flacos y desesperados de bracitos enternecedores.

Resultaba refrescante oir las pezuñas herradas sobre el granito de las piedras. Qué bien dibujaba la noche y la vuelta de las esquinas, el coche y su ruido. Era un viaje difícil, era algo así como una piragua por ríos llenos de obstáculos, llenos de plantas silvestres.

Les reunía con mayor familiaridad aquel viaje en coche, en que sentían los dos los aspavientos del caballo bajo, los latigazos y su irse a caer como enfermo por la gripe del cansancio.

El coche viajaba demasiado entre las gentes; parecía que cualquiera podría poner el pie en su estribo.

Iba quedando en ellos la silueta de unos asomados, un cartel de un sastre, destacándose sobre un balcón—*especialidad en trajes de torear*—la sorpresa de unas vacas —como familia humana—entrevistas a través de los barrotes de la ventana de un piso bajo, la silueta como clan

destina y como iluminada por un cabo de vela, de una imprenta funcionando, dando los golpes ensoñarrados de la máquina medio dormida.

En muchos letreros de tienda se leía EL SEGOVIANO, tanto que parecía que toda Segovia se había vertido sobre Madrid. También se leían muchos VIDRIERO Y FONTANERO con verdadero exceso y los nombres de tiendas bien bautizadas como EL POSTRE o LA HORMA IDEAL.

Toda la ciudad, las plazas, sobre todo, tenían el aspecto de las eras después del trabajo del día, ya en la hora del asueto final.

Por los balcones modestos se veía al que cena retrasado, pero al fin tranquilo y en mangas de camisa y que bebe vino en botella de aguardiente, esa botella con cuarterones de a céntimo que la dan a la vista un tacto característico.

¿Habrá algo que caracterice más esas mesas humildes y que no quieren dejar de ser canallas, que ese hecho de que beban sus comensales el vino en botella de aguardiente?

Las lámparas cubiertas por una gasa, que se ven por los balcones iluminados del verano, dan pobreza al verano y son como una desatención para él. ¡Miserables los que tratan a la vida de modo desigual y cubren sus joyas con gasas soporíferas...!

Le indignaban aquellas lámparas y aquellos espejos cubiertos por las gasas dobles de los viajes polvorosos del verano.

Les parecía dar parte de aquellos amores a la ciudad, paseando en aquel coche con un son mortecino de cascabel y con luces de imagen de hornacina, por enmedio de la ciu-

dad que fisgaba la calle como si pasase una procesión.

A ratos el coche parecía derrengarse, afondarse más en tierra y entonces parecían ir arrastrados por encima de las piedras de la calle, como esos carros o cajones de los chicos que pasan como trineos por encima del abrupto emborrillado.

Era como si el barco subiese a las altas olas y descendiese después de ellas con gran violencia.

Por fin entraron en la verbena que estaba muy animada, llena de cabezas.

Rodrigo sintió cierto reparo al entrar. Era como una provocación al otro que seguramente estaba entre los falsos borrachos de las verbenas, los que gritan y demuestran una alegría que mira a todos lados desojándose. Seguramente era el director de una pandilla de señoritos chulos.

Se les veía demasiado, se les veía por entero, a ella hasta los pies, destacándose su luto como se destaca el de las recortadas muñecas de cartón que mueven los brazos.

Sintió que entraban por enmedio de un carnaval nocturno y que podía surgir la venganza de entre las máscaras del ferial. Tenía miedo de que él se subiese a aquel estribo que iba tan a ras de la acera de la verbena, o que se subiese a la capota como máscara perezosa que la gusta dominar la situación, que espera a que el coche dé la vuelta por la calle oscura para realizar su venganza.

No veía Rodrigo nada sino esa posibilidad, y sobre todo palidecía cuando los focos iluminaban a Cristina, como buscándola, con esa puntería de los focos de teatro.

Le resultaba desagradable la verbena y sólo veía el momento de volver.

—Cochero, vuelva ya—dijo de pronto sin poderse contener, sobreexcitado por todo, con la garganta agarrada con el aceite de los churros, con la imaginación mareada por las vueltas de los columpios y atacado por el olor a rezume de botijo nuevo, como acatarrado por ese olor fuerte del barro húmedo que, sobre todo, salía de los botijos rojos, que producían una irritación, y un nerviosismo parecido al que producen los cuchillos restregados contra los platos.

Atravesaron de nuevo la primera parte de la verbena, temiendo él que el otro subiese al pescante, como ese amigo del cochero que camina a su lado, a su izquierda.

Por fin volvieron a las calles oscuras, ya con otro aspecto; en los balcones las sillas solas, en las camas ya los brazos que asomaban por el balcón como soportes de maceta para apoyar la cabeza melancólica, cansada, color gazpacho.

Los balcones abiertos sorbían el aire y la noche hacia dentro, como si encendiesen un puro.

—¿Y ahora te voy a dejar a ti sola en tu casa y yo me voy a ir a la mía solo y desesperado?—preguntó Rodrigo.

—No hay más remedio... Habrá alguien en los balcones de la casa... No hay más remedio—dijo ella con su impasibilidad de siempre, con el busto erguido.

—Yo volvería después y el sereno me abriría, sin que nadie se enterase—objetó él, con un tono de ruego insinuante.

—No... Por la criada... Por todo—dictaminó ella.

Un silencio de riña en el coche se inició entonces, y los dos, mirando el uno a la derecha y el otro a la izquierda,

llegaron al punto de partida. El sentía una amargura de hombre que acompaña a la estación a su mujer y después ha de volver solo a su casa. Estrechó su mano, llamó al sereno y esperó a que ella entrase.

Ninguna desesperanza como la suya. Pagó el coche y se bajó en la esquina, porque quería volver a ver sus balcones y ese momento de iluminación de sus lámparas, mientras se coge cualquier cosa, mientras se repasa la casa antes de meterse en la alcoba.

Estuvo un largo rato frente a aquella casa, y cuando no sólo vió apagarse la luz de la alcoba, sino que oyó el resorte de la pera, se perdió en una correría lenta por la ciudad.

Cada vez se apagaban más diversiones en la noche y se cruzaba con los que habían sido echados de los últimos bares y recreos.

Los faroles habían perdido luz; tenían la poca luz del que enciende un cigarrillo.

El, por lo menos, era dueño de aquella mujer, aunque tuviese que soportar su ausencia en la noche. Pero, ¿y el otro?

Le veía en el que se acercaba a lo lejos, lento, con pies de plomo, hablando solo. Para el otro no había remedio, y no podría en la noche sino ir entre los gases de las alcantarillas con el monóculo de la soledad incrustado en la órbita del ojo más despierto.

Rodrigo, sin tener en cuenta las horas, deseoso de ducharse en el alba, de acercarse más a las siete de la tarde del otro día—la hora en que la podría abrazar de nuevo—dió muchas vueltas a la ciudad, llena de los ruidos del

agua desangrándose en los derrames de su riego interior, las mangas enchufadas en las alcantarillas, y por fin, cansado sobre todo de encontrarse con la mirada de los otros que más aburridos que él le hacían su compañero, entró en su casa y se durmió sobre la cama, sin poder hacer el resumen de aquella noche.

XVI
EL SEPARADO

Rodrigo se sentaba con algunos amigos en la terraza del café que tenían escogido. Iba allí para aturdir la noche desesperada, pues de nada servía que se pasease por ella con el acopio de caricias que hacía durante la tarde con verdadera avidez, como enfermo que se atraca de quinina para cuando llegue la hora del recargo.

Los seres tránsfugas del verano, todos esos hombres como desvelados e intranquilos que se pasean por sus noches, acudían a aquella tertulia. Bohemios, estudiantes de Madrid, empleados sin vacación, recalaban allí. La importancia que se daban al reunirse y verse les compensaba de no haber salido fuera, en «los coches celulares del veraneo», como llamaba a los ómnibus el atrabiliario y mal hablado agente de policía que se acercaba al grupo con afán de consolarse de su profesión, y que a veces leía a todos los presentes los papeles privados de la policía, la lista de los que estaban en partida o reclamados, la notificación de una denuncia.

En la alta noche deshabitada y dormida del verano, en que si se callejea se ven demasiadas camiserías con el escaparate al descubierto, ofreciendo corbatas, calcetines,

cuellos, ligas y tirantes, con caudaloso ofrecimiento, Rodrigo se amparaba de la terraza asilo de aquel café.

Después de la noche de verbena en que había pasado en coche por las calles con ella, poseyéndola y dominándola del modo que soñaba, Rodrigo no se quería meter en la cama y buscaba, como perro de cabeza baja, la huella de aquel paseo por el mismo camino que siguieron, acabando rendido en el sillón de mimbre de la terraza, que sonaba a roto, a *rompido*, cuando llegaba muy cansado y se dejaba caer desde lo alto.

Rodrigo miraba con más pena y conmiseración a los que no eran novios ni amantes de nada, y tenían, después de haber pasado el calor intenso del día, tipo de recién salidos del purgatorio, pobres anémicos que habían echado grandes palanganas de sangre por las narices y la boca, congestionados por el calor madrileño.

Rodrigo les oía y tenía un gesto más comprensivo que los demás, porque era el que estaba en posesión de una secreta felicidad amostazada por aquel recelo del marido, escondido como un jaguar entre los mimbrales de las terrazas.

Una de aquellas noches le presentaron a un tal Alberto, tipo desquiciado, de ojeras heridas, con un sombrero de paja despuntado como si lo hubieran elegido las urracas que parecen picotear los sombreros de paja.

«Es un pobre desgraciado separado de una mujer muy guapa»—le habían dicho al oído antes de presentárselo.

Rodrigo se interesó por él, le escuchó, puso buen cuidado en replicar a todas sus opiniones, conteste con él, y le miró con piedad.

No podía creer que diese la casualidad de que aquel fuese el marido de Cristina; pero su caso era tan parecido que eso le asemejaba con el otro, y en tertulia con él notaba el contraste de su amistad, el contraste que había en que hablasen un arrojado del paraíso con el que había entrado a ocupar su lugar.

—Yo creo—decía Alberto—que en estas noches que se quedan un poco frescas andamos por las alcantarillas de la vida, por el fondo de las catacumbas.

—Sí—asentía Rodrigo, y poniendo un empeño cortesano en encontrar un matiz que corroborase la opinión del «separado de su mujer», decía por ejemplo: —Es verdad, sí, se va por las alcantarillas y la voz suena como en un fondo de botijo vacío y la humedad es también de sótano... Las ratas de las alcantarillas corren por las calles...

Se fueron muy simpáticos y cuando todos se separaron aquella madrugada, ellos solos se quedaron unidos y comenzaron a seguir un rumbo incongruente, que iba a dar a los desmontes de la incongruencia.

Rodrigo no podía olvidar que aquel hombre era como su víctima y le compadecía y le daba ánimos para que resistiese aquella viudez; tenía la conciencia de que él era el enfermero obligatorio de un caso así.

—Yo soy casado, pero estoy separado de mi mujer—dijo en medio de la indecisa luz provocadora del alba, cuando aún esa luz se agarra a las paredes con dificultad.

Rodrigo guardó un momento silencio, pues si bien recibía la confidencia que estaba seguro de recibir y que había visto a aquel hombre ansioso de comunicarle, no se atrevía a preguntar las cosas que con discreción pensa-

ba preguntar para reconocer bien lo que era el suplicio del que vive en la ciudad, donde su mujer campea suelta, desmelenándose en otros interiores.

—¿Y vive aquí su mujer?—le preguntó Rodrigo, arrepentido de haber hecho aquella pregunta que no era la que quería hacer, pues él hubiera querido preguntar: «¿Y ronda usted su casa?»

Alberto, deseoso de que escarbasen en su herida con las sondas de las preguntas, contestó:

—Sí, vive aquí... y nunca está lejos de mí.

—¿Ha logrado tener indiferencia por ella?

—Sí... He pasado por su lado muchas veces y sólo he necesitado acordarme de su brutalidad para seguir mi camino impasible. Es bella, es decir, más que bella, vistosa: con una vistosidad ordinaria de gran mula enjaezada en el día de San Antón, con la cola muy trenzada y enmoñetada y con la crín peinada como unas grandes patillas...

—¿Le ha estropeado la vida?

—No... Pero me ha dejado un poco inservible... Paseo como un policía que tiene el encargo y el deber de sorprender a esa mujer, pero que no quiere hacerlo y no lo hará... Mi consigna, al salir de casa todos los días, parece ser esa... Pero no daré ese espectáculo por una mujerzuela.

Rodrigo guardó un silencio respetuoso, pues veía toda la angustia de aquel hombre después de asomarse al pozo abierto en su alma, levantada su tapadera como sucede a veces con los pozos de la calle, cuya pesada losa de piedra ha sido removida...

—Le comprendo...—dijo al cabo de un rato con bastante compasión, con un tono de semejanza que parecía sig-

nificar que él estaba en el mismo caso, cuando era el que se aprovechaba de una ausencia, el que entretiene al marido para que no se le ocurra ir a despertar a su esposa.

La madrugada vaciaba más la ciudad y hacía notar con nitidez los grandes vacíos. Rodrigo para hacer entrar en reacción al «separado» le convidó a churros, chocolate y aguardiente en la churrería de la gran farmacia de la madrugada, el sitio donde preparan las caseras cataplasmas para hacer entrar en reacción a los que están yertos enmedio del alba.

«¡Lo que es la vida!—pensaba Rodrigo—¡Se puede ser el amigo fraternal del que traicionamos! ¡Se puede sentir sincera caridad por aquel al que no tenemos más remedio que engañar!»

—¿Y es morena? —preguntó Rodrigo por preguntar algo más y sin saber lo que preguntaba.

—¿Es que cree usted conocerla? —dijo «el separado», dando a su pregunta un fuerte retintín de amargura y de sarcasmo, mezclados en partes iguales. Rodrigo se dió cuenta de su indiscreción y repuso en seguida:

—No... He hecho esa pregunta por preguntarle algo, por imaginarme mejor esa mujer, porque la rubia es más el tipo de la adúltera...

—No lo crea... Ella es morena y posee el mayor turbante de pelo negro que se conoce... Quizás la tontería y la infidelidad estén en relación con la gran masa de su pelo.

—¿Y usted no la echa nada de menos?

—Nada —contestó él, pero se veía en su rostro la expresión del perro triste. Él mismo, para disculpar aquel

gesto en que había un puchero de dolor, interrumpió su silencio y dijo:

—Y si la echo de menos no es porque la ame precisamente. No se puede ufanar de mi melancolía. Yo me siento sin la bestia que era la bestia del sexo contrario... Eso me ha desordenado un poco la vida, porque ella gastó todos mis prestigios para la seducción, para la seducción oficial, que le es fácil ejercer a un hombre soltero que quiere casarse... ¡Ahora yo no puedo divorciarme y por lo tanto no puedo utilizar de nuevo esa seducción que da tan buen resultado!

Cada vez se le enconaba más la herida a aquel hombre.

Siguieron andando en silencio.

Rodrigo dejó que se hiciese más largo aquel silencio para que se repusiese «el separado», aquel joven que no sabía dónde estaba su mujer y que iba a su camaranchón solitario a reclinar la cabeza sobre las almohadas llenas de la nostalgia de ella.

Silenciosos, creyéndose más desencajados que estaban por la larga noche de callejeos, comenzaron a caminar hacia la que él dijo que era su casa. Rodrigo le miraba contemplando de cerca el caso de abandonado que era Alberto. Aquel hombre que podía en cualquier momento buscar otra casa, otro portal y otro piso y llamar a la campanilla de la extremaunción que es la campanilla de la casa a cuyo llamador se cuelga el marido que va a matar, iba a renunciar por hoy a su derecho, aunque mañana podría no renunciar a él.

Estudiaba Rodrigo lo solo que estaba aquel hombre y que nadie llenaría su soledad, pues si bien hay mujeres fá-

ciles, ninguna tan fácil como la propia, ni ninguna tan abyecta como la casada. El secreto de que no le satisfaciesen las mujeres de la noche, es que ninguna se mostraría con él tan baja como su propia esposa.

En la casa de Alberto había un piso deshabitado con papeles en los balcones, que le pareció a Rodrigo que era el que aquel hombre habitaba.

Se despidieron con efusión, unidos por una simpatía que durante muchas noches les haría sentarse al lado en la terraza del café elegido, y Rodrigo se dirigió a su casa cabizbajo, temeroso, desconcertado, como si hubiese dejado en una alcoba de alquiler al amigo borracho de vaciedad, al pobre hombre que se ha puesto malo y al que sólo el sueño calmara. Veía que el marido de Cristina, en las mismas circunstancias, era también acompañado por otros amigos a su casa de huéspedes, y que, como el otro, era un hombre con el dolor de muelas que no se puede aguantar.

XVII

DIAS

A veces se la formaban unas ojeras sucias, desgraciadas, pero de sus piernas opulentas salía la energía y la reposición.

Hasta sus senos tenían a veces ojeras.

No sabía por qué le parecía a Rodrigo que aquellas ojeras procedían del otro.

Los días en que amanecía ojerosa, Rodrigo estaba irritado, más silencioso que de costumbre, sin atreverse a preguntar, pero deseoso de lanzar una pregunta tan sagaz que pudiese probar la coartada.

Perdía toda confianza con ella los días de ojeras inexplicables, como productos de una enfermedad secreta y llena de doblez.

* * *

Siempre le parecía una gran señora que tenía con él la condescendencia de oirle y aceptarle. El decorado de aquellas habitaciones también influía en aquella extrañeza. ¡Si él hubiese podido decorar de nuevo la casa!

—No me llama ya blanca hace días... ¿Es que me he puesto negra de calor?—le dijo ella.

—No... Es que me da miedo llamarte blanca, porque parece que te pones más blanca cuando te lo llamo...

—¿Pero lo sigo siendo?

—Lo eres cada vez más.

Rodrigo se levantó y se acercó a su cuello para besarla en el trecho más blanco de su cuerpo. Ella le retuvo a su lado, acostándole sobre su regazo, ayudándose del diván para sostenerle.

—¿No le mueve a crueldad mi blancura?—le preguntó la viuda.

—No... ¿Por qué voy a sentir crueldad ante una blancura que obliga a ser más delicado que nunca? Muchas veces temo hacerte mal al abrazarte...

—Es usted bueno—dijo ella.

Rodrigo se quedó pensando en aquella idea de la crueldad que ella había suscitado. ¿Tenía miedo de ser tan blanca? ¿Quizás lo que había aflojado sus resistencias el primer día había sido que se había sentido descubierta en su blancura, que se había sentido absorbida por un nuevo borracho de su blancura y había sentido la voluptuosidad de las caricias crueles?

—Tu blancura es irritante, sí—dijo Rodrigo—pero el hombre bien educado y que ama, sabe emborracharse con cortesía.

—¿Y yo qué voy a hacerlo?—dijo ella con suave resignación como si se sintiese perseguida por todos lados, mirada en todos los rincones, picada por todas las moscas.

—¿A que vas a llorar por ser blanca?—la dijo Rodrigo, al ver que en sus ojos se iniciaban dos brillos conmovidos.

—Es que me siento perseguida por las miradas, es que insisten detrás de mí los hombres, y cuando creo que ya me ha olvidado aquél al que despaché con indignación, veo que vuelve porque no me ha podido olvidar... Estoy cansada...

Rodrigo se dió cuenta de aquel peligro verdadero, porque con su traje de viuda anunciaba demasiado su blancura y su belleza, pero pensó que quizás la crisis procedía de que el otro había insistido demasiado como un asqueroso pedigüeño, y eso había dolorido sus nervios...

—¿Es que quizás alguien te ha faltado?...—dijo él mirándola fijamente.

La viuda bajó los ojos y contestó que no, tragándose la confidencia. Porque, ¿cómo iba a pedir protección al amante contra el marido...?

Estaba pálida de miedo la blancura de la viuda. Rodrigo perdía la cabeza sobre aquella almohada, de una albura sin parecido y con sus cuidados quitaba miedo, daba ánimos, desatemorizaba a los senos ebúrneos.

* * *

Con su formalidad parecía representar al gran trapisondismo del mundo. Era Cristina en nuevo, en terso, el caso de todas esas mujeres que esperan con disimulo a un cualquiera, con el que se han puesto en comunicación por un anuncio o por la lista de Correos.

Sentía Rodrigo al acercarse a ella la frialdad que sospechaba que debía provenir de esas aventuras, cuya cita es en los portales hondos de los bazares o en los cafés solitarios de mármoles fríos.

Iban detrás de ella hombres avaros de la viuda, los que hacían en ellas la experiencia de lo que serían cuando enviudasen, y querían ensayar el caso de aparecerse a su mujer, pues esposos de mujeres hermosas no cometían la infidelidad más que por eso, porque sentían en la viuda a las viudas de sí mismos.

Cuando Rodrigo llegaba a raíz de que ella hubiese vuelto de la calle, veía por el balcón la silueta del que sabe qué piso es, aunque no se haya asomado la que vino siguiendo.

Sentía miedo de esa fatalidad de seguir a las viudas y de la horfandad de los otros, y alguna vez vió un capitán de la Guardia civil escondiendo la mirada bajo su tricornio o al cura que pasa de largo y que siente la afinidad con las viudas, y vió detrás de ella a algún amigo suyo, engañado, cogido, sin poderlo evitar, creyendo que la viuda joven está al alcance de todos, desconsolada, necesitando perentoriamente la visita del hombre nuevo en la casa de portal con media puerta cerrada.

Ni siquiera se atrevía a acercarse a ellos y disuadirles. Porque, ¿cómo decirles que aquella viuda era su novia, cuando lucía con tan gran descaro el desalquilamiento de la viudez...?

Sentía Rodrigo que toda la ciudad perseguía a la viuda blanca y negra.

Se iba detrás de ella, volvía las esquinas al rape de su gran pena, que al dar la vuelta es como una señal que las sigue y señala como una flecha por donde acaban de torcer.

¿Es que ella les guiaba a todos al cinematógrafo oscuro y vacío de la casa misteriosa?

Rodrigo sentía celos y temía su doblez como la doblez de una máscara.

—Con tu velo, con tu luto, sin quererte acompañar de mí—la dijo Rodrigo un día sin poder más—parece que sales a cazar aprovechando tu viudez.

—¿Cómo a cazar? ¿A cazar qué...?

—A cazar miradas y vueltas de la cabeza de todos, a lograr que ellos sientan la indecisión, porque no saben si deben torcer su camino o no, comenzando tu persecución...

– Bueno, ¡y qué...! Ya sabe usted cómo soy...

—Sí, es verdad... Pero me siento con malestar sólo con imaginarme que toda la ciudad de los hombres barateros, jacarandosos, abominables, te sigue en avalancha, a la vista de todos, a mi vista si te encontrase en esos paseos de viuda que te das a media tarde...

—Supongo que no pensará que no salga, que se me pasen las semanas y los meses metida en casa imposibilitándome, baldándome, haciendo oposiciones a la hinchazón mortal...

—No, no es eso... y si es eso... Yo no dejaría que la mujer saliese por la calle abyecta de todos, y sin embargo, comprendo que no tiene más remedio que salir...

A veces se agriaba la discusión y Rodrigo la reprochaba el traje de «dominó», el «capuchón» de su luto. Era la máscara sin antifaz, y que sin embargo, lleva el disfraz que mejor la sienta, la máscara irresistible, la máscara con una blancura cínica y sin el antifaz de todos los días al estar disfrazada y con la cara desnuda al mismo tiempo. Resultaba cruda y lechosa su cara.

***

—Con ese luto me siento muy solo—la volvió a repetir Rodrigo aquella tarde bochornosa y exigente.

—No es justo que me diga eso cuando me lo quito siempre que quiere—respondió ella.

—Pero no en la calle, a todas horas, como debía ser—repuso él.

—No, no es posible—contestó ella.

Y seguía el diálogo inacabable:

—Pero no comprendes que me siento huérfano de ti al verte de luto...

—Conservaré siempre mi dignidad con mi luto... Levanto mi cabeza y me siento independiente entre los hombres que me dicen algo, gracias a mi luto... No saldría a la calle, me moriría en un rincón si no fuera por mi luto... Y no se queje... No quería hacer ninguna excepción y he hecho una.

—Ponte trajes azul marino, trajes oscuros... Pero quítate el negro y la pena de tu sombrero... Esa pena por otro es lo que más me encocora y me humilla.

—Esa pena no es por nadie... Es que quiero ser dueña yo de mí... Tengo más derecho a mí misma, envuelta en mi luto... Me moriría de desconsuelo si me faltase mi traje negro... Soy fuerte contra todos, gracias a mi luto... Me parece que podría ser más atropellada por los demás, si me faltase mi luto... Todos los hombres quieren avasallarnos...

Rodrigo se callaba, pero le apretaba cada vez más la congoja de aquel luto y cuando la veía llegar de la calle, la ayudaba a quitarse el sombrero, quedándose con él en la mano, como quien ha quitado una peluca más que un

sombrero o como el que ha desprendido de una cabeza real la corona y la gasa que solía estar prendida a las antiguas coronas...

A Rodrigo le parecía que había quitado a aquella especie de Palas de la viudez, el casco crinado que la hacía guerrera y altiva. Mas emprosada esa emoción, se podría decir que era el acto de Rodrigo como el de quitar su casco con melena al coracero que así quedaba como desarmado.

Rodrigo se alegraba de haberla vuelto a ver después de la incertidumbre de la espera y arreglaba sobre su frente los cabellos y borraba las moradas huellas del casquete apretado de la viudez.

La dulzura de la voz de la viuda, la humanidad que temblaba en su voz, aquel kaleidoscopo de sonidos de distinto color que se rompía en cada palabra que pronunciaba, le reanimaban y le daban confianza.

Parecía haber llegado la viuda blanca y negra de sitios crueles, de casa de los dentistas sanguinarios. Día tras día, insistía Rodrigo en aquella idea inexplicable de que la viuda hacía antesala en casa de un dentista. ¿Pero por qué de un dentista y no de un médico? No sabía por qué pero la veía venir alegre, osada, de una atmósfera cargada de cloroformo y donde había saciado aquella insaciabilidad de viuda que la daba su disfraz, aquella crueldad que respiraba.

* * *

En medio de la gran placidez, de encontrala dispuesta y lista, Rodrigo sentía el encono de aquella mujer enmascarada para poderse perder por todos los pasajes de la vida.

De ahí que le irritasen los pequeños rasgos de coquetería que la mostraban pueril y coloreada.

Así, al verla darse con la barra del rojo en los labios como restregando una condensación de besos contra ellos, Rodrigo dijo:

—No comprendo cómo con tu viudez te das tanto rojo a los labios... Ese gesto que me parece indecente en las mujeres sin luto, en las enlutadas, me parece más contradictorio...

—Mi luto no me prohibe tener los labios rojos ni el corazón del mismo color...

—No es que te prohiba lo que no puedo prohibirte, pero sí que acentúes lo rojos que son... Ya que te los pintas, te los podías pintar de negro...

—Eso para los ojos.

—Dentro de tu viudez eres un poco cínica...

—Puedo serlo cuanto quiera, no lo olvide...

Rodrigo, como siempre, después de esa réplica sobria y terminante que ella tenía en las ocasiones que lo requerían, guardó silencio y al poco rato repuso:

—Es que te comes la barra, que la aprietas contra tus labios con un arrechucho apasionado que sólo debían merecer mis besos.

—¡Ah, es eso! pues...

Y, levantándose Cristina, se arrojó sobre él y le besó, pues así borraba ella el rigor de su propia autoridad. El había aprendido, y sin embargo, ella no había dejado de ser la señora de su casa, la que no tiene por qué aguantar afeamientos de su conducta.

* * *

—Hay poco diálogo en nuestra vida...—dijo un día en son de queja Rodrigo.

—Sí... ¡Es que me fatigo tanto hablando!...—contestó ella.

—¿No será que te impone ese silencio tu traje de viuda?...

—De todo cree usted que tiene la culpa el traje... No; es que yo soy así...

—Vamos, como si se nos hubiese muerto alguien muy querido... Tú comprenderás que esto es irritante...

—Sí; quizás no le hago feliz... Abandóneme... Pero yo no puedo hablar mucho. Me fatigo en seguida...

—No, si no es que te tenga que abandonar porque no me hables, pero es que es triste...

—Perdóneme... Pero es que por dentro soy tan blanca como por fuera...

—Bueno, déjalo; ese será mi encanto también—decía Rodrigo y buscaba en su belleza la resignación que necesitaba.

* * *

—Hueles como un abanico de sándalo, con olor propio, olor que sale de ti—la dijo Rodrigo aquella tarde, en que se sintió más plácido que nunca.

—¿Y qué paisaje tiene el abanico?—dijo ella queriendo tentar su imaginación.

—No lo sé... Sólo sé que hueles como un abanico de sándalo, que le sale el olor de la madera—y dicho eso, Rodrigo se quedó recostado sobre ella, percibiendo el olor que brotaba del pozal de sus senos.

Ella ya estaba picada con la frase y celebró una de

aquellas silenciosas y largas escaramuzas que llenaban las dos horas y ahorraban palabras y le evitaban a Rodrigo el oír los usted fríos de ella.

Aquella lucha como un hervor de la tarde parecía que no iba a continuar, que iba a ser monótona al día siguiente; pero Rodrigo veía con gusto que cada tarde se encendía de un nuevo deseo, y le sorprendía todo como a un idiota que hubiese perdido la memoria, que no se acordase de nada, que comenzase de nuevo la vida cada nuevo día.

Era como un nadador que nadase con ella cada tarde, con los afanes silenciosos del que se afana en la grata piscina.

* * *

Había tardes en que estaba muy preocupado. Ella le preguntaba entonces con cariño qué le pasaba. Una tarde en que el ceño era mayor, ella le preguntó:

—¿Por qué está así?

—Siento la amenaza.

—¿Qué amenaza?

El la miró para ver si había supuesto que temía al otro.

—No es ninguna amenaza de un hombre... Pero hay tardes que vive con más fuerza la amenaza... Por lo menos estamos amenazados... Algo nos amenaza...

—Hombre, sí, pero para larga fecha.

—No se sabe... La fecha es lo único que no se sabe precisamente.

Se hizo un silencio premioso, que se enredaba ruinmente a sus pies como si los pulpos del silencio le enreda-

sen la palabra y no le dejasen reanudar su curso. Se veía que querían hablar y no podían; los dos leyeron en su rostro la angustia de aquel impedimento que les prohibía seguir la conversación.

—Tú...—rompió él por fin.

—¿Qué...?—contestó ella con sobresalto rompiendo también a hablar.

—Nada... Que temo que no pueda durar mucho esa felicidad tan grande que es venir todas las tardes a encontrarte en este nido tan oscuro, pero donde hay tanta placidez.

—¿Y por qué?

—No sé... Me parece que va a llegar alguien de la estación en un ómnibus cargado de baules y que se va a oponer a nuestra dicha...

—¿Y quién puede llegar así?—preguntó ella desafiando sus aprensiones.

Se corrieron otra vez todas las cortinas del silencio. El, sobre todo, se sumía y se ahogaba en el silencio, porque ella no le abrazaba para quitarle todo resquemor. Ella le alargaba sus brazos desnudos de lavandera del amor, de fría manipuladora, de sometida al deber de las caricias...

XVIII

EL PRIMER INDICIO

Un día, un antiguo amigo suyo, un amigo serio que le llevaba algunos años, le dijo a Rodrigo:

—¿De qué conoce usted a esa mujer, con la que le ví en la verbena?

Rodrigo tuvo el gesto hipócrita del que hace que piensa y recuerda, porque ya hacía muchos días de lo de la verbena:

—¡Ah, sí, una amiga mía... ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque yo fuí vecino suyo hace años, cuando yo era delegado en Granada.

Rodrigo, que no hacía más que buscar un indicio seguro, al encontrarse con aquel se sintió intimidado. Hubiera exigido silencio a su viejo amigo, pero le dejó seguir hablando.

—Era más guapa que ahora si cabe, y me acuerdo que siempre había cabezas asomadas al patio para verla mecerse en su mecedora...

—¿Y su marido murió?

—No lo se... Pero cuando ella va de luto, es que murió...

—¿Usted conoció al marido...?

—Sí... Era un andaluz, un señorito andaluz, que la pe-

gaba... Se oían las grandes disputas con gritos, insultos y demandas de auxilio que amenazaban con romper los cristales de la vecindad... Muchas veces estuvimos a punto de intervenir los vecinos.. La pegaba como para despojarla de todos los mimos que la prodigaban las miradas de todos, como para devolvernos tronchadas nuestras miradas de adoración...

—¿Pero tan animal era?

—Debía serlo... Eso sucedía cada lunes y cada martes, y siempre gritaba ella: «¡Que me mata! ¡Que me mata...!» La vecindad ya la llamaba a ella «A la que matan», y a él «El matador».

—Así es que de Granada...—dijo en voz alta Rodrigo como reflexionando.

—No... Precisamente de Granada, no... Ellos estaban allí de paso... Ellos eran de un pueblo de la provincia, no me acuerdo de cuál.

—¿Pero usted no supo después nada de ellos, ni si el marido se murió?

—No, yo nada... Yo sólo me acuerdo de los gritos de aquella mujer, a la que debía poner la mano en la boca como una mordaza apretada, porque era como si se presenciase la faena de taparla la boca, por como se quedaba sin habla de pronto en medio de la refriega y después su voz salía a borbotones, como una fuente a la que se abre el grifo... Muchas veces, durante uno de esos silencios súbitos, creímos que la había asesinado... Lo menos estuvo aquella mujer sin respiración cinco minutos...

Rodrigo estaba acongojado, pálido, como dispuesto a intervenir en aquella disputa antigua, como si le ataca-

se el frenesí de antes de lanzarse sobre aquel hombre...

El indicador insinuó:

—Pero, bueno... ¿usted qué tiene que ver con esa viuda de belleza dulcificada por las palizas y por las lágrimas?

Rodrigo no supo qué contestar de pronto, pero después dijo:

– Es muy amiga mía... Pero nada más...

—Ellos se fueron a Jaen y yo les perdí de vista entonces. La casa se quedó triste y se echaban de menos los insultos y aquellos llantos tan desesperados que parecía que se trataba del castigo de una hija del Cid...

—¿No se acuerda usted de cómo se llamaba aquel animal de hombre...?

—No lo recuerdo... ¡Pero qué grandes escándalos armaba! Unas veces era por la mañana y otras por la noche, esperando la hora en que toda la vecindad estaba dormida, yo entendía siempre que gritaban ¡fuego! en vez de ¡socorro!

Rodrigo había encontrado por fin un indicio, aunque no muy amplio.

Siguió charlando con su amigo, quiso sacarle más cosas que borrasen aquel tiempo, pero el amigo no sabía más que hablar de aquellos escándalos que hacían castañetear los cristales de la vecindad y que a todos les impresionaban, porque la que gritaba era una mujer de voz dulce que se vestía todos los días como para ir a los toros.

—¿Y no vestía con su luto de viuda ya? —preguntó Rodrigo, usando una de esas preguntas tontas e incongruentes que no se sabe por qué se escapan.

—¡Hombre, cómo iba a vestir de viuda si aún vivía su

marido! —gritó escandalizado el indicador—. Vestía de rojo y tenía unas grandes patillas...

Cuando Rodrigo se quedó solo comenzaron a hacer efecto aquellas confidencias y oía a Cristina pedir auxilio, y la veía desgreñada y sudando la sangre de los malos tratos.

Estuvo parado hasta la hora de verla de verdad, contemplando aquella cabeza de Cristina, pintada por un primitivo, cabeza de tonos marfileños, pulidos, y con ese arrebol del tiempo que hasta cura la banalidad del marfil, esa pintura muy pulida, muy bruñida y que reproduce ese tono que se podía llamar tono de desengaño, siendo la nota genial del cuadro la asombrosa imitación de una lágrima, una de esas lágrimas que son como un pendiente de cristal de la mejilla...

Deseaba ir a abrazarla, a curarla de las palizas que la propinaron en aquella época en que la hicieron llorar y gritar como a una niña a la que la tiran del pelo y hasta la arrastran a veces por la brida de los cabellos.

¿Cómo insinuarla a ella que él ya sabía aquellos pormenores de su pasado? ¿No le tomaría odio al saber que estaba enterado de tales intimidades y humillaciones? ¿No buscaba quizás en él al hombre extraño y desconocido que tiene que ser cortés y algo así como el administrador respetuoso de la belleza?

Veía Rodrigo aquella casa de los escándalos en Granada, como una alta casa, por todos cuyos balcones salían los gritos de escándalo rebasando de las terrazas.

¿Y cómo ahora tenía aquella actitud sigilosa y parecía que su boca no podía distender el pliegue de su frunce para poder dar aquellos gritos desgarradores?

Hipócrita al mismo tiempo que desdichada le parecía a Rodrigo, y la veía en aquella gran casa blanca en la que vivió, gritando desde todos los balcones las palabras del miedo.

Rodrigo cuando se vió delante de ella con aquella confidencia en el alma, comprendió cómo podía ser verdad todo, y se imaginó la naturalidad cerril y avezada de la vida en aquella casona de provincias.

—Hoy he encontrado un amigo que fué tu vecino en la casa de Granada.

—No me la recuerdes... Allí fuí muy desgraciada...

—Ya lo sabía—estuvo por contestar Rodrigo; pero al verla tan confesada se guardó las vergüenzas de sus pesquisas.

Ella parecía decir:

—¡Es de tantas aflicciones de las que me tiene usted que consolar!

El, en cada cariño, ponía afecto, dulzura espontánea, dulzura de muchacho y al mismo tiempo un poco de consuelo para dulcificar los implacables recuerdos del otro.

«Esto», se decía, «por ella como si fuese limpia de pasado», y «esto», continuaba diciéndose al estrecharla una vez más cuando ya estaba cansado de hacerlo, «por curarla de lo otro.»

—No vayas a creer que yo soy como el otro—decía él muchas veces.

Ella entonces se rebelaba contra esa alusión y no quería seguir hablando.



XIX

SOMBRA DE HARÉN

Rodrigo se sentía cada vez más apasionado por ella, porque ella era como su jardín y un cenador en el jardín, en medio de las tardes calurosas del verano.

—¿Qué clase de refresco eres?—la preguntaba él, y siempre se contestaba con insistencia ante el mutismo de ella: —Una copa de champagne llena de frutas heladas y ahogadas en champagne sobre un fondo de mantecado... He tomado muchas veces por ahí esas copas deliciosas, pero ninguna como la que tú me ofreces.

Ella se adornaba con su silencio y se entregaba como un ramo de flores, como una gran brazada de flores a la que se le hubiese roto el lazo que las unía y se hubiesen esponjado y esparcido.

Cuando alguna tarde encontraba Rodrigo la rudeza del corsé al abrazarla, se lo quitaba como el que quita a la bombilla la cubierta de cartón rizado que la envuelve.

Por entre las rendijas del balcón veía la calle y las gentes escasas del verano. Sentían el encanto del nido bajo la enramada y en medio del bochorno de la calle de fuera por la que sólo andaban los coches con sus cocheros con los chalecos entreabiertos, y sólo muy de vez en vez algún raudo automóvil con su chauffeur de levita entreabierta.

Rodrigo iba cada vez más temprano, aprovechando que ella le había hablado de la ausencia de las principales personas de su familia.

Le encantaban las horas tórridas, porque durante ellas tenía la casa trazas de harén, sombra de harén.

«Por muchos años que viva —se decía Rodrigo— no olvidaré estas tardes de Agosto... Fuí el sultán de una sola mujer que llenaba de mujeres toda la alhambra, de sombras femeninas, de vientres distintos».

La sombra de harén se acentuaba en la tarde con azules cortinas.

Cada vez estrechaba Rodrigo más el círculo de su vida, y entraba más en su intimidad. Veía que se iba a quedar allí para siempre y, sin embargo, es cuando más temía no poderse asomar siquiera y tener que guardar solo aquel recuerdo candente y vivo, como el del día más caluroso del año.

Las maderas entornadas tenían aire de celosía, y daban cernido por entre sus rendijas el calor sofocante y estimulante del día.

No se cansaban de fisgar la calle, y veían pasar esas blusas sueltas y esas medias blancas sobre zapatos negros que dan grima a la tarde de verano. ¡Pobres mujeres cloróticas que toman color de horchata, ese blanco sucio y crudo de la horchata! Alguna conservaba en la boca, como mayor y más insoportable ostentación que la del palillo, la larga paja con que sorbieron en cualquier esquina el vasito de horchata como fabricada con el agua de las frescas alcantarillas de la ciudad, como si el horchatero tuviese el grifo en comunicación con los reservorios

de horchata dispuestos contra el incendio de los seres que parecían ir a arder por los cabellos.

Pasaban los carros de mulas que atosigan más el verano con sus mulas que parecen hinchadas de calor y a las que hace más monstruosas la cabezada cargada de campanillas, como si estuviese adornada con ristras de ajos de cobre, ristras de campanillas que suenan con lenta y amodorrada pachorra. Hasta hinchaba la cabeza de los que las veían pasar aquella recargada hinchazón.

¡Ah! ¡Pero todos los que vivían podían decir que habían vivido, gracias a ese espectáculo tan acusado y tan rememorable del verano!

Rodrigo cerca de Cristina, apasionado como un sultán, se sentía un sultán más refinado que un sultán, porque nunca las favoritas de los sultanes adoptan el negro que hace pavorosa la blancura, el negro que era lo que daba a la viuda aquella risa frenética de su carne.

XX

EL FALSO VIAJE

La viuda se quedó de nuevo sin criada y en aquella soledad del veraneo en que los que se quedan parecen solos y en vacaciones. Toda la familia de Cristina fuera, toda la vecindad de la casa también fuera, tramaron los dos amantes un falso viaje que pretextaría Rodrigo en su casa para meterse en casa de la viuda unos días. Rodrigo, que tan apasionadamente quería esa luna de miel que le permitiría no acabar sus visitas con la ida a su casa y que tanto había rogado para conseguirla, se quedaría perdido en el fondo de la casa de Cristina, como un ser que no existe oficialmente para nadie durante unos días.

La primera noche de escondite fué algo extraordinario, verdadera noche de bodas. Se despertaron al día siguiente a las cuatro de la tarde y se quedaron como relojes descompuestos, sin saber si comer ya o si no comer hasta la noche.

Ella llamó a la portera y encargaron que les trajera por la mañana y por la noche la comida del café. Para desayunar le preparaba ella leche condensada como a un niño .

Probó en la casa de la mujer que resumía su presente, toda la vida del día y escuchó los ruidos de la oscuridad

del verano cuando las maderas se desperezan, los cristales parece que se rajan y las mesillas de noche se desguazan.

El problema del marido vivo o muerto se agravó en aquellos días. Las llamadas del timbre parecían representar al vivo y en el pedestal de madera de un Dante entenebrecedor que había en el pasillo, parecía residir la probabilidad del muerto, pues el tal pedestal rechinaba a cada momento con crujidos articulados, en vez de esos crujidos sueltos que puede tener cualquier mueble.

—Ahora sí que si entrase él, encontraría inexplicable esa maleta con ropas que he necesitado sacar de mi casa para hacer creer en lo del viaje—pensaba Rodrigo.

Las mañanas, que era lo que no había visto nunca en aquella casa, le tenían despierto y sorprendido, observando la alegría de aquella fonda inesperada.

La luz entraba por las rendijas de los balcones con discreción de luz que entra en la casa burguesa, en la seriesísima casa de la viuda, porque la luz estaba aún en la higuera de lo que allí sucedía.

El se sonreía del contraste que resultaba de que todo el paisaje que se disfrutaba desde la cama fuese el de una casa provinciana y matrimonial, de la que recordaba haber sido huésped en un viaje.

El se levantaba antes y la miraba caída en el amplio lecho como una opulenta estatua de mármol.

La mañana se enrollaba a su alrededor como un montón de ropas como una sábana. Allí quedaba envuelto en ella todo el sentido del día.

Tenía el gesto encogido, en flexión de mimo, en graciosa postura de niña.

Enseñaba una pierna que en la mañana resultaba de un tono más acre, más carnoso, menos cereo que de noche. Estaba hundida en su sueño y de coqueta que parecía hubiera podido creerse que se hacía sólo la dormida y sabía que la miraban.

Cada día se iba cuajando más la dominación de Rodrigo en aquella casa. El verano estaba lleno de tal confianza, que ya toda la casa le llamaba «Papá.»

Agosto preparaba en la ciudad ese gran puchero, esas sopas de ajo en que toma parte toda la población, en que unos a otros se disfrutan en la misma sopada caliente, en la magnífica sopa de ajo.

Aquellos días sin criada le dieron más intimidad con ella.

La portera subía a veces con sigilo y dejaba las cosas en sus manos, sin pasar del dintel de la puerta, devolviendo solo unos céntimos de los duros que ella la daba para la compra.

«¿Cómo ofrecerla dinero en su propia casa?», pensaba él.

Aquel silencio, aquel sumurmujo para que no se enterase el señorito, le agradaban a Rodrigo. El celestinismo de la vida pone pimienta en ella cuando el celestinismo es el discreto y no el otro, el de al por mayor y sin ninguna pasión por medio.

¡Qué pena dan esos matrimonios que sin ningún celestinismo se encuentran con varios chicos!

Rodrigo estaba como encerrado muy misteriosamente en el fondo de la casa, muy guardado, pasando la semana de su pasión.

Era como un veraneo, el veraneo ideal, en la casa de la mujer hermosa que le lactaba como a un niño.

Iban a ser aquellos días como una cosa inolvidable. ¡Cuántos tienen mucho menos que recordar! Ya le bastaría derretir el caramelo del recuerdo día tras día si aquello se esfumaba.

Ya se iba acabando la mucha ropa blanca que había echado en la maleta.

—¿No tengo el aspecto del marido que llega después de un largo viaje? - pensó diferentes veces.

En aquellos días definitivos iba a saber si era o no verdad que el marido existía ¿o estaría también veraneando?

Desechaba esa idea porque pensaba que con aquella mujer en Madrid no podría veranear tranquilo. El comprendía que a Cristina no se la podía abandonar. Aunque fuese un borracho, aunque fuese un crapuloso dedicado a otras mujeres, a la viuda blanca y negra no se la podía abandonar de ningún modo.

Aquel hombre pasaría probablemente en la noche desesperada de Agosto por delante de aquellos balcones, y sin poder dormir volvería los ojos desde la esquina a la casa en que le correspondía un puesto.

En la alta noche, en aquellas horas que no conocía, desde aquel balcón, los dos agachapandados en dos butacas próximas al balaustre, recibían todos los descaros de la calle.

Oían esas músicas que vienen de los cafés y que no se sabe cuándo acaban, cuándo se extinguen. Siempre hay un eco de ellas en la noche.

Sonaban las gaitas conmovedoras que van de taberna

en taberna, y cuyo tañedor va con los ojos entornados, como si soñase con las lejanas praderas encerradas en las grandes coronas de espinas y flores de los espinos. Echando los pulmones y seguido por sus secuaces, todos del mismo pueblo, se perdían como unos peregrinos que iban a acabar en su aldea al llegar el Alba.

Rodrigo sentía los escalofríos de perro que produce la felicidad y siempre se sentía cohibido en su apasionamiento, aunque en la oscuridad se sentía la visita que se atreve a palpar a la visitada. Aquella mujer conservaba una etiqueta extraña: la de llamarle de usted enmedio de todo, en las mayores confianzas.

—¡Oh! ¡Que me mata usted!...

Le enardecía aquel usted del que no había manera de apearla, porque ella sostenía que había hecho una promesa de no llamar de tú a nadie más.

Los senos, aquella fruta de verano, eran acariciados como se acaricia al gato blanco y adormilado.

Hasta a las estrellas las ponían el gorro y todas jugagaban con ellos en sus juegos solitarios. Eran la música de sus accesos.

—Este es tiempo de conocer las estrellas—le dijo ella mirando hacia el cielo una noche, y desde entonces se habían dedicado a estudiar las estrellas con un librito del maestro de escuela del cielo, de Flammarión.

La noche iba deprisa hacia las dos y media de la mañana, cuando los tranvías descansan.

Ya los tranvías que pasaban por último se alejaban como una tormenta que corre. Iban solos y el cobrador ponía en su libro de notas los ceros seguidos del tranvía vacío.

Sólo, muy tarde, se retiraban y el arreglo del balcón, era como el arreglo del escenario en el teatro en que ya no hay nada que ver.

Después se iban a la cama, a la cama que parecían haber calentado los calentadores que se quisieran para el invierno y Rodrigo se quedaba extasiado cuando veía el gesto mayor de su intimidad, cuando ella se quitaba las medias de seda, que eran como las camisas brillantes y orgánicas de las serpientes y que ella se arrancaba como quien se despelleja.

XXI
EL DIA MAS INTENSO

Acabado el falso viaje, y ya con criada nueva la casa, Rodrigo volvió a sus tardes apasionadas. Ella era más nueva cada día que pasaba, después de aquellas noches de acercamiento.

Agosto estaba en sus días más lucidos, los días en que los magníficos arroces del optimismo madrileño se cuajaban solos en las grandes cazuelas de barro. La gran paella de Agosto, estaba a punto en la ciudad, y todos metían su cuchara en el gran cazolón. Los pimientos rojos acuchillaban los arroces de la insolación.

Rodrigo esperaba aún el día más intenso de su aventura, pues aunque todos los días habían sido férvidos, el principal, el del Santo, no había surgido aún.

Ese día, que no es el del Santo de ninguno de los dos, pero que es en el que más se unen en el verano las parejas como si celebrasen en ese solo día dos fiestas de elección, esperaba él que surgiese a final de Agosto. Se había retrasado demasiado, pero esa marea alta del verano, esa tarde de delirio de la realidad que se producía hasta en los sitios más lejanos al mar, tenía que llegar.

Una tarde de aquellas vió Rodrigo el fenómeno de esa hiperestesia del mundo. Nunca más vivos que esa tarde

de calor todos los materiales de la ciudad. La cal de las casas, volvía a ser cal viva.

Por los canalillos de los tejados corría el fuego de la estación, que caía como las aguas de la tormenta por las conducciones de zinc.

Saltaban chispitas de fuego de todo, chispas que no eran chispas que quemasen, sino chiribitas que alegraban la vida.

Era el gran día eufórico del año. Rodrigo desde por la mañana estuvo alegre, preparándose para la tarde.

A la tarde, muy temprano, se fué a casa de Cristina. Ella le dijo al abrazarle:

«Hoy es el día más caluroso de mi vida» y aquello le supo a un: «Hoy es el día más feliz de mi vida».

Su bata abierta mostraba la herida, el hachazo, el desgarrón que dividía sus senos.

Se hubieran echado en los ladrillos como los niños que suelen echarse en el suelo para refrescar la dentición de todo su ser, que se agrava en verano, o como el que escucha el lejano paso del enemigo.

Sentían el consuelo de los ladrillos en la obscuridad pero al mismo tiempo los ladrillos tenían una soledad de casa deshabitada. Los ladrillos ponían un fondo de tinaja veraniega en la casa. Los ladrillos que sonaban desprendidos con una nota de xilofón, eran los que ponían más alegre y fresca la casa, aunque también eran los que la hacía más destartalada y más en mudanza, o la sumían en una especie de inhabitable e inconquistable vacío.

Los dos en el sofá se curaban del calor, dándoselo mutuamente y miraban desde el fondo apagado de la habita-

ción, el aspecto de ciudad incendiada, crepitante, dorada de rescoldos que tenía Madrid. El anhelo de la tierra incendiada, el pecho de España superpuesto a su pecho como dándole la sensación de todo el ardor de la península, llegaba hasta más allá de Burgos. Se sentían crecidos, opulentados por esta creciente avalancha, por estos senos fervientes del día formidable de estío, que unían a todas las criaturas en un mismo haz.

Un ambar cernido, las últimas chispas del incendio vencido del día—a las nueve de la noche se fueron los bomberos—daban a la calle una inquietud de espectáculo muy vivo, de cinematógrafo nocturno, en el que lo que se proyecta es un resumen del día, la auténtica película de la vida del barrio, arrojada a la calle, amasada en las plazas públicas, todo: bellezas, fealdades, dolores, alegrías, vejeces, juventudes, infancias mezcladas como nunca, disfrutadas en conjunto.

Ella le tenía abandonado un brazo como una barra de hielo con qué calmarle, y él buscaba el relieve del brazo como un consuelo de su desesperación. Le consolaba del verano aquel brazo que resplandecía en la sombra y en cuyas junturas sobre el codo sentía la más fina piel y la más sensible.

El tocaba sin descanso su brazo y se asombraba de aquella fortaleza de relieves y músculos que tenía la mujer ligera y quebradiza.

La tarde les convidaba a la vida y abría, bajo su mirada para obsequiarles, algo así como la más grande de las sandías del universo, una sandía como un mundo.

—Si hay un muerto en medio de los dos—pensaba Rodrigo—esta tarde lo suprimiría, lo borraría.

Vivían las maderas, se destacaban los muebles, todo se hacía inolvidable.

Los cuartos pisos, bajo los aleros, eran los vigías del verano, tenían exclamaciones de casa que se incendia y, sin embargo, tenían resignación.

Constantemente miraba Rodrigo a aquellos balcones altos para ver la erguida exaltación de las casas en la tarde de verano, su audacia ideal.

Era la fuerza del sol como una galvanoplastia que daba fuerza a la vida humana de cada uno. No habrá días que se recuerden más, ni los de más frío.

La viuda blanca y negra tenía la blancura que dan los cánceres, pero estaba bella como nunca y le ahogaba con sus senos. Aquella blancura que parecía la de las muertas le hizo pensar a él si su luto, después de todo, ni sería más que por el otro, ni por nada, por ella misma, sólo por ella.

Fué atardeciendo. Parecía un día de santo que atardeciese sobre los montones de dulces, destacándose las yemas en el ocaso.

En la oscuridad espesa del anochecer—que sólo entristecían los murciélagos—había como una *kermesse* oscura, apagada, pero en la que se celebraba una fiesta continua, una fiesta sofocante, con fuegos artificiales que no se encendían ni estallaban, pero que giraban y hacían lo suyo en la oscura *kermesse* del anochecido del Madrid veraniego.

Estaban estrechados todos los idilios, y por eso era la hora en que los maridos engañados que volvían a sentir

el idilio apretado, mataban a la que les quería dejar solos y burlados en la noche del verano.

Por eso Rodrigo sentía más la acechanza del *vivo* y le sentía como poseido por todo lo contrario a lo que él sentía. Si él se sentía aproximado a ella en cualquier calle por la que pasase, como si desde su piso entresuelo le buscase el anhelo de unos brazos a través de toda la ciudad, sentía que el otro era rechazado por esos mismos brazos.

El tufo de la vida exaltaba toda la ciudad: algo así como el olor de unas alegres patatas guisadas, se esparcía por todo el anochecer.

«Para mí ya será ella la vida—pensaba él—. Ninguna mujer ha llenado tan opulentamente el verano de Madrid como ella... Todo el jugo que se amontona en los jardines, todo ese anhelo de vivir en parejas que domina la calle, esa fatalidad de amontonarse que rige los barrios bajos, todo eso lo ha satisfecho ella en mí como ninguna mujer... Por eso, en vez de alejarme hacia las fiestas, vuelvo a ella, a la capilla oscura de su viudez».

Sentía como un alarido sordo que daba el marido en el sitio lejano en que estaba, y en que sentía como un vacío intenso aquella intensa plenitud de ellos. «¡Ah! Pero hoy no le tengo miedo—se decía—. Esta tarde sería yo el que lo matase».

De todas las sombras de los balcones se sentía que salían lanzados a la calle gorros para los transeuntes, pues en cada oscuro interior se producía el mismo abrazo exultante.



XXII

«¡VÁMONOS!»

—¡Esto no puede resistirse!—dijo ella uno de aquellos anochecidos.

—¿Quiéres que salgamos después de cenar?—preguntó él, temiendo aquella resistencia de ella a toda otra consignación que no fuera la de la segunda mitad de la tarde, muy avara de su soledad.

—Saldremos, sí... Ya estoy cansada de ocultarme—dijo ella.

Rodrigo se dió cuenta de la rebeldía que significaba aquel «estoy cansada de ocultarme», y tuvo un temblor íntimo.

A la noche fué por ella, con alegría de novio al que se le da una cita extraordinaria.

Ella le esperaba con su traje de viuda, como vestida para dar más negruras a la noche, como para que no se la viese al andar por enmedio del azul de prusia de los paseos.

Salieron a la calle y buscaron la soledad del Paseo del Cisne. Ella, vestida de viuda por enmedio de la noche, tenía un aspecto clandestino, como si se hubiese escapado al velatorio en que debía estar.

Ya enmedio de la soledad del Paseo del Cisne buscaban

el olor a la noche. Querían entender a qué quería oler aquel aire que hacía esponjarse hasta el pulmón inmaterial que es el alma.

Cada noche de verano tiene un olor, su olor. Parece que la noche se perfuma con frascos distintos de un tocador repleto como una botica. Una noche saca el perfume de verbena, otra noche el de flores de manzanilla, otra el de unas flores cuyo color se diría aun no viéndolas, olor a flores moradas que están dando las boqueadas en la noche.

—¿A qué huele hoy la noche?—preguntó Rodrigo a Cristina, que arrastraba su cuerpo como la que arrastra un embarazo.

—Esta noche huele a pasionarias—contestó ella.

—¡Pero si las pasionarias no huelen a nada!

—Sí, huelen a noche estrellada, a noche en la que el alma se siente crucificada y mártir.

—¿Es que te sientes ofendida por algo mío? ¿Es que sufres por mí?

—No. Pero se sufre siempre... Se sufre en la noche más feliz, precisamente porque es la noche más feliz y se siente que alguna vez ya no se podrá gozar...

Guardaron silencio. Rodrigo veía la noche llena de pasionarias, los jardines iluminados de pasionarias, con su dibujo extraño de flores llenas de órganos de sensibilidad y sufrientes por haber nacido flores y flores inmóviles.

—¿Sabes que veo tus pasionarias, que tienes razón?—la dijo él.

—Es que yo lo he dicho, porque las he visto... Quizás el olor es más bien de madreselva, pero la madreselva es

una flor incompleta, como destrozada por unas manos nerviosas... Siempre la faltan pétalos a la madreselva... Alguien ha estado antes y los ha arrancado... Por eso yo he unido esta noche el perfume de madreselvas a una cosa especial que hay en la noche.

Siguieron andando, contándose las impresiones de lo que no se veía en la noche, de lo que estaba detrás de cada cosa. Eligieron el hotel que les convendría y hasta pudieron apreciar la indiscreción de las persianas de finas rendijas. Ella, reclinada, colgada en su brazo y como con la cabeza en su hombro, parecía la mujer a la que se la ha deshecho el moño y lleva colgando la larga mata de pelo. Los dos en un rincón de la sombra contemplaban lo que pasaba en aquel hotel; veían besarse en la habitación iluminada por la araña refrescante como una ducha, a la pareja feliz que se creía resguardada por la persiana de hierro de párpados bajados, pero cuyas pestañas no descienden bastante, no acaban de cubrir las rendijas, sutiles rendijas, es verdad, pero demasiadas.

Era una estampa brillante y curiosa la de aquellos dos seres que en el hotel solitario se daban besos de pie, como quienes valsan el vals de los besos después de la cena opípara en el comedor lleno de cosas de plata, sobre todo bandejas.

Rodrigo puso en Cristina un beso como aquellos, pero ella se asustó e hizo un falso movimiento. Rodrigo no dijo nada, pero rompió aquella parada y siguieron un rato silenciosos, ella sin tomarse el cuidado de pensar en lo que había pasado; él, triste porque había visto que él no podría conseguir de Cristina aquella unión tan leal del hotel de

los besos, como ya lo había bautizado en su corazón. ¡Aquella intimidad franca, confiada, sin el terrible recelo del luto, no la podría gozar él con aquella mujer!

Volvieron a charlar, porque ella pensaba en otra cosa y él estaba ya acostumbrado a la resignación.

—Era como una fuente de besos que refrescaba la noche...

—Pero eran besos demasiado fotográficos—dijo ella—besos de galería que se daban en el *fumoir* para los besos... A mí no me han convencido del todo...

—A mí, sí—dijo él—y espero esconderme al pie del jardín de ese hotel cuando tú me abandones... Iré a recoger la caridad de esos realitos de plata de los besos...

Por fin, fuera de los parajes de sombra, ya en la calle de Alcalá, él la indicó que podían sentarse en la terraza de un café. Ella, primero vaciló, pero después, con la rebeldía que la había entrado aquella tarde, se sentó en la terraza.

Ya se celebraba el desfile de retirada de la noche.

La noche de Madrid es noche que se acuesta temprano, noche casi sin refugios.

No era más que la una y pasaban las gentes camino de la cama, con ese andar lento de haber concluído felizmente el día. Los pies iban ansiosos de quedarse sin zapatos, de tirarlos por el balcón muy lejos y ponerse un rato las zapatillas.

Iban lentos por la acera ya hundida en la sombra, porque habían apagado el farol que hace el segundo en las trinidades. No se les podía ver bien. Avanzaban un poco de lado hablando unos con otros y comentando el espectáculo que habían visto. Era la hora en que hasta los novios

de las niñas están como casados con ellas y todo se revuelve en una íntima hora familiar.

Tenían todos la pesadez de ir más embarazados de su vida que nunca.

Lo más conmovedor era ver a la hermana que envolvía el cuello de la hermana pequeña con su brazo desnudo. Iban muchas así, como llevando colgadas de su brazo a las hermanas medio dormidas, con pasos de ciegas. También algún hermano pasaba el dulce dogal de su brazo por el cuello de su hermanita.

Desde la terraza del café se veían también pasar las motocicletas. Era su hora. Salían de Madrid con desesperada velocidad, como dejándose detrás la vida, sus papeles identificadores y el último recuerdo. Sus conductores salían sin nada, sin ningún otro deseo que el vano deseo de correr. ¿Cómo pasaban con ese gesto orgulloso, cuando sólo era un segundo el de su paso? ¿Por qué se creían tan mirados, si apenas podrían ser recordados en cuanto pasaban?

La noche de Madrid se comenzaba a aclarar, y se veía que apenas había sido ensuciada por la multitud.

Cristina y Rodrigo se habían quedado distraídos y matrimoniales, dejándose mirar por todos que parecían buscar en ella *su viuda*, como si en vez de estar en la terraza de los vivos se hubiesen sentado en la de los muertos y todos quisieran reconocer a su esposa.

Estando así, de pronto Cristina se levantó como herida, y conteniendo la hemorragia de sangre de su pecho, dijo:

—¡Vámonos!

Rodrigo miró a su alrededor y sólo pudo apreciar que

acababa de entrar un grupo de hombres que buscaban sitio para sentarse, sin fijarse en nadie. Rodrigo, mecánicamente, la siguió, porque aquel «¡Vámonos!» había sido tan decidido, tan asustante, tan urgentísimo, que no admitió réplica.

—Ya es tarde—dijo ella por toda disculpa al apretar el paso hacia la casa, a donde llegaron en seguida buscando el camino más corto, por el atajo, como si lloviese.

XXIV

¿Y TU «FE DE VIUDA?»

Una excitación rara se apoderó de los dos desde aquel «¡Vámonos!» que fué como el grito que antecede a un desmayo, y a cada momento se veía con más claridad que había dicho el «¡Vámonos!» con toda la intención del mundo, y como se grita: «¡fuego!» en un teatro.

Rodrigo estaba inquieto, irresoluto, intranquilo, viendo cómo aquel hombre debía buscar el nombre de su esposa en el Bally Bailliere para caer sobre ella.

Un recelo extraño se notaba en la casa y la mirilla se abría con un sigilo y un cuidado que no había tenido nunca.

Además de eso, acabó de impacientarle que uno de esos días, al llegar a su hogar, de vuelta de casa de aquella mujer, a la que gozaba incompletamente, y en cuyo interior se sentía tan solo una cosa así como el elemento suficiente de hombre que se necesita en casa de la mujer ordenada, la criada le dijo:

—Ha estado a preguntar por usted un señor que ha insistido mucho en verle...

—¿Y qué le han dicho?

—Que sólo a las nueve de la noche es seguro que le encuentre.

Rodrigo se puso de malhumor, un malhumor injustificado y entró taciturno en su despacho. Su mesa sufría ese enterramiento que la iba haciendo naufragar, porque los papeles se amontonaban sin leer por causa de esa absorción de la viuda.

Como los palos mayores de esos barcos de las excursiones polares a los que cubre la nieve, sobresalían por entre el macizo de periódicos y cartas y libros, la lámpara y el lápiz colgante.

Rodrigo se sentó a esperar a aquel señor insistente, que coincidía con el recrudecimienio de la ronda del marido, de su llegada del viaje largo, presente a todo desde el día del «¡Vámonos!», y sin embargo escondido como el detective de sí mismo, con la browing siempre preparada.

¿Prevenirse contra una posible agresión? No. No hay más remedio que dejarse matar. Se le insultará todo lo que se quiera en la agonía, pero la actitud del amante es tan resignada a morir, como la de la esposa.

Pero el señor desconocido no fué y en los días que siguieron al de espera inquieta, Rodrigo estaba desesperado, deseando saber algo más, saber al fin. Para conseguirlo, hizo algunas preguntas más atrevidas que las de costumbre:

—Por cierto... El día que yo te conocí en la iglesia, era un día de funeral...

—¿De funeral? ¿Qué funeral...?

Y ante esa contestación de extrañeza, Rodrigo ocultó su intención de interrogador suspicaz, pues ya veía que no fué el funeral de su difunto, el de aquel día.

¿Cómo saber la verdad?

Por fin se decidió a hacer la pregunta rondada tanto tiempo:

—Cristina, ¿tienes tú «fe de viuda»?

—¿La fe de viuda?—se preguntó primero ella como quien no tiene idea de ese documento y sólo después de reponerse volvió a preguntar:

—¿Y para qué?

—Para nada... Por ver el documento de tu libertad.

—No lo tengo, no... Y no es cosa de que se la pida a mis padres por una curiosidad...

—Es documento que debías de tener y que debía estar en un cuadro como una liberación... Ya que eres tan viuda debías tener en tu gabinete, en un marco, la fe de viuda...

—No la sacaré nunca... Mi «fe de viuda» se imprimió un día en mí, y no se borrará jamás... No necesito ese documento ni lo necesitaré porque no tendré cargo oficial, ni me volveré a casar...

Rodrigo, desesperado y silencioso, después de haber hecho la pregunta de la que lo esperaba todo, y después de notar para mayor sobresalto que ella se dejaba coger menos las manos como poseída de una repugnancia herpética desde la noche del «¡Vámonos!», pensó en invitarla a un viaje; pues así, se curarían los dos el temor que tenían a un enemigo más cerca que nunca, en ronda permanente desde hacía algunos días.

—¿Querrías venir conmigo un mes a París...?

Ella le miró, como si la hubiese salvado, como si se le hubiese ocurrido una cosa genial, y contestó:

—Sí... Cuando quiera... Mañana...

—Pues dentro de dos días saldremos para París... Comienza a preparar tu equipaje...

La viuda, entusiasta como nunca, con arrebato de mujer que ha sido salvada, habló mucho de aquel viaje y pintó su satisfacción cuando estuviera lejos de la familia. Hubiera querido salir aquella misma noche.

Rodrigo estaba seguro de que el otro vivía y cuando se despidió, se llevaba la fe de que Cristina no era viuda.

XXIV

PARIS

El viaje resultó un poco triste, pues él se sentía el acompañante de la viuda, el que la lleva lejos hacia su familia después de la muerte de su esposo o hacia el esposo cuyo sepelio aguarda a que ella llegue.

Rodrigo pensaba hacerse oscuros, casi negros, los trajes del invierno, pero aún era la víctima de sus trajes claros. Esposo, no podía ser de ella, y por eso no podía entregarse a una melosidad de luna de miel que habría sentido si ella hubiera ido vestida con trajes de color. A lo más podría pasar por el amante que tiene que soportar el recuerdo del zancarrón del esposo y eso le cohibía.

La había hablado en voz baja durante todo el camino, y había hecho un esfuerzo por disimular el viaje, por esconderse de los demás, por ver si les olvidaban y les dejaban en un rincón del tren.

Hasta que no estuvo en París no se sintió tranquilo y feliz. Cuando se sintió en el coche público, en las calles de París, ya lejos de los viajeros fisgones que van adivinando toda la vida de los que tienen al lado, respiró y levantó la mirada hacia los tejados como el que va hundido en un barquichuelo por el río hondo y mira las casas que se le-

vantan en las orillas, las altas casas como cortadas a pico sobre el abismo de la calle.

—París da la sensación de ir entre abismos —dijo Rodrigo.

—Sí, es verdad --respondió Cristina, que miraba las cosas como si ya las hubiese visto otra vez, aunque le había dicho a Rodrigo que no había estado nunca. ¿Habría sido por ilusionarle por lo que le había dicho que no había estado jamás en París...?

Ya Rodrigo entraba en París con una nueva duda. Ella era hermosa, pero falsaria, y él la miraba de reojo, mientras descubría de nuevo la emoción de París con su tipo de gran puerto, bajo la niebla, en esa hora de las siete de la mañana, la hora que siempre había escogido él para entrar.

«Te traigo una mujer —decía Rodrigo en diálogo con la ciudad— que voy a encerrar en uno de tus hoteles y con la que me voy a dedicar a gozar esa gran independencia en que dejas a los amantes».

«Debe haber un hotel en París —seguía soliloqueando Rodrigo— cuyos huéspedes estén perfectamente disimulados... Ya esa discreción se nota en los demás hoteles, pero en ese sería algo consumado y admirable».

Rodrigo pensaba en ese hotel de los pasos perdidos, en el que todo se realizaba mecánicamente, pues el coste de un hospedaje de quince días, se echaba por una ranura, recibiéndose en cambio la llave del cuarto desocupado.

Quería el mayor disimulo para vivir con su viuda y para que ella perdiera sus recelos. Quería una hora plenamente sincera de aquella mujer insospechable.

No sabiendo las señas de ese hotel del «Sigilo» iba a

un hotel que había tenido hacía años y en el que entraban con más facilidad que en ninguno todas las mujeres, porque ni siquiera fisgaba la madame en la portería.

En seguida estuvieron frente a la puerta sobre la que se leía en letras doradas el tarjetón del hotel Bretaña, uno de los muchos hoteles Bretaña que cuenta París, muchos porque no hubo más remedio que permitir esa repetición de título, ya que los bretones dueños de hotel se negaban a poner otro. El que en París deje las señas lacónicas de que está en el hotel Bretaña, sin haberse dado cuenta de los numerosos hoteles Bretaña que existen en la gran ciudad, habrá extraviado a los que le busquen, y se debe de haber dado el caso de que alguien se haya perdido para siempre por haber desaparecido misteriosamente en uno de los muchos hoteles Bretaña que despistan a la policía.

Como siempre que para un coche cargado con maletas a la puerta de un hotel, todos los actores del hotel, los criados, los dueños, los niños del dueño, salieron a la puerta.

Rodrigo saludó como antiguo conocido, aunque seguramente no se acordaban de él.

El portal tenía el mismo aire del día que le despidió, cuando al ir a dar la propina se le escapó una moneda que aún estaría probablemente debajo de los asientos de aquella especie de portal y recibimiento con mecedoras y aire de Hall.

Ajustó dos habitaciones en el piso primero, una para él y otra para su prima—«como los parentescos varían de carácter y son tan raros en distintos países—pensaba él—, podían creer estas gentes que en España los primos podían gozar esa libertad de viajar juntos».

El núm. 28 y el núm. 33.

El núm. 28 daba a la calle que él había mirado tantas veces antaño, y el núm. 33 a una calle incomprensible con algo de revés del mundo: la calle de las telarañas tendidas de balcón a balcón, como el bramante para el cestito de los recados entre vecina y vecina.

Esos números que había entre el 28 y el 33 parecía que se interponían entre ellos, que podían valerse de su posición en el escalafón del hotel, que tenían más derecho que él a estar cerca de ella.

—¿Te quieres quedar aquí, o prefieres la otra habitación...?

Cristina, por no retroceder, por no andar ni un paso más, y porque el lavabo era más bonito y había *bidé* en un rincón, se quedó allí.

—Aquí tienes las toallas—dijo Rodrigo—. No las ensucies demasiado, porque podría suceder que no nos diesen después otras... Aquí son así... No tengas reparo a ensuciar el agua, pero cuidado con las toallas... Podrías estarte toda la semana con ellas y frente al recuerdo del viaje lleno de borrones negros... Estos hoteles modestos tienen estas cosas.

Rodrigo se fué a lavar a su habitación y se chapuzó en ese agua fresca de los finales de viaje, que es como lustral agua del nuevo bautizo, como agua de sediento, como agua para alivio de los ojos.

XXV

EL GOCE DE LA LIBERTAD

—¿Estás?—preguntó Rodrigo llamando a su puerta.

—Sí—contestó ella.

Rodrigo entró en el cuarto y como encontrando algo raro en el rostro de Cristina, —¿quizás que el antifaz de los polvos era excesivo?—, la dijo:

—Quítate polvos... Te has echado demasiados.

Ella se volvió al espejo y le contestó:

—¡Pero si me he echado menos que nunca!

Tenía un rostro cínico y despierto y sus labios estaban como hinchados.

—Quizás sea aprensión mía—dijo Rodrigo, y abriendo la puerta, la empujó diciendo:

—Vámonos.

Salieron. La más preciosa sensación de la calle, la que recibieron en pleno rostro es que París no les miraba ni se ocupaba de ellos, se ocupaba de varios millones mas trescientos mil habitantes sin pedirles filiación ni nombres.

Rodrigo pensó «ahora esta mujer es mía como una conquista de París, como la conquista ambicionada, y me parece que va a hablarme en francés».

—¿Estás alegre al fin?—la preguntó él.

—Sí—respondió ella mirando con valentía al espacio.

Todos los restaurants les llamaban y les dedicaban la carta escrita con la tinta morada de lo que ha sido reproducido numerosas veces, especies de sonetos impresos aprovechando el guiso del día, sirviendo para su reproducción la gelatina imprimidora que después se usa en los consomés.

Leyeron el recitado de varias «cartas» detrás del biombo de cristal que les separaba de los consumidores, que les miraban como a peces que se habían parado a estudiar lo que había en el fondo del mar. Por fin se sentaron en una terraza cualquiera, ni mejor ni peor que las que habían tropezado antes, y celebraron la primera comida de París, con la alegría de comerse París, y de mezclar como el aceite y vinagre de unas vinagreras repletas, el aire, la vida, el ambiente de París.

Al levantarse de la terraza del restaurant y sacudirse las migas de la comida, se cogieron del brazo de otra manera que se habían cogido siempre y salieron escapados como dos bailarines borrachos, dirigiéndose hacia los bulevares llenos de gente.

Se sentía Rodrigo como el culpable de un atentado contra el rey de su nación que había podido huir de su país llevándose de paso la esposa de otro. Los dos se sentían los culpables libres, incógnitos, desconocidos.

Cuando pasaron al otro lado del Sena, la dijo él:

—Ahora ya nos hemos separado del pasado que queda a la otra orilla... No se por qué después de haber cruzado ese puente, siento que eres más mía...

Ella le sonrió con una sonrisa desleal pero alegre, con la sonrisa de la mujer que ha de serle infiel con alguien del futuro, no con nadie del pasado.

Al pasar el puente, realmente se sentían más dichosos, más libres y se inclinaban el uno sobre el otro como amantes franceses, que parecen andar más cómodos así.

El la miraba en los cristales reflejantes de los escaparates de las tiendas y veía devuelta su pareja como en el retrato del escándalo, el retrato que se ha hecho la adúltera en ausencia del marido.

Ella era más lasciva mujer que nunca en la Avenida de la Opera y al encontrarse en los escaparates de los objetos de arte con las mujeres desnudas y marmóreas, ceñidas a los guerreros de bronce dorado, veía a Cristina voluptuosa, encendida, despierta, lanzada al mundo como no lo estaba en aquel gabinete de muebles tristes que habían dejado en Madrid.

—Pareces una francesa —la dijo Rodrigo.

—Soy lo que usted quiera, lo que más le alegre... Pero necesito unas medias más claras y algunas cosas más para ser todo lo francesa que quisiera ser...

—Pues vamos a comprarlas.

El paso saltarín que llevaban se contuvo, y comenzaron a mirar con más atención los escaparates.

Varias veces encontraron escaparates para viudas, admirablemente surtidos, en una caja de espejos—espejos en lo alto, en lo bajo, en la pared de la derecha y en la de la izquierda—que reproducían los sombreros de viuda, como Rodrigo recordaba que una tienda de la Plaza Mayor de Madrid reproducía los sombreros de recién nacido.

Cristina miraba a aquellos maniquíes como quien no sabe a cuál va a despojar, y los rostros de cera la miraban con recelo, pidiéndola por Dios que no eligiese su

sombrero, el modelo que a cada uno le sentaba mejor.

No se decidía por ninguno, y seguían andando, ya con un objeto definido, con el de elegantizar a Cristina y equipararla con las viudas francesas.

Rodrigo se fijaba mucho en las viudas que pasaban, y pensaba:

—París es la población de las viudas.

Pasaban las viudas de piernas torcidas, muchas viudas de piernas torcidas, cuyas piernas torcidas parecían algo que había deteriorado el anterior marido, dejándolas un poco inservibles, como butacas derrengadas, que amenazan con dejar caer al que se sienta en ellas.

Pasaban las viudas que había dejado inútiles, como peroles estropeados, de agujereamiento insoldable, el pobre fallecido. Eran viudas desdentadas, pero que habían vuelto a un nuevo e ingenuo estado de merecer, y sonreían como los niños en plena dentición. ¡Ultima dentición de viudas retrasadas, de pobres viudas tardías! ¡Si se hubiese muerto antes su marido!

En París abundaban las viudas trepanadas con un apretado vendaje blanco a la cabeza, y algunas como si las doliese las muelas, con un vendaje por la cara. Parecían amortajadas con el hábito negro de rizado óvalo blanco.

Rodrigo tenía miedo de que ella se diese cuenta de que había prosperado, de que allí viese que valía más, de que sintiese que de actriz de zarzuela se convertía en actriz de ópera.

Temía que se le escapase, y apretaba más su brazo.

¡Qué bien la sentaba París a la viuda! Todo la vestía.

—Parece que llevas un luto heroico... El luto de toda

Francia... Si supiesen que eras española, te insultarían como a un falso portador de la legión de honor.

Ella se rió de buena gana, y le propuso a Rodrigo sentarse en una de aquellas terrazas, desde las que se ve pasar el mundo.

Ya establecidos, y como en su mesa había preparados como un cebo para el transeunte, tres *brioches* recientes y muy doraditos, se los comieron como aperitivo de lo que iban a pedir, como entreacto entre el largo tiempo que pasa entre llamar al camarero y que el camarero acuda.

Servidos por fin y tranquilos en sus sillas de bambú, contemplaron el río humano como los que van a ver pasar la humanidad y a sonreirse de ella.

—Ese debe ser un turco—dijo Cristina señalando a un joven muy moreno, recuadradete y con las cejas cruzadas como una llave de la nariz y de los ojos, todo comprendido.

—No puede ser un turco—dijo Rodrigo riendo—porque la que va con él sería una turca, y no lo es, porque no se tambalea.

Cristina, como un camarada de chirigotas en el pueblo extranjero, se sonrió de la salida de Rodrigo, y siguió opinando:

—Ese es un ruso que busca compatriotas a los que sablacear—dijo señalando a un muchacho frío y pálido como la nieve, que buscaba por las terrazas a alguien, con ojos corvinos.

—Le tiraría un *brioche*—dijo Rodrigo.

—¿Le tiro un terrón?—insinuó sonriente ella.

Nunca habían llegado a tan jovial diálogo. «¡Lo que

puede París!—pensaba él—. ¡Cómo se olvida el resto del mundo!»

Rodrigo se sentía dueño de la viuda como nunca. En la tarde de aquel día se celebraban sus bodas y él iba con la novia que recalaría, cansada y feliz, en el cuartito del hotel, vestida de negro por excentricidad, pero cón un traje con tipo de traje de novia, sino que reteñido, retinto.

Rodrigo pidió una copita más de aquel anís marca *El Oso*, que intentaba poder con el español marca *El Mono*.

—Para ti otra copa—insistió él; y se lo mandó al camarero. Quería emborracharla y gastar el dinero alegre que se pirra por irse con los camareros, que lo guardan en sus carteras desportilladas como para llevarlo enseguida después de su trabajo al Monte de Piedad, para engrosar su cartilla, ya bastante repleta, ya más que cartilla, Fleuri de clase superior.

Cristina bebió la copita y dijo:

—No se parece nada al mono, como no se parece tampoco nada el oso al mono.

—Es mucho mayor, mucha mayor falsificación...

Se pusieron de pie y siguieron su camino incongruente e impensado.

De pronto, en un trecho de aquella calle transversal a los grandes bulevares, se encontraron con una tienda llena de objetos de viuda.

—Aquí va a estar todo lo que busco—dijo ella.

El abarcó por entero la tienda con la costumbre del comprador poco decidido que busca el nombre y el número de la tienda para volver, por si vuelve.

—¡Se llama «La viuda»!—dijo sorprendido.

—¡La viuda! ¡Ah!—dijo ella halagada, retenida por la tienda especialista, buscando con deferencia lo que quería, puesto que la tienda era tan deferente que se llamaba nada menos que LA VIUDA, es decir, un nombre a la vez masónico que religioso, algo así como la titular de una pequeña capilla para viudas sólo.

Los sombreros, en perchas negras, estaban colocados como en sus fruteros y colgaba de ellos un número blanco y negro que parecía el número de la rifa. Descomponían la seriedad del luto aquellas cifras que eran como las que figuran en las contraseñas de los guardarropas.

Vieron el pequeño escaparate de los guantes negros, de los bolsillos y de los cuellecitos de marabú negro y contemplaron largo rato aquella tertulia de viudas, que tomaban el té negro—muy cargado, muy indio—de la viudez. Todas como todos los maniquíes tenían la rigidez de las piernas que en las personas vivas parecen más deshuesadas y más cimbreantes.

Por fin entraron en la tienda y Cristina, que tenía ya elegidas varias cosas, pidió que se las probasen. Varias dependientas, vestidas de negro como viudas jóvenes o como doncellas vestidas de luto en señal de respeto a la señora de la casa, sirvieron a Cristina y se la llevaron al gabinete de prueba, al gabinete de los cuatro espejos en que por lo general la persona humana se convierte en la persona hilvanada, pareciendo por el espectro de sus hilvanes que está siendo probada por los rayos X.

Rodrigo fuera de la prueba, sin ser llamado al cuartito secreto, tenía miedo de que alguien estuviese con su mujer en aquel recinto abierto por encima y sobre el que se des-

tacaba la luz desviada por los espejos, una especie de nimbo luminoso, como el que al llegar a Madrid, flota sobre la ciudad.

«—Sería el colmo de la infidelidad que me fuese infiel en un cuartito como el de la recámara de los mágicos»—pensaba Rodrigo.

Ella hablaba como si se estuviese vistiendo en la caseta y hablase con las doncellas que la ayudaban.

Rodrigo tenía gusto en esperar, pues se imaginaba lo que ganaría su viuda con aquellos trajes de viuda de los domingos.

La alegría con que resplandeció la dueña de «La viuda» cuando por fin se acercó a la caja Rodrigo, fué muy grande, pero Rodrigo al ver que de mil francos le devolvió un franco no supo si cogerlo o dejarlo. ¡Cuántas veces ofende un «quédese con la vuelta» porque se diputa un gesto de desaire, un gesto de altivez!

Rodrigo recogió de la placa de metal estriado que chapaba el suelo de la «caja», el franco final y la cuenta, saliendo con Cristina como si saliese con una mujer mucho más elegante que con la que había entrado, aunque aún no llevaba sobre sí sino la gola de encajes negros y los guantes con grandes bastos de seda. Todo lo demás se recibiría en el hotel en la gran caja de cartón con uno de esos ingeniosos agarraderos que siempre recordarán los cabás de los colegiales.

El final de la tarde lo pasaron buscando los detalles ingeniosos que quizás faltaban en «La viuda». Compraron algún objeto de azabache y una sortija negra en verdadero ébano.

Pronto retrocedieron hacia su hotel, empujados por la multitud que volvía, empujados por la nebulosa triste que cae a esa hora sobre París. Al pasar de nuevo el puente no sintieron el revés de la emoción que habían sentido antes, no sintieron que volvían a la España de la que habían huído, sino que pasaban al otro lado del mismo París.

Ella iba más deprisa, tirando un poco de él, y por eso no le dejó gozar ni un minuto de ese gran descanso que hay en apoyarse en los pretiles de los puentes. Cruzaba bajo el puente un vapor que para poder pasar por debajo se quitó el sombrero de copa de su chimenea.

Ella deseaba probarse sus trajes, mudar de moda, salir con el traje dicharachero de la viuda nueva, llevar una de esas ligeras penas que las parisienses se echan hacia la espalda como una melenita de niña entirabuzonada.

Llegaron. Sobre la cama de ella, como un regalo siempre sorprendente y como traído durante la ausencia por no se sabe quién, descansaba la gran caja de cartón rubio en la que parecía venir una gran corona.

—Ahora déjeme sola un rato —le dijo ella.

Rodrigo se fué a su cuarto, y comenzó a vigilar la vecindad que encendía sus luces como ayer, como siempre, sin pensar que unos nuevos ojos vigilaban sus viejos hábitos. Vió varias siluetas de estudiantes que estudian en mangas de camisa, y vió a la que plancha con afán de escribiente demasiado preocupada con su labor, procurando no dejar la huella del pie de la plancha en ningún sitio, inquieta por no dejar esa sombra color barquillo, que es la obsesión de las planchadoras.

La confianza con que todo el alrededor le ofrecía sus

afanes, y apenas corría una cortinilla entre su intimidad y los vecinos, le acabó de dar la impresión de estabilidad con que París convence en seguida a los recién llegados.

Ya estaban escapados, y nadie, sino ella o el criado discreto que se hace el distraído cuando se le abre para que no se pueda sospechar que miraba por una rendija, podían llamar a su puerta.

Rodrigo entraba cada vez más en una aventura nueva y esperaba con impaciencia poderse dirigir hacia la noche más iluminada de allí lejos, por esa calle que se abría frente a su hotel, hacia uno de esos espléndidos comedores de noche en que todos se complacen en encontrarse vivos y con tanto apetito y tan peripuestos, descubriéndose gracias que no se aclaran después, como la de ese señor que se limpia los bigotes como un gato, o esa señora que parece mirarse en la palma de la mano mientras despanzurra—tan violento es el gesto—su barra de los labios sobre su boca fuertemente fruncida, como la fruncen las niñas que no quieren comer.

Dos golpecitos en la puerta, los golpecitos suaves dados con unas manos indudablemente enguantadas, le hicieron lanzar a Rodrigo su «entre» de siempre, pues en ese primer momento de la confusión que producen las llamadas, solía responder en español, y como el camarero no entendía y no acababa de entrar, insistía siempre en castellano persistiendo en su error:

—Le he dicho que puede pasar...

Esta vez se abrió la puerta y apareció una silueta de mujer que parecía haberse equivocado de cuarto. Ella, que sabía el efecto que iba a producir, persistió en su rigidez,

para mantenerle un minuto más en su sorpresa, en su no saber a qué atenerse.

—¿Pero eres tú?—dijo él al fin.

Ella, como si ya se sintiese reconocida y hubiesen contestado a su «¿me conoces?» con su verdadero nombre, pasó y cerró la puerta detrás de sí.

Era una mujer desconocida.

—Pero qué has hecho—preguntó Rodrigo.

—Fíjese bien... fíjese bien...—repuso ella, moviéndose como un maniquí frente al espejo.

Cristina se había comprado el traje de viuda más lleno de coquetería que había encontrado en los grandes escaparates llenos, todos negros, con los cartelitos blancos del precio como el único detalle de alivio permitido en aquel luto colegial de los escaparates, peceras llenas de viudas, acuariums inmensos en que los sombreros se movían al lado de los trajes como largos calamares teñidos con su tinta.

Hasta los alfilerones de su sombrero eran más exagerados.

Los alfilerones de su sombrero eran de gran cabeza, cubiertos de azabaches, amenazadores, serios, como si fuesen los padres, los cigarrones de todos los alfileres de cabeza negra.

Parecían aquellos alfilerones como estiletes y se podía suponer que tenían un pinchazo enconado y maligno.

No sólo no tenían la alegría de los brillantes y coloridos alfileres de sombrero de las mujeres sin luto, sino que tenían una torvedad extraña.

Imitando las flechas que anuncian los «por ahí», eran

como esas flechas venidas de lejos y clavadas en su gorrete.

—Muy bien—dijo por fin él—, muy bien... Y vámonos, que si no llegaremos tarde a cenar...

Se sentía Rodrigo el hombre que ha ganado en mujer, el que lleva al baile enmascarada lujosamente, con más descote que nunca, a la mujer cotidiana. La miraba de reojo y le parecía que llevaba un luto por otro que no era ya aquél otro de siempre, por un hijo pequeño o por un amante más que por un marido. Los bandajes blancos de la frente y el del barbuquejo que prendía el sombrero al rostro como si el gran viento se lo pudiese desprender, la daban más extrañeza.

Rodrigo miraba por los escaparates de los grandes restaurants, servidos muchas veces por criadas de gorrito blanco y puños de encaje, y seguía adelante porque le parecían demasiado espesos de gente, todos dedicados a un eterno *réveillon*, a una sardanapalesca cena, pero siempre con ademanes de miserables, sobre el plato sopero del restaurant pobre. Nunca debería inclinarse tanto el hombre sobre el plato.

Buscaba un comedor más lujoso, más alegre, y en el que no se mezclasen de aquella manera las gentes. Por fin lo encontró. Era como un palacio eléctrico, cuyas vidrieras de colores queriendo imitar las del arte, no eran sino vidrieras de café, vidrieras de restaurant relumbrante.

La cena fué espléndida, y Rodrigo vió cómo Cristina lucía enmedio del salón, como la viuda de un general joven como la viuda de los héroes de las estatuas, y no sabía

por qué, como la viuda de un aviador que se había matado en plena juventud.

«Yo de traje claro y ella más viuda que nunca, parece que es como con mi enfermera, algo así... no la amante que tengo derecho a lucir.»

Rodrigo, para hacerla desvariar, para que estuviese más desenvuelta y se echase hacia atrás con descoco en las risas, llenó su copa varias veces.

La viuda blanca y negra no perdía la cabeza, sino que se ponía cada vez más blanca y la miraban con más obsesión aquellos señores de las otras mesas, que pedían copa tras copa de licor, sólo para alargar la contemplación.

Por fin pidió la cuenta y se la trajeron en el plato. Rodrigo, con un gesto muy elegante, apenas la vió—el verdadero gesto sería no mirarla siquiera—dejó un billete, del que le trajeron el cambio, separando la propina que dejó en el plato como un hueso más.

—¿Por qué no habrá una bandeja para traer las cuentas? Hasta en los comedores más lujosos, las traen siempre en un plato llano...

—Sí, es verdad... Parece que se queda sucio el plato para siempre, que ningún agua caliente le podrá quitar esa huella del dinero... Yo no volvería mañana a comer aquí; sentiría gusto a dinero en las salsas.

Salieron despacio. Iban incendiados, intoxicados por París.

—Vamos a un teatro, ¿o estás cansada?

—No... Vamos a un sitio en que haya luz y música...—dijo ella.

Se perdieron en un Music-Hall, en el que vieron los coros de mujeres de rodillas plásticas, las falsas niñas de rodillas fuertes.

Rodrigo la veía emerger en medio del teatro, como si se lanzase desde el palco a la sala, con su tipo de viuda llena de lunares.

«Nadie se puede suponer que él vive, que es la esposa del marido vivo... Nadie está más disfrazada que ella en el teatro—pensaba él.»

Por fin el espectáculo pasó, y Rodrigo tomó un automóvil para ir al hotel. Volvían cansados de una diversión abrumadora; habían festejado demasiado su día de libertad. Se habían olvidado del otro. Se sentían demasiado seguros, y eso disminuía su pasión.

Resultaban demasiado matrimoniales, solitarios y como capaces de decirse cosas que no acababan de saber decirse. Necesitaban aquella sombra del peligro constante, que vivían en Madrid, la presencia incógnita del que padecía el vagabundaje por las calles de su manzana.

De todos modos encontró Rodrigo en la viuda la incitación de ese: «¡Al fin, solos», que se dicen los amantes cuando al fin se casan, ese: «¡Al fin, solos!», que repiten una vez más los que tantas otras veces se lo han dicho, pero que al fin lo repiten después de haber salvado su situación.

Rodrigo fué quitando a Cristina las prendas nuevas de forros desconocidos con olor a goma de percal y de pronto gritó:

—¡Caramba! ¡Has ido con el precio colgando todo el tiempo!

Ella preguntó consternada: «¿Pero es posible?»

—Mira—y Rodrigo la enseñó el cartoncito delator.

—¡Por eso nos han mirado tanto!

—Habrán creído que eras una viuda recién comprada.

—Eso me desluce la noche...

Por fin se acostaron en la cama sarcófago, con rechinamientos de barco que se desgualdraja, que se desencuaderna, que va a desfondarse.

Con esa alegría de poder gritar en la alcoba sin dar importancia a los vecinos, Rodrigo se dedicó a su fiesta y Cristina, más blanca que nunca, blanca de cansancio, tuvo la abnegación de la novia después del viaje espantoso.

XXVI

VIDA USUAL

Cristina se volvía cada día más misteriosa en París y para reconocerla la miraba Rodrigo en los escaparates. —«Voy con ella» — se decía él orgulloso.

Tenía la importancia de una Cleo de Merode. Tenía miedo de que se la arrebatase otro hombre.

Ella, como una monja de su luto, no miraba a nadie y cuando sonreía, sonreía a su alegría de estar libre, de estar de vacaciones.

Cada vez adquiría Cristina mayor felicidad, cierta actitud radiante que le desconcertó a Rodrigo. Se veía que se sentía más libre y sin vigilancia, haciendo flamear sus tocas de viuda en las carcajadas.

En España parecía haber estado en la congregación de las viudas y allí era la viuda escapada del convento, la monja exclaustrada.

Rodrigo, sintiéndose con mayor confianza con ella, quería alcanzar su tuteo pero no lo conseguía; era lo único que no podía realizar, aunque a él le pareció que alguna noche estuvo a punto de cejar.

Cada vez se perfilaba con más fuerza el traje de viuda, se ceñía más a su cuerpo. Se veía que era como el traje de las egipcias del dolor.

Tan egipcias de luto eran las viudas, tan egipcias del dolor, que sólo las faltaba tener tapado medio rostro para acabarlo de ser hasta la saciedad. ¡Ah, pero la viuda lo que menos se tapará nunca será el rostro, porque precisamente ha fabricado todo su traje para dar valor y resalte a su rostro, para que se vea su óvalo blanco, el óvalo blanco que quiere decir que está desalquilada!

Tomaba un aspecto canalla y extranjero con aquel traje. Si su luto era mentiroso antes, lo era más ahora.

En su armario de luna se agazapaban como trajes ingenuos, sus antiguos trajes de viuda. Ya no se los pondría más.

Ahora, con el filete blanco rizado y como emperlado, parecía más burlona, y su traje muy parecido al de las enfermeras con sus tocas azules y también con filete blanco sobre la frente. Era la enfermera de los muertos y parecía que iban juntos al hospital, en que prestaba ella sus servicios.

Todo el fondo de casas, de árboles, de quioscos, parecía estar pintado para ella.

Todo en París se presta un poco al luto; lo hace fondo. Los árboles negros, los quioscos oscuros, las tiendas pintadas de negro, hasta esos hombres que pasan con bultos de cosas envueltas en paños negros, para disimular que llevan algo.

Paseaban, comían en sitios escogidos, lograban cansarse y volvían temprano a su casa.

Entonces él que no quería que supiesen que se trasladaba al cuarto de la viuda a la que así quería salvar de que la considerasen hipócrita y falsaria del luto, se dedicaba a la labor preambular de deshacer su lecho.

Ya era un maestro en el arte de deshacer la cama y darla apariencias de lecho en que se ha dormido.

No es que abriese la cama dando un tirón violento y sonsacando todos los embozos. Eso no vale. Los criados conocerán que los pies no hanl legado al final, entreabriendo allí más las ropas. Había que descerrajar más la cama porque la aparente blandura y dejadez del que está dormido, hace un esfuerzo terrible de remoción.

Rodrigo se esmeraba tanto, que parecía un delincuente preparando la coartada con mucha anticipación.

Daba ya tironcitos de artista y contaba con toda la sagacidad posible del camarero, pues a veces se tendía y daba dos saltos de epiléptico sobre la cama para crear el hoyo, dando puñetazos en la almohada para crear la maceración intensa que las almohadas sufren durante toda la noche, y dando pellizcos en la ropa para arrugarla, para poner en ella esas patas de gallo que no fabrica la presión, sino la vejez de la noche, y que es una cosa de la que sólo adolecen las camas en que se duerme.

Tenía verdadero empeño y algo así como un sentimiento supersticioso de que los demás respetasen a aquella mujer, que se respetaba tanto a sí misma y que tomaba aspecto de viuda virgen, la verdadera viuda virgen, si eso fuese posible.

Esa desfoliación de la cama a que se entregaba Rodrigo todas las noches antes de ir al cuarto de la viuda, era como el martirio de su soledad, era como la inútil inquietud a la que él se dedicaría si la viuda no le aguardase, si no le prestase aquel refugio exquisito, con grandeza de alma de posadera que abre en la noche la posada al pere-

grino aun no teniendo más que una cama y esa no muy ancha.

Ya sabía echar rúbricas de autenticidad maestra, pues algunos días como quien espolvorea de sal el guiso ya preparado, echaba unas migas o un botón blanco o un poco de ceniza en la cama inédita.

Convencido de que dejaba tramada la mentira indudable, la falsificación perfecta—¡cómo se sonreiría el camarero al siguiente día!—se iba al otro cuarto, donde ella ya no era viuda, y era más humana con el uniforme colgado sobre una silla.

Rodrigo entonces apagaba la luz que les ponía demasiado enmedio de una habitación provisional, fisgona, con algún ojo en el techo o en las paredes y buscaba en su viuda la dulzura de estar lejos y de ser libres. El placer conseguía tentar la urgencia de lo que no tiene muchos días por delante. Después se dormían vueltos de espaldas y perdían la noción de París, hasta que como una mosca pertinaz e impertinente que se posa en la nariz del que duerme, le despertaba al amanecer.

La emoción más honda de su vida de amor en París, era para Rodrigo el amanecer.

Alguien le despertaba a esa hora. Le parecía que el otro se había despertado o se agravaba, que tenía los ojos abiertos sobre el sueño del advenedizo y de ella.

El había cerrado las cortinas pero no había cerrado bien las persianas, además de que las persianas francesas siempre dejan entrar luz del alba en las alcobas y gabinetes de hotel.

Rodrigo se daba mayor cuenta que nunca en aquellos

momentos de lo extraña que era su unión con aquella mujer, y la miraba como un viajero a la mujer que va dormida enfrente de él, en la cama paralela del otro asiento.

Rodrigo se daba cuenta bajo la luz lívida del alba de lo fea que era la habitación, y de cómo todo su decorado era de colores neutros, áridos, sucios.

Rodrigo se encaraba, sobre todo, con las ropas de Cristina, engurruñadas sobre una silla, pingando sobre el respaldo, pingando sobre el suelo. El corsé era como un aborto de ella y su largo cordón zigzagueante era como el cordón umbilical de la prenda íntima...

Las ropas negras a esa hora traslucida eran como de un luto vencido, como el despojo de una viuda ya blanca y sonrosada, rejuvenecida en el lecho, rebelde al traje de la magistratura femenina.

Rodrigo, como con miedo de que se le escapase esa escena, con el temor de que al volver a España ya no vería a la viuda en aquel momento tan íntimo, abría los ojos en el alba y consentía el desvelo.

Veía los zapatos de charol con sus medias dentro como si fuesen zapatos en la noche de Reyes, con el regalo en su cuévano. Dormían sus ropas y descansaban plegadas. Las enaguas y los pantalones subidos al asiento, dormían acurrucados como unos gatos blancos.

Todo París se despertaba silencioso, sin que cantase ni un gallo. Rodrigo, atemorizado, sintiéndose en el albergue para el extranjero, buscaba más el contacto de Cristina, temeroso de que el alba cruel e indiferente arañase a la viuda blanca y negra. Temía hasta mirarla por no verla los pliegues de la viudez.

—¿Por qué habré dejado mal corridas las cortinas? —se decía Rodrigo como inundado por el agua fría de un grifo de cocina mal cerrado.

El sublimado corrosivo, el agua regia del alba entraba en la habitación y le mostraba con toda rudeza lo falsa que era aquella pasión, cómo dormía junto a la mujer de otro, cómo se la tendría que devolver después de haber estado juntos en la cama estrecha del hotel francés, cama que no llega a ser de matrimonio aunque tampoco es la de un niño.

En aquella media hora de insomnio que Rodrigo tenía en la madrugada, veía su verdadera situación y enfriaba sus pasiones. Cristina dormía indiferente, ajena a que era juzgada de un modo inapelable en medio de la luz evidente y justiciera del alba.

«Si siempre estuviese en este hotel y en este París, siempre sería mía, pero tendremos que irnos...»

No podía dormir, veía cómo las evidencias de la madrugada venían a evidenciar su orfandad, venían a destapar la flaqueza verdadera de aquella aventura.

Se sentía un vencido, un cadáver inmóvil en el campo de cadáveres que era la gran ciudad durante el sueño.

—«Ella es una mujer asaltada, pero no es mía —se decía Rodrigo—, ahí sobre la silla está su uniforme de húsar de la muerte, de la viudez que la aleja de mí, cuando suena la diana civil...»

Y seguía pensando:

«No ha sido nunca mía; ella cree que yo no lo sé, pero queda desenmascarada con esta luz insoportable que entra por esas rendijas de las que no se podía esperar tanta incontinencia.»

Aquellas madrugadas que le despertaban con la peor intención del mundo, como si le llamase el posible difunto—los difuntos es tradición que son los que despiertan a las cocineras necesitadas de levantarse pronto—eran unas madrugadas que le envejecían.

Rodrigo temía aquellas madrugadas con insomnio en que veía la verdad de la vida desenmascarada, y a su viuda convertida en una pobre mujer con carne de goma muy usada, que por pura casualidad dormía a su lado soñando con otro.

XXVII

LA BROMA DEL CABARET

Alguna noche iban a los cabarets y Rodrigo tenía gusto en encender una tortilla al Rhon antes de volver a casa, en los cafés abiertos hasta última hora, como recreándose con la idea del futuro infierno en que penarían los dos.

Ella iba a los cabarets con el mayor desparpajo, agarrada a su brazo como no se había agarrado nunca, llevando su pena como una cosa irrisoria.

—Parece la nodriza de su nuevo marido—oyeron que decían unos apaches al verlos pasar con aquel aire de cancanistas...

—En París parece que no nos vamos a morir nunca... Que puede haber gentes curadas de la muerte—dijo ella.

—Tienes razón. ¡Si nos pudiésemos quedar!

—Pero también podríamos ponernos viejos y maniáticos enseguida y morir del primer catarro del invierno—replicó ella.

El se calló. Como tantas veces, estaba asombrado de cómo Cristina entraba en el alma de París, pareciendo por eso una viuda recalcitrante de París, la viuda que siempre estuvo en París, tanto la viuda de Danton como la de Musset.

Numerosas parejas iban hacia los teatros de la noche, a

cuyas colas se añaden, muchas veces para no entrar, para que la autoridad disuelva a la cola cuando ya la sala está completa y sólo quedan las almohadas de los tacos de las localidades, con su baste de acero.

Le parecía a Rodrigo que había encontrado la viuda en cualquier esquina y después se iba a guarecer con ella en un hotel aún desconocido.

Era Cristina todas las viudas, cualquier viuda. Todos los restaurants la querían convidar a una nueva cena, como a una antigua conocida. De los automóviles se asomaban las cabezas despavoridas de los que creían reconocerla, y de alguna cabeza se escapó el sombrero en el afán de poder alcanzar a verla.

A la entrada de los cabarets que elegían, él se apartaba un poco de ella y tomaba la entrada si el espectáculo no era de los que sólo se ofrecen por la consumación. Siempre que se separaba de ella ese momento a la puerta de los teatros o de los cabarets, se la encontraba junto a un hombre que ya la rozaba. Eso le ponía colérico, reconcentrado y le hacía molinero de sus dientes, teniendo que sufrir todas las ideas la molienda de sus muelas iracundas.

Ella al entrar en el espectáculo se destacaba impopularmente, pues todos veían en ella a sus esposas cuando ellos muriesen. Ella, que notaba la expectación, se recreaba viéndola sonriente, coleando su pena, levantándola sobre el respaldo del asiento con cuidado de obispo, cuya capa pluvial no puede arrugarse.

En la entrada de todo espectáculo la miraban a ella con antipatía, pues hasta el obrero más soez la creía su esposa, la que pudiera ser su viuda si él se hubiese muerto.

En uno de aquellos cabarets, una de aquellas noches, el introductor de embajadores, que solía meterse con los que entraban, dijo:

—Madame la viuda y el señor que no es su marido...

Todos rieron a carcajadas.

Ella tomó un gesto orgulloso: el gesto de los coraceros de casco melenudo, que miran desde lo alto de sus altos caballos...

El se sintió calado por todos, ya sin prestigio, como un vil conquistador de viudas, como un pobre desgraciado que olía a ropa sucia.

Estaba deseando salir del cabaret, pero esperó hasta el final, por si el introductor volvía a decirles algo y le hablaba a ella del ausente.

Tomaron un automóvil y huyeron de la gente que salía y que él temía que le preguntase detalles de aquella viudez.

Durante muchos días figuró en el espíritu de Rodrigo aquella frase del calavera arruinado que lanzaba las bromas del cabaret y que era el bufón de todos:

—Madame la viuda y el señor que no es su marido...

¡Qué evidente quedó que no era su marido, quedando más descolorido su traje claro por causa de la broma!

Varias veces, en sus largos silencios, estuvo por reconvenirla de nuevo por su negra testarudez, pero pensó que sentándola tan bien el luto eso no hubiera sido justo. El había llegado a recrearse con su silueta de viuda elegantísima, y que quizás vestida de color le resultase ya demasiado provinciana, y sabe Dios qué otras cosas más por los colores a que se podría abalanzar.

Rodrigo, meditativo, temiendo de nuevo otra broma por el estilo, se decidió a comprarse un traje negro en el Gran Almacén de ropas hechas y, en efecto, una mañana tomó un coche y se compró un traje sin mucho entalle, y que disimulaba la torpeza de su corte gracias a que era negro.

—Ya no les asistirá la razón que tenían antes a los que decían que no eras mi mujer... Ahora, si aquel descarado comicucho me lo repitiese, podría cruzarle la cara.

Cuando Rodrigo estuvo equiparado a la viuda, le preocuparon cosas en que no había pensado, como que ahora también él llevaba luto por el supuesto muerto—¡qué diablo!—y que ahora sería menos pícara la silueta de Cristina, porque ahora su luto parecería luto por el padre, más que luto de viuda, el malicioso luto que la daba tan ostensible coquetería. Si antes tenía cierta alegría y picardía, su paso, y a lo más podían sospechar que ella era la viuda adusta y reservada, ahora los dos de luto, parecían los tristes, los aburridos, los que lo ven todo, pero no se ven a sí mismos, emborronados y contritos.

XXVIII

«ES LA VIUDA DE MI»

París iba dejando en ellos el sedante de ir pasando una temporada en el otro mundo, con esos grises fatídicos y encantadores de la otra vida.

Donde había que vivir con esa seguridad con que vivían en París, era en Madrid, para que la vida fuese más vida y todo no se perdiese un poco en los desvanes de la muerte.

—El - pensaba Rodrigo—es el que vive ahora la vida, el que continúa en el mundo, y no nosotros, que nos hemos venido a vivir en el sitio más neutral de la vida, en el lugar más oscuro y más intrincado.

Quizás tenían ratos en que ya no les convencía París, en que les parecía que no tenía picardía, y si la tenía, era una picardía triste y hundida.

Ya su billete de ida y vuelta por cuarenta y tantos días, se quejaba en el fondo de su cartera, se hacía notar, le preocupaba, pedía la ampliación, temía, con apretujamientos de corazón, haber caducado ya.

Como siempre, había ido a buscar Rodrigo, le había llevado ilusionado a París el pensar que iba a vivir días más largos que los que vivía en Madrid, pero se encontraba que eran más bien más cortos, con la salida muy tempra-

na de las escuelas del trabajo, sirviéndose en algunos restaurants de París el primer plato de la cena a las seis de la tarde.

—Las cosas tienen que ser para toda la vida, para mayor constancia—se decía Rodrigo.

Tenía desesperación pero en medio de ella se aprovechaba de la dulzura y del placer que había en Cristina. La abrazaba con delicia en el cuarto de hotel, aunque después se quedaba triste, pensando lo perdidas que se quedarían allí sus caricias, lo disimuladas debajo de las alfombras que pisarían otros huéspedes.

Los días fuertes, caliginosos, hirvientes de su última temporada en Madrid, hacían perder mucho a éstos de París, en un Septiembre tibio y otoñal, en la habitación sorda y sórdida, en la que todo pasaba en el fondo de la tumba, como si una pareja de amantes se pudiesen amar fervorosamente en la alcoba del panteón.

Solo, en la calle, en las horas visibles en que todo el mundo se volvía a verla, se destacaba más, adquiría Cristina un prestigio enconado y máximo. Ante ese fenómeno, pensaba Rodrigo que quizás por eso los parisienses se aman en la calle, como si a todos hasta a los que tienen el hogar más construído y confortable, se les cayese el alma a los pies, al sentirse en la espantosa soledad que tiene la vida privada en París.

En la calle, cuando ella de un modo ostentoso y como si fuese la muñeca autómata del ventrílocuo, se echaba sobre su brazo desmayándose, inclinada sobre él como una casa con puntales, era cuando él se sentía más seguro de ella y mas correspondido por ella que apenas

le correspondía en el quirófano sincero de la alcoba.

En la calle, se volvía incitante, provocativa, y él la llevava como el soldado conduce al compañero herido en la batalla.

Se veía que tenía la sensualidad de la calle, que era como la muñeca de escaparate que la gusta estar hasta desnuda enseñando el corsé al público, pero que no podría entregar más sensibilidad al que entrase en la tienda queriendo conseguir de ella mayores correspondencias.

París no se ocupaba de ellos. París sólo se ocupa de vivir suntuoso, bello, antiguo, moderno, autoritario, y quizás con esa indiferencia por los transeuntes y los inquilinos logra que todos encuentren tanto placer en seguir sus veredas, estimulados al ser tratados así, con desdén, con olvido, como muertos precoces, como desaparecidos ya en la vida.

Excitados por eso, buscaban los grandes restaurants, en que todos se contemplan y las calles en que se ve pasar gente y se va saltando de la actitud de ser visto a la de ser un desaparecido, un inexistente. ¡Gran contraste, lleno de estimulación, ese de París!

De luto, desprovisto de aquella alegría que le daba su traje claro, Rodrigo pensó una cosa que le martirizó mucho y es que ella era la viuda de él mismo y él se guardaba luto a sí propio.

—Es la viuda de mí mismo—se comenzó a decir Rodrigo en voz baja tratándola con mayores finezas, con más ternura y quedándosela mirando con cara compungida.

De tanto considerarla como la viuda de sí mismo, comenzó a prodigar en público el escándalo de sus besos y

de sus caricias. Ella, como la que fumaba en su comedor y al sentirse en París fuma en público, le besaba también a la vista de todos, pues aunque todos veían con escándalo eso mismo en todos, sabían respetar el escándalo y sonreirle o seguir jugando a los dados sin interesarse por ello.

Rodrigo aprendió a besar de ese modo degustante, lento y prolijo, en cuyo fondo hay mucha agüilla de melancolía, con que besa el francés que besa a la adúltera de sí mismo. El también besaba ya de ese modo ansioso, absorbente, desalmado, con tristeza de ser viudo, con desesperanzas de viudez.

Tenía miedo de volver al hotel y encararse con la viuda cansada, que ya allí dentro se le prestaba inmóvil, mirándose a sí misma, como sin encontrar el por qué cuando él la alababa con palabras delirantes.

«Es mi viuda, es tan viuda mía como de él y como del que es posible que después de mí se aproxime de nuevo a ella»—pensaba Rodrigo, y se quedaba desolado y como ante la nada.

XXIX
DÍA DE LLUVIA

Cuando vieron que llovía se quedaron irresolutos, mustios, como calados hasta los huesos. Como todos los turistas, esperaban que sus pocos días de París no tuviesen uno de mal tiempo. Aquel día se iba a poner uno frente al otro en su habitación de visillos zurcidos, con esos zurcidos que son cicatrices visibles en que se entrecruzan las horquillas blancas del cuidadoso cosido.

Llenos de pereza, tardaron mucho en levantarse.

El se fué a su cuarto para arreglarse y dejarla a ella en libertad, además de que quería prescindir de ese rato agrio y despelujado en que la mujer da vueltas por la habitación buscando sus cosas, paseando sus greñas, con la frente desilusionada y con la expresión borrosa.

Cuando ya estuvieron dispuestos, con miedo a sentir la lluvia pertinaz de París, se decidieron a comer en la habitación, probando aquella comida burguesa que estaba anunciada en la pared de su cuarto sobre el timbre y a la que no habían recurrido aún, por más que muchos días había llenado todo el hotel el olor a un guiso de gran portería.

La novedad de aquella comida íntima les entusiasmó y se dedicaron a arreglar el cuarto, cubriendo ella la cama,

porque no hay nada que quite tanto el apetito y lo estrague como comer junto a una cama deshecha.

Iba a ser una comida bondadosa, risueña, con esa sonrisa entre lágrimas que tiene el día muy claro, de nubes delgadas y traslucidas, ese día que esta bajo el cielo como bajo los cristales de una claraboya.

Los dos parecían convalecientes de una gripe ligera, pero con la marca de París, es decir, gripe con el recuerdo de los cementerios de París, y con ese aire de entierro que cruza las tardes grises.

Cuando trajeron la sopera de metal con su consomé color tapioca y color grasa de pollo, sintió la habitación la alegría de convertirse en comedor. Toda ella se estremeció y entró en reacción como si estuviese muerta de inanición.

La comida les complació mucho. Rodrigo, sobre todo, estaba contento de estar con ella en aquella intimidad, aunque tenía miedo a que se aburriese después, a sus bostezos de viuda. La trataba con una gran dulzura, como si fuese aquel el primer convite que la hacía en el cuartito reservado, como si ella fuese la mujer desconocida y con la que nunca se tuvo confianza.

Quedó el servicio de café sobre la mesa y se pusieron a charlar. Era la primera vez que después de los días de París iban a serse sinceros.

—Bueno, Cristina; ¿no sería agradable que nos quedásemos aquí para siempre?

—No... Necesitaría ser vencedora de las otras mujeres, de las otras viudas... Esto empuja mucho hacia éxitos que no quiero tener... El estar metida en una habitación oscura y modesta sólo en Madrid se puede aguantar...

—Pero allí hay otros peligros...

—¿Cuáles?—contestó ella desafiadora.

Rodrigo se desconcertó en el primer momento, y después dijo:

—Tu familia, la sociedad, todo eso que no me permite estar contigo como aquí, beber tu blancura a todas horas...

—A eso, hay que resignarse... Además, que es el único medio de que perdure la ilusión de una mujer.

Se hizo una pausa. Rodrigo fumaba, llenando el fondo del espejo de luna de la azulosidad agradable del cigarro de después de comer.

—«Tengo que vivir esta tarde—pensaba él—como si fuese a vivir toda mi vida de una vez, pues esta intimidad se va a acabar».

Rodrigo la miraba fijamente, ávidamente, y peinaba su pelo con sus miradas, guardando en el guardapelo de su corazón rizados aladares de sus cabellos.

—El que en París no sale a la calle, parece un paralítico, un imposibilitado... Habría que salir hasta con lluvia...

—Si quieres, salimos...—dijo él.

—No, no es eso... Esta tarde estoy dispuesta a mirar los tejados, a saltar de alero en alero como un gato...

Bajo la lluvia de París se mojaban todas las ilusiones y las esperanzas. No animaba la vecindad, sino que desanimaba, porque se veía lo abrumada de gentes que estaba cada casa, y el apiñamiento de toda la ciudad en la que ya era inútil quererse conocer o ayudarse a vivir.

Estaba rota la gran utopia de una solidaridad pública

que fuese igual que la privada. Todos estaban incrustados en su sitio, y sólo iban por la calle los que tenían que cumplir su consigna de trabajo o los que habían hecho ganancias y podían pasar bajo el día de lluvia, sin mojarse y sin confinarse, yendo hacia los cobertizos teatrales amplios, kilométricos, en que se reproducen las luces eléctricas, como sólo se reproducen en los espejos.

—«¡Sí que es aburrida la vida para quien quiera divertirse!—pensaba Rodrigo—y Cristina lo que desea, en el fondo, es divertirse... No ha sabido resignarse aún, no ha aprendido a que con sólo no querer divertirse queda bastante arreglada la vida».

Ella estaba nerviosa, como cómica a la que han suspendido la representación. Necesitaba algo que no podía hacer Rodrigo con ella, que era o divertirla mucho, con un rumbo imposible, o maltratarla con aquel rumbo que derrochó en eso su marido. Se la veía deseosa de ponerse su sombrero de viuda, como quien iza la bandera.

Rodrigo, cerca de ella, la acariciaba como si fuese *La Dama de las Camelias* de la tarde, pero llena de fortaleza aunque tuviese la blancura de la misma Duplesis!

Ya iba formándose la intimidad del cuarto; ya ella iba dejándose ablandar, y estaba dispuesta a abrir su alma a la bondadosa melancolía de la tarde, cuando el camarero les rogó que se trasladasen al otro cuarto, que ya estaba arreglado.

Se fueron. El cuarto de él, que apenas estaba habitado por ellos, no tenía intimidad, y parecía el cuarto de un extraño. Tenía ese olor a polvo flotante que les queda a los cuartos después de limpios, todo el polvo revuelto, como

evísimos mosquitos, y con un perfume particular a alfombra deshecha, a apolillamiento.

Desde el balcón de Rodrigo se veía a la multitud apresurada, incesante, llevando de esos presurosos paraguas que reman en la lluvia, que parece que navegan del revés y hacen andar más deprisa al público que pasa.

—Ya ve lo engañosa que sería esta intimidad aquí... Los dos tenemos buen deseo de soportar esta vida, pero ya ve que sólo el trasladarnos de una habitación a otra nos ha descubierto que somos unos extranjeros... La soledad no se nota si está llena de cosas... Yo allí tengo retratos, familia y le tengo a usted también...

—Pero aquí eres más mía...

—Pero menos de mí... Ya ve, esta tarde no puedo recordar ni mis recuerdos... Esta habitación es estrecha, no tiene fondo para los días de lluvia... En mi casa de Madrid, los días de lluvia veo todo mi pasado...

—No está bien que me hables con ese descaro de tu pasado, no figurando yo en él...

—Pero figuro yo que es lo mismo..

—¡Muy bien!

—Quiero decir que me acuerdo de mi pasado para acordarme de mí y a lo más de mis padres.

—¡Ah, bueno!—acabó por decir Rodrigo, respirando.

—Yo no sé qué clase de mujer soy aquí esta tarde...

—Eres mi blanca y estás en mis brazos más sola que nunca... Yo querría que te quedases aquí conmigo para siempre...

—No... no,., ¡Qué horror! No... Sólo admito esto porque me parece que vamos en un vagón que vuelve a Ma-

drid... Voy en el camarote de un barco cuya travesía tarda muchos días. Esta tarde, sobre todo, estoy en el mar de la lluvia, me parece que llueve en el mar que es el modo de llover más desesperante que se conoce... ¿No ha visto usted llover en el mar...?

Rodrigo contestó que sí y guardó silencio. Ella estaba hasta elocuente aquella tarde marina y desgraciada.

El criado llamó de nuevo y dijo:

—Ya está arreglado el otro cuarto.

Los dos se levantaron al mismo tiempo y se fueron a la otra habitación en la que la intimidad era más espesa y había en las chimeneas un rescoldo de los días pasados, aunque aún no se las hubiese encendido por primera vez y tuviesen corrido su telón metálico.

—Tienen no sé qué de porterías de la vida todas las habitaciones de París —dijo ella—. Yo me siento portera de piso segundo. Todos estamos metidos así en cada cuarto.

—Hermosa portera —dijo Rodrigo, besándola.

Aquel atardecer lluvioso en el hotel fué de una desgarradora emoción para los dos. Llovía sobre las luces de gas, alterando la lluvia su impasibilidad, llovía sobre lo mojado como el agua que cae sobre el aceite hirviendo, llovía sobre los sombreros de copa de los faroles levantando de sus chisteras un chisporroteo de sombrero de copa con el que se ensañan las chinas, las chinitas del agua.

Cristina y Rodrigo se sintieron más cerca aquella tarde, unidos por el mismo abandono, rodeados de sinceridad.

La lluvia seguía tecleando como en una máquina de escribir, sobre el cinc de las ventanas.

Sin el aliciente de la calle y por primera vez metidos en el confesionario del cuarto del hotel, sin todo aquel acompañamiento que hubo para él en aquellos días enteros que estuvo con ella en la casita de Madrid durante su falso viaje, fué viendo Rodrigo la verdad, otra verdad... ¿Quizás la definitiva...?

Ella misma no sabía quién era. Rodrigo la veía mirarse las piernas con pasmo porque se resultaba bastante incomprensible a sí misma.

¿Cómo llamar a aquella mujer? ¿Cómo despertarla?

—Y tú qué desearías llegar a ser—la había preguntado un día.

—Lo que soy—respondió ella.

Se veía que se escondía de sí misma en su luto, que se encubría, que sólo ansiaba sonreir vestida de luto ante los espejos, que se había hecho medio monja, medio mujer coqueta.

Estaba ciega para el amor, aunque se entregaba a él como quien se baña.

Después del desengaño de la primera época de su vida, no había sabido encontrar la verdad de su feminidad.

A ella misma se la veía asombrada de ver pasar bajo los puentes de sus ojos la blancura de su carne y la incitación que en ella había y que Rodrigo ponía de manifiesto con las frases de que él se avergonzaba después, pasado el momento en que la vida se muestra como torrente, como catástrofe final y como embriaguez.

En la soledad de aquella habitación trastera del mundo que era el cuarto de París, notaba Rodrigo, con más fuerza, la falta del sentido del amor en Cristina.

No podía amar, y lo decía toda ella como una mujer que dijese: «no puedo oir» o «carezco en absoluto de olfato».

Rodrigo la miraba con ganas de llorar, encarnizado realmente con ella, esperando que como los «tus» que se la habían escapado en sus diálogos algunas veces y que él no había querido recoger ni subrayar, porque habían sido involuntarios, se la escapase el amor por primera vez y surgiese en ella la gratitud ue merecía por aquella contemplación a que se dedicaba Rodrigo, día tras día.

¿Cómo hacerla encontrar su perdida feminidad rica en algazaras y en grandes falsedades?

Sólo había un medio que él no podía intentar: prostituirla. Las que se lanzan a la noche están plenamente desengañadas pero con el ludibrio de todos, con la espantosa mentira apasionada de todos, forman una especie de sensibilidad que de vez en cuando dan a alguien. La sensibilidad que sale de uno mismo ya no la tienen y cada vez la embota más la abyección y la brutalidad, y sólo muy de vez en cuando, se encuentran con ese poco de sensibilidad que regalan a su mejor perro. La mentira continuada y esa falsa pasión que todos ofrecen a la prostituta sumada al estertor que dejan en sus brazos los que van pasando por ellos, crea cierto sentimientalismo en las más desorientadas.

Cristina no tenía otro remedio que el ser empujada a la admiración de todos, el ser llevada a la tertulia del mundo y él haciéndose el distraído, dejar que se cebasen en ella los ataques apasionados a la viuda, hasta lograr que aprendiese de nuevo que hay que asumir una mentira que es como una verdad después de todo, una mentira que hay

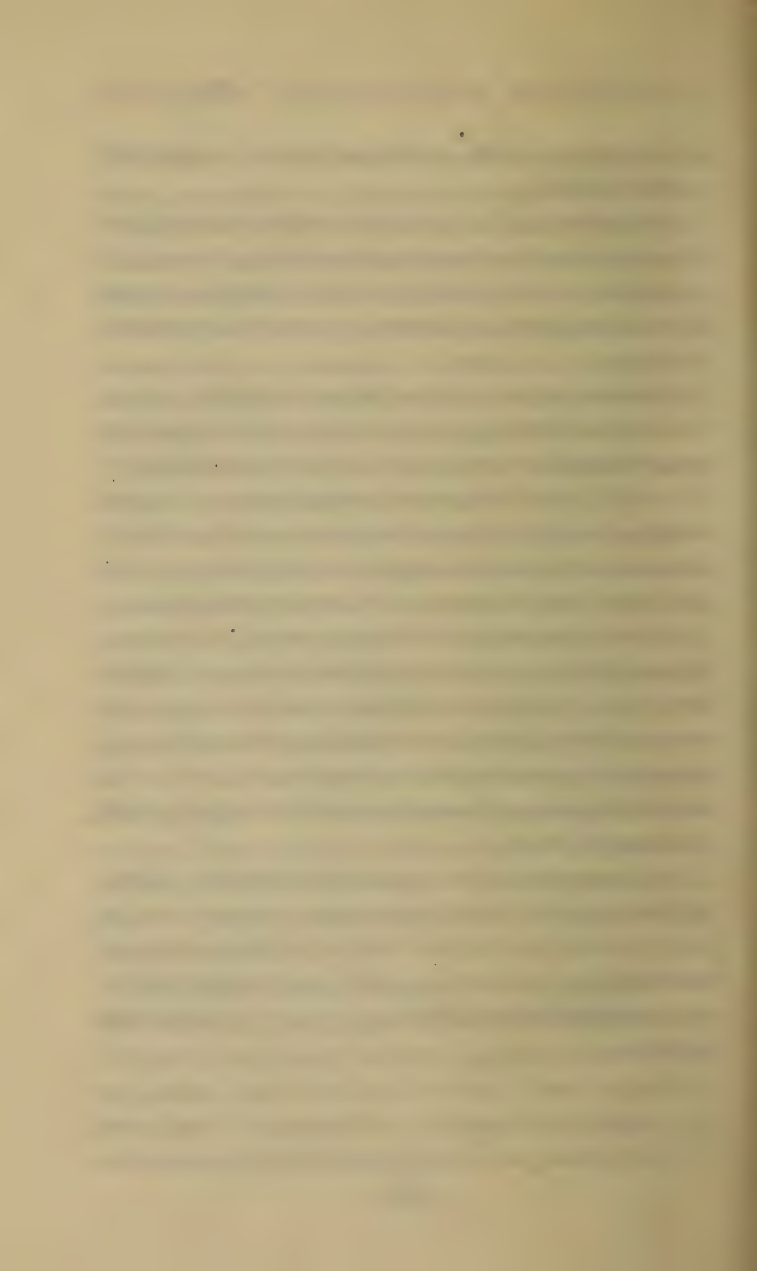
que aceptar en alguien, y a la que hay que corresponder de algún modo.

No la aclararía él lo que había encontrado por fin en ella, cuyas miradas eran como letra muerta. No se lo diría, porque quizás, llegando a una mayor lógica, dándose cuenta de su estado, comenzase por romper definitivamente con él.

No serviría de nada gritarla hasta desgañitarse, ni serviría tampoco discutir con ella. Había que robar el placer a su cuerpo blanco, como si en la sala de las estatuas del Museo del Louvre hubiese una estatua de carne palpitante, cordial, y con calor en sus entrañas, aun dentro de su indiferencia para el amor y para la vida. Sí, abuso de violador de una mujer de Museo, era el que cometía Rodrigo.

Pero no había medio de dejar de cometer la desaprensión que había en perpetrar aquellos amores sin correspondencia. Abusaba de una idiota para el amor, y muchas veces sentía vergüenza de las miradas frías que ella le dirigía en los momentos más apasionados, pero no se las reprochaba para que no resultase más insincero y más falso el acto del amor.

Por eso a veces se había prometido abstenerse y besar sólo su mano, radicar todo su placer en enterarse de su belleza y después dar un beso como en el blanco guante de cabritilla de su piel, pero no había podido, había aceptado la impasibilidad de Cristina, había creído en sus simulaciones.



XXX

EL TEATRO DE LAS VIUDAS

Cada vez era más viuda, como si se fuese secando su corazón, como si eso supusiese que se petrificaba.

La veía Rodrigo contenta de ser viuda, de ir vestida de viuda, con la misma injusticia con que la que profesó, se va olvidando de sus padres, hasta suceder que alguna vez no sale al locutorio para recibir su visita.

Lo que se acentuaba mucho en ella, era su viudez y el contraste entre lo blanco y lo negro. Lo blanco que representaba aquella sinceridad, aquel entregarse que disfrutaba Rodrigo, y lo negro, que era lo que no se sabía, aquella especial astringencia de su espíritu, su no creer y no esperar en nada, su imposibilidad para la ingenuidad y el amor.

—«¡Cómo en el trato con la mujer hermosa y seria, se queda uno sin mujer!»—pensaba Rodrigo.

Y, sin embargo, la excitaba para hacerla mujer, porque no deseaba otra mujer que ella, porque se había empeñado en que fuese ella.

Su rostro blanco era como la cicatriz de su luto; tenía todo él, de un modo parejo y terso, calidad de cicatriz.

—¡No ves que para mí no hay día con luz! ¿Por qué no te quitas ese luto? Te regalo el traje que quieras de los

que lucen en los escaparates esas mujeres de cera que me parecen más vivas que tú, aunque sean maniquíes.

—He dicho que no... Sería una prostituta con un traje de color; me sentiría humillada y buscaría las miradas de los hombres—contestó ella plástica y erguida, dentro de su traje clerical, dentro de las sotanas de su luto.

Tan obsesionada estaba por su viudez, que había soñado una de aquellas noches que estaba en un pueblo lleno de viudas solas.

Así, llegó otro día lluvioso en que ella le dijo:

—Me voy un rato a San Sulpicio... Quiero rezar a las imágenes de París, para que me conozcan y me protejan.

A Rodrigo le dió miedo verla perderse en aquella iglesona feroz, destartalada, como un gran depósito de agua, como la eleantiasis de una iglesia vulgar, que sin su eleantiasis, en pequeño, no hubiera resultado tan amenazadora, tan gran estancia ahumada y chocarrera, pero aun con todas sus aprensiones, la dejó irse.

Cuando desde la ventana de su hotel vió el día gris, empozado, griposo y vió a la gente que salía un momento a los portales del teatro Odeón en un entreacto de la matiné, pensó en un teatro que con la facha de aquél se podía llamar *El Teatro de las Viudas* y al que Cristina había ido sin duda aquella tarde y no a San Sulpicio.

Pensó que se había acicalado mucho y llevaba el bolso grande, el bolso para los teatros. Echó un vistazo al fondo de la habitación buscando los gemelos de teatro y no los vió.

Viendo las columnas del peristilo del Odeón, esas columnas que tarda en pasar de lado a lado el que sube las

escaleras de ese templo dramático, Rodrigo pensó mucho en el Teatro de las Viudas.

Lo veía atestado de manchas oscuras con escotes en triángulo blanco, sin hombres junto a ellas, un teatro todo de palcos, sin butacas en medio.

El drama era un drama de mujeres solas que glosan la desgracia y la felicidad de su estado; dramas en los que el conflicto son las grandes contradicciones entre unas viudas y otras y el que todas quieren dar más importancia a cada uno de sus difuntos.

Rodrigo tenía la doble imagen de el teatro Odeón, y de aquel segundo teatro Odeón, que era Teatro de las Viudas. Veía los dos teatros al mismo tiempo y como delante de sus ojos, como cuando apretando los ojos para despejarlos, hemos visto dos imágenes de lo mismo.

En su falta de voluntad para hacer nada, mientras ella volvía, siguió mirando la realidad del teatro de enfrente, tomando de su realidad y de su posibilidad elementos para ir evocando el templo de las viudas.

Poco a poco veía más detalles de aquel Teatro; sus terciopelos negros, sus gatos negros, su telón en el que hay pintadas esquelas de defunción antiguas en vez de anuncios, siendo la embocadura y el telón, la mayor esquela del mundo.

Es algo cinematográfico por como evoca y varía de tiempos y de todo, ese espectáculo del misterioso Teatro de las Viudas.

—Ahora ya debe estar comenzando el acto tercero—se decía Rodrigo, metido dentro de la fábula del Teatro de las Viudas, como en una verdadera pesadilla.

Y veía el teatro aquel, aquella especie de Gran Guiñol para las viudas, en el que todas ellas se transportaban a día de la agonía de su difunto, a la hora más juvenil de su vida. Sólo se elevaba en el centro de la escena, el lecho o el catafalco del protagonista muerto.

Rodrigo, puesto a fantasear en aquella tarde naci da para grandes evocaciones y sombrías reflexiones, sin encender la luz de su cuarto, mirando siempre la cara del atardecer lluvioso, del atardecido estrellado, cordial, metido en agua templada en que el alma se daba un baño debilitante, veía los brazos blancos sobre los balustres de los palcos, y en las manos los programas de la fiesta, igual que recordatorios, con la palma y la cruz de los recordatorios, cuyo relieve tocan las viudas como ciegas y a los que da brillo el polvo de azabache de las salvaderas como es de ritual espolvorear en las imprentas los recordatorios...

—«Ya debe estar acabando todo. Esta es la hora de los aplausos, apagados aplausos que lanzan las manos enguantadas de negro» - se dijo Rodrigo.

Del Odeón comenzaba a salir la gente, como quienes salen de la novena, bajando las escaleras con esa arbitrariedad que dignifica un poco a las multitudes y que las hace bajar oblícuamente los peldaños, describiendo transversales oscilantes, torciéndose en su descenso, irradiándose en forma de abanico, como si en las salidas de teatro se hubiese encendido por un momento el foco de la multitud.

«A esta misma hora sale ella de su teatro —acabó por decirse Rodrigo, y en efecto, al poco tiempo estaba allí,

más contristada que de costumbre, pero como más valerosa, más sarcástica, como si hubiese cobrado ánimos en la representación.

—¿Qué tal el Teatro de las Viudas?—la preguntó Rodrigo sin poderse contener.

—No está bien—le repuso ella que llame así al templo de Dios, que es el único sitio en que la viuda deja de ser viuda...

—¿Y cómo deja de ser viuda?

—Porque contrae nuevo matrimonio con Dios... Yo sólo los días de comunión cambiaría mi traje negro por uno blanco. Es el único día en que me parece impropio ir de negro ..

Rodrigo guardó silencio y guardó, en el sitio que hay en la memoria para las cosas imperturbables, el recuerdo de aquella tarde de París en que su viuda había ido al Teatro de las Viudas.

XXXI

¡OTRA VEZ!

Rodrigo llevó a la Viuda Blanca y Negra al comedor del Gran Restaurant, lleno de espejos, metido en una caja de espejos que hacían en el techo un efecto cómico, como si las cabezas de los comensales, sobre todo las calvas, hubiesen subido a lo alto como los globos de los niños que se escapan al techo de las grandes habitaciones y forcejean por poderlo levantar.

Primero hubo una gran expectación por la viuda española, alta, morena, con traje de amazona de la viudez más que de viuda. Cristina avanzó moviendo las faldas de la levita como la amazona que hace bailar a su caballo a compás de una música lenta y caracoleadora.

Se sentaron, y cuando ya habían hecho el menú entró en el restaurant una magnífica viuda de Francia, rubia, alta también, también amazónica y haciendo bailar también a su caballo blanco otro baile de circo, más lleno de saludos y menos adusto que el del caballo de Cristina.

El público se dividió entre las dos viudas. Parecía que apostaban por una o por otra.

Rodrigo hubiera achuchado a su viuda contra la otra, y para que no se prevaliese la otra de que Cristina estaba sentada, la indicó que dejase su collarín de plumas en

la percha. Cristina, que con esa callada intuición de las mujeres se imaginó por qué le pedía aquello Rodrigo, se puso de pie, alargándose hacia lo alto y dejando el collarín colgado.

La otra viuda, que se iba a sentar, se quedó de pie un momento más, y por un instante contempló todo el restaurant como se medían las dos viudas.

Se vió que el premio lo merecía la morena, porque la francesa faltaba a algunas leyes de la viudez y sus ojos eran azules y su pelo rubio, como descuidos y alivios en el luto perfecto. Los cabellos negros de Cristina y sus cejas negras como grandes paréntesis que concentraban así sus ojos negros, eran tan superiores aun bajo el luto, que no admitían comparación.

La viuda rubia lucía, sin embargo, las glorias de Francia, y llevaba la tradición hasta de las grandes reinas viudas.

Rodrigo miraba a su viuda con admiración de representante de la empresa por la gran trágica que le invitó a comer. Ella, nerviosa, aturdida por las excesivas miradas, demasiado recopiada por los espejos, había cometido una indiscreción:

—Tráigame —le dijo al camarero de pronto— una concha de besamel con su infiernillo correspondiente,..

—¿Qué es eso? —preguntó Rodrigo sorprendido.

—Es la especialidad de la casa—dijo el camarero.

Rodrigo guardó silencio, dejó el cuchillo con fuerza sobre la mesa, y la dijo:

—¿Cómo sabías eso...? ¡Tú has estado otra vez...! ¡Otra vez!

Ella callaba, y cuando el camarero trajo la concha con el infiernillo ella la dejó recalentarse un minuto y después metió la cucharilla en la especie de sesada que contenía.

—¡Has estado otra vez!--repitió él.

Ella, silenciosa, con ese cinismo irritante de la que come mientras se la regaña, apagó el infiernillo como si apagase así la ira sorda de Rodrigo, pero el infiernillo se encaró con ella y el restaurant presenció aquel pugilato entre la pasión y la mujer que, al fin, sacando todo el aire de su ser, hasta el reservado en sus senos, consiguió apagar el alcohol.

Con la concha en la mano parecía una sedienta antigua, una figura de cuadro simbólico.

Rodrigo, acrecentado, nervioso, sus ojos con más luz, como si hubiesen dado salida a su torcida, repitió;

—Tú has estado otra vez...

Ella, lívida, dejando caer la concha en que escarbaba, como quien deja romperse la pátera en que bebe, le dijo:

—Silencio... ¿No vé cómo nos miran todos...?

Rodrigo volvió la vista en derredor y vió cómo todas las miradas estaban fijas en ellos.

—Tú has estado otra vez —replicó Rodrigo—. Confiésalo.

Ella no se inmutó y procuró seguir rehecha, porque aún les miraban algunas gentes con esa mirada que luce sobre una boca distraída, la mirada que ponen los perros que roen un hueso. Todos tenían el gesto perruno de mirar al que había hablado violentamente como si pudiese ser el que les quitase las ostras aún no acabadas.

—Te digo que has estado aquí otra vez —la repitió él.

Ella entonces con gran disimulo le dijo en voz baja:

—Sí, he estado con mi marido... Aquí pasamos la luna de miel... Usted comprenderá que lo he callado por consideración, ya que yo no podía hacer que eso no hubiese pasado.

Rodrigo, ante aquella confesión plena se quedó aplanado, echando limón sobre las ostras vacías.

Cristina sintió de pronto que se iba comiendo lo que de nuevo había sido depositado sobre la pila del agua bendita de todos, la pila llena y vaciada todos los días, la misma para todos los tenedores y hizo un asco con algo de escalofrío, pudiendo más que ella su golosinería y volviendo a usar la cucharilla.

Rodrigo no podía comer ya. Veía su viaje chafado por aquella confesión; veía una vez más cumplida su sospecha y temía que por lo mismo él la esperase en Madrid al volver.

Lo que no había pensado antes lo pensó ahora. «Se aprovecha —se dijo—. Es la mujer que se aprovecha».

Miraba con repugnancia cómo se comía la concha de besamel. Ella, que lo notó, se limpió los labios con lentitud antes de acabarla, y dijo:

—Ya no tengo ganas.

Tomaron cualquier postre para que no acabase la comida en punta, y se fueron como enfadados, sin contestar a los saludos, queriendo abrir la puerta con empeño hacia otro lado que hacia el que se abría.

En la calle, Rodrigo, como quien respira, la dijo:

—Qué hipócrita has sido conmigo...

Ella le miró, lanzándole una mirada en zig-zags, como un rayo, y le dijo:

—¿Si le hubiese dicho que ya había venido, no me habría traído de todas maneras?

—Sí, pero habría pronunciado otras palabras.

—¿Y por haber tenido que hablar de otro modo, se enfada? ¡Valiente hombre!

—Es que he hablado como un cándido, como un tonto; es que te he explicado cosas que ya sabías, es que veo que te has burlado de mí mientras te las explicaba.

—¿Es que cree usted que él me explicó alguna cosa...? Creáme, Rodrigo, que le he oído con la misma inocencia que si no hubiese estado nunca...

—¡Por eso sonreiste cuando te enseñé el Sena y te dije el nombre del puente! De sobra lo sabías. Ha sido un engaño inútil, y por eso me indigno más.

—Si le indigna tanto, podemos volvernos mañana a España—contestó ella.

Anduvieron en silencio un largo rato. Iban hacia su hotel con el arrebato de los que han comido bien y han disputado en la sobremesa.

Aquel París que él la había enseñado, lo había transitado ella en el automóvil enloquecido del marido que también quiere que parezca que va con una amante y no con su esposa. Veía las raudas circunvoluciones del automóvil de su viaje de novios. Ya su pasado enmarañaba la línea recta de sus excursiones por París, y ella misma paseaba con el otro, en el automóvil que les iba a atropellar inminentemente.

La viuda, que en los enfados tomaba mayor rigidez y

se enclaustraba más en sus tocas negras, andaba por París como por los claustros de su soledad.

—Todo el mundo mira que vamos enfadados—dijo Rodrigo.

—Y es verdad—contestó ella sin mirar las cosas, para que él viese que le era tan indiferente el recuerdo del pasado como el que se trama a cada paso del presente.

Llegaron al hotel, y Cristina se fué a su cuarto, quedándose Rodrigo en el suyo. Habían estropeado el domingo.

¿Dormiría sólo aquella noche en la cama de su cuarto aún sin estrenar y cuyo engaño debía de haber sorprendido el criado, porque como no se habían ensuciado las sábanas, no había sido recambiada su ropa blanca el día en que habían sido mudadas todas las demás camas del hotel?

«Después de todo, lo que ella había dicho era verdad... —pensó Rodrigo—. Si él hubiese sabido que ya había estado otra vez, de todos modos la habría llevado y habría sentido el mismo encanto de pasearse con ella por París...»

Se quedó un rato muy irresoluto en su cuarto pero pronto se dirigió al cuarto de ella.

«¡Después de todo tengo que aceptarla viuda porque lo es! ¡Y si paso, y he pasado por todas las cosas que eso significa, ¿esta nueva trápala que más dá?»

Llamó a la puerta y ella con su impasibilidad de siempre, contestó:

—Me había acostado, pero voy enseguida.

Rodrigo oyó el ruido de féretro removido que producía la cama y vió a un caballero acostado en ella, un caballero que se escondía bajo el embozo pegándose al lado de

la pared. ¡Iba Cristina a pasar la noche entre los dos!

Por fin se oyó el pesado retumbar de los pies en el suelo—porque los pies descalzos dan toda la sensación del peso total de la figura y de lo maciza y de lo apetecible que es—y se abrió el pestillo y después el picaporte.

Rodrigo entró y ella corrió hacia el lecho como huyendo de los ratones del suelo, como yendo a reunirse con su egoísmo acobijado en un rincón de la cama, como madre que se ha levantado a dar de mamar a su hijo y vuelve corriendo a meterse en el sobre de la cama.

XXXII
VUELTA

Llegó el día en que el billete de vuelta se queda chiquitito, regastado, consumido, hasta sospecharse que no servirá para hacer el viaje de retorno.

Dejaron detrás el París de ventanas desconsoladas, dormidas y en los letreros de cuyas calles, pone siempre algo así como «Calle del Judío Errante».

Ya en el tren se sintieron atemorizados de tener que volver, de tenerse que separar al llegar a la estación; el viaje fué una especie de idilio postrero, pues ya él de luto podía imitar al marido, que renueva por último la luna de miel al volver de ella.

Esos viajes de vuelta entre amantes, tienen algo de ruptura, de ir a acabar al llegar al punto de origen. Se han desengañado bastante y el matrimonio no les obliga a aguantar las consecuencias de su experimentación.

Sin embargo Rodrigo volvía encantado de ella, con ilusiones de continuidad por gracia de aquellas cosas de cadáver bellísimo que tenía Cristina. Cada condescendencia de ella, tenía el valor completo de la muerte llena de pasión.

En el vagón se acentuaban sus encantos y volvía a ser la incógnita y Rodrigo notaba cómo miraban por entre las rendijas moradas de las ventanillas que daban al corredor, los hombres zancones y los adolescentes descu-

biertos en todo lo que tienen de señoritingos litres, gracias a la larga intimidad del viaje.

No le gustaba a Rodrigo que la mirasen en aquella intimidad de mujer en el gabinete de su casa, sin sombrero, leyendo revistas, mirando lánguidamente por el balcón.

¡Pues y sus medias caladas!

En el vagón tomaban una importancia irresistible, de tal modo, que si hubiese podido él, se las habría hecho cambiar. Sus piernas alborotaban, tenían gestos danzantes y no podían ser guardadas debajo del asiento. A todos se les escapaban miradas hacia lo bajo, se les iban los ojos, tenían que bajar las viseras de sus gorras y para evitar que se viese cómo eran atraídos por las piernas imantadas tenian que ponerse a leer en falso los periódicos aburridos.

Según todos iban languideciendo con el viaje, las piernas de Cristina tenían el vigor irresistible de su belleza, y las medias la brillantez inmarchitable de su seda. No tuvieron tregua, no se fueron volviendo más discretas y soportables durante todo el viaje sino que con una resistencia y una incandescencia admirable fueron lo que animó el vagón. Todo se aja en el largo viaje menos la pulimentación, y la plasticidad de las bellas piernas que son como de piedra dura.

Hasta cuando tomó el coche para su casa en la estación de Madrid, las piernas de Cristina eran como una luz, eran como las de las jóvenes de vida alegre que recién recompuestas, con una alegría que acaba de amanecer, se dirigen a la Bombilla cruzándose con los coches que suben.

XXXIII

UNA ESQUELA Y UN RETRATO

Cuando al día siguiente fué a casa de Cristina, Rodrigo encontró lo pobre que era la familiaridad que todo aquello tenía con él.

Al entrar en el gabinete de siempre notó lo insoportable que era su luz, y cómo se mezclaba un arrope de confección casera al ambiente de las habitaciones. Había aceite concentrado de muchos días, olor a suelos recién fregados, insoportable olor ensalivado de los cristales con humedad, de los cristales recién limpios con los trapos no muy propios de las criadas sucias.

Cristina salió enseguida y le abrazó con un abrazo de brazos que se doblan con la fría regularidad de los ángulos rectos. Sus codos puntiagudos revelaban más la frialdad de su dibujo.

Rodrigo se sentó al lado de ella y la dijo:

—Te encuentro triste .. Tú has recibido una mala impresión al volver.

—No, nada... Lo de siempre...

Hicieron una pausa. Por el balcón sin visillos -estaban a lavar porque no se le había ocurrido eso antes a la criada—se veía la plazuela de enfrente, desolada, despejada, con su colegio de arbolillos.

Ya la naturaleza se había puesto rubilla. Los árboles estaban tristes y mustios. Se sentían débiles. Iban a morir de la tuberculosis otoñal.

Una ligera nube amarillenta atravesaba el cielo de la tarde.

Ya casi no se asomaba nadie a los balcones, y los cristales comenzaban a dar frío y grima invernal.

Rodrigo tenía miedo de algo. Iban a entrar en una época seria, honda, en que las mentiras de aquel amor tan falso iban a quedar desvirtuadas.

No sabía por qué se sentía brusco y como ofendido por aquella tristeza que encontraba en ella. Por eso la dijo de sopetón:

—Parece que tienes interno a tu marido, no se sabe dónde, y que todo lo haces por él... Parece que eres viuda de un loco, y medio le respetas y le eres infiel... Parece que eres viuda como esas amas de cría que sirven para poder enviar algo a sus maridos...

—Por lo mucho que le he pedido a usted.

—No es eso... No es que me hayas pedido nada... Pero es que tienes un egoísmo lejano con el que está en relación tu luto.. Haces penitencia para algo que no soy yo... Te quedaste pensativa en una cosa hace no se cuánto tiempo y parece que ya nada te podrá sacar de esa actitud.

—No... No es eso—dijo ella sin perder su compunción.

Rodrigo volvió a Cristina los ojos, muy de frente, estudiando aquella impresión de tristeza que hacía caer su boca con flacidez de dolor. Algo había pasado.

—Mira, si no comienzas a ser sincera yo ya no podré

aguantar mis recelos, tus ocultaciones, tu hipocresía—dijo Rodrigo.

—No me ha pasado nada...

—Te ha pasado... Dímelo... Si desmientes algo que hayas dicho, lo mismo da, no te perseguiré porque me hayas engañado... Comienza a hacerte verdadera alguna vez... ¡Cómo blanquea la mentira hasta tus dientes!

Ella se echó a llorar.

—No lloras por lo que te he dicho, ya lo sé... Lloras por lo que te ha pasado...

Ella seguía metida en la rosca de sus brazos, en el centro de ese brocal de negruras consoladoras que fabrican los brazos de la desconsolada.

Rodrigo se acercó a ella y cogiendo su cabeza por las sienes se la arrancó al duro encajonamiento que sufría empotrada entre los brazos. Ella le miró desencajada.

—¿Qué has encontrado al volver? ¿Alguien te amenaza con tornar?

Ella, dándose cuenta de que él sospechaba algo que ya no estaba bien que sospechase, y como queriendo darle confianza, contestó:

—No es que tema a nadie. «El que podía venir ya no vendrá nunca». He encontrado sobre mi mesa una esquela de defunción.

—¿De él?

—Sí. ¿Pero cómo sabe que es de él?

—Lo he sospechado siempre...

—¿Sospechaba que vivía mi marido?

—Sí.

—Pues ha muerto... No me ha impresionado la noticia,

pero tengo el deber de cierta tristeza... Así como sus parientes, por no dar qué decir, han escrito en la esquela: «su desconsolada esposa»; en mi corazón por no dar qué decir, por no darle qué decir a usted mismo cuando supiese lo que ya sabe, he tenido esa melancolía que le juro que no siento...

—¿Cómo? ¿Cómo me vas a decir que no compartes un sentimiento de tu propio corazón?

—Será todo lo extraño que quiera, pero no lo comparto...

—¿Y por qué me engañaste?

—No le he engañado... Le he ocultado una cosa irreparable. ¿Es que no me hubiera aceptado lo mismo, de saberlo?

—Me repites lo mismo que me dijiste en París a propósito de otra cosa... Y yo te repito algo parecido a lo que te dije entonces... Te hubiera amado de otra manera si no hubiera tropezado en ti con esa mentira que se escondía de mí... Ahora te puedo decir que le he visto rondarte siempre...

—¿Le ha visto?

—Claramente, no, porque no se siquiera cómo es...

—Pues pudo verle, porque alguna vez rondó la casa. ¿Se acuerda de aquel día en que yo rompí el cristal del balcón al meterme deprisa y corriendo dentro de la sala...? Es que él pasaba...

—Sí. Me acuerdo de aquel día en que te pusiste más pálida que nunca, y yo lo achaqué a que te habías cortado y perdías tus tres o cuatro únicas gotas de sangre... ¿Por qué me has engañado tanto...?

—Nunca le engañé... Para mí había muerto él hace mucho tiempo, desde que me vestí de viuda...

—Pues ya debía haber prescrito tu luto...

—No... Eso no... Quiero mantenerle bien muerto siempre... Quiero hacerle el desprecio de mi luto, que además es el traje de la mujer libre que no quiere bromas, que puede ir seria y adusta por la calle...

Se hizo una pausa, la misma pausa de siempre en que ella se erguía como la señora de su casa a la que no la importa quedarse sola sentada en el sofá y con la vista perdida en la nada, magnetizada con la nada.

—Bueno... ¿Y un retrato de él? Quiero conocerle al fin...

—¡Y para qué! ¡Le tengo tan olvidado! ¡Va a estar tan olvidado y desaparecido del mundo dentro de unos días!

—Es justo que te lo pida... Así sabré algo cierto sobre ese hombre... Algo que tú me confieses...

Iba a decir «ese hombre que te maltrató», pero generoso y un poco compungido no quiso soltar la confidencia.

Ella se levantó y buscó el retrato en un cajón de su *secretaire*, acabando por entregar a Rodrigo un retrato largo y estrecho, el retrato de un ser repulsivo con trazas de torero, con sombrero de ala echada sobre los ojos.

Le sorprendió a Rodrigo ver que se había imaginado aquel tipo, aunque no con tan aguda antipatía, con aquellos ojos enfermos, quizás un poco bizqueños.

Se había quedado en aquel retrato con la pachorra que le caracterizaba, plantado, vivo para mucho tiempo, con su aire petulante de hombre que va a dar el mismo retrato a la mujer y a su amante la gitana.

Tenía el traje claro del que pasea, sobre todo, por las calles de la mañana. Se había retratado con el sombrero puesto, mala señal de grosería cuando el sombrero no es el sombrero de copa.

Tenía el retrato una gran realidad de hombre que ha existido y que ha mirado a su mujer con esos ojos chupa-rrones. Miraba con las mejillas empomuladas, llenas de besos de ella. Tenía en el retrato la fanfarronería de haber recibido besos de Cristina.

No podía habérsele presentado un ser más en contra suya. Era su tipo extremo. Era como si en la colección de retratos del mundo hubiesen buscado el que le podía resultar más atrabiliario.

Tenía en el rostro la tristeza de haber sido un borracho de todas las noches y un dormilón de todos los días. Quizás a aquel tipo de idiota, de mejillas suaves, de nariz oliscona, de ojos bizcos al mirar el pecho a las mujeres, lo había visto alguna vez por los paseos públicos. Tenía calidad de ventosa, y desnudo le debía salir una carne de sapo, de panza de sapo.

Sí, era el tipo que más había temido que fuese el marido de Cristina, tipo cobarde, que dice al oído de las mujeres que él es un hombre, para diferenciarse de los que son además de hombres muchas cosas más.

El rencor, que hace apretar los dientes, se despertó en Rodrigo, y devolvió el retrato a Cristina con un gran desprecio.

Ella, como quien quiere reponerse y reponer al otro, dijo con optimismo:

—¡Al fin, libres!

—Lo dices como si le hubieses matado tú... Es lo único que te podía haber disculpado de haber hecho caso nunca a un tío tan mal encarado...

—Y lo he matado yo...

—¿Cómo?

—No volviéndole a ver... No habiendo querido volver a verle... Sólo eso le ha matado.

Estuvo dicha con tan gran entonación aquella frase que Rodrigo se calló impresionado.

Con palabras banales, con alguna vaga esperanza para el porvenir y con algún recuerdo de París llenó la velada. Después se fué.

«Se necesita poder despreciar por algo a la mujer con la que se está—pensaba Rodrigo al salir de casa de Cristina—y tener razones para apartarse de ella.. Así no se deja detrás esa mujer tonta, insignificante y bañada en lágrimas, que se deja en los otros amores, en los que hay que cometer la injusticia de despreciar a la mujer, aun habiendo sido casta y fiel».

La viuda blanca y negra era despreciable por aquel engaño, por aquella doblez de su luto, por haberse puesto disfraz de mujer libre cuando no lo era, por haber amado a aquel hombre avieso.

XXXIV

FINAL

Surgieron esos días de frío a finales de verano que son de tanta atrición para los corazones.

Días de jersey de seda negra, destituída ya la bata, porque por ella entra el viento que hace volar las cortinas de los balcones.

El había perdido todo el aprecio por Cristina, porque el recuerdo de aquel hombre borraba toda simpatía por lo que le perteneció.

Una tristeza como la de la ictericia le comenzó a dominar. ¡Que hubiera sido la de aquel chulón la sombra que se movía a su alrededor! ¡Hasta la blancura de ella se contagiaba de la de aquel hombre muy blanco y con mejillas de una horripilante suavidad de carne con lunares y berrugas!

Además había perdido Cristina el interés del fondo pasional que ponía detrás de su vida el que su marido viviese, al ser verdadera viuda ya, al no tener aquel peligro, aquel sombrío vigilante de sus idilios.

Los muertos no le interesaban. Eran, a lo más, sobones, mirones, entrometidos y se avenían bien a una tercería repugnante. Aquel sería un espectro abominable, consentido, visita eterna del gabinete. Ya no le podría cerrar la puerta y sería el pelmazo inaguantable.

Rodrigo se ahogaba en el asco a aquel hombre. Cada nuevo día daba con más flojedad sus besos en las mejillas contagiadas de Cristina.

El luto de la viuda blanca y negra, se había descolorido y llenado de una certidumbre vulgar.

Rodrigo notó que con todo el odio que ella había declarado por él, había habido lágrimas secretas en las soledades de aquellos días. Aquello le tenía irritado. ¡Lágrimas por aquel mastuerzo con mirada de escarabajo!

Iba cada día más tarde y estaba menos en casa de Cristina. A donde iba era a los paseos en que había aún un último sol de verano para desinfectarse, para quitarse el olor fuerte a la viudez de viuda que como una sórdida neftalina, se había agarrado a sus ropas y a su alma.

Ya, claro está, había guardado su traje de luto para no ponérselo hasta no tener alguna desgracia familiar.

No saldría ya con la viuda, porque hasta el salir con su recuerdo le resultaba triste como si fuese siempre con paraguas.

Encontró la repugnancia de aquella mujer, y la tristeza que había en su trato.

Sus propias bellezas se volvieron contra ella. Su luto le parecía ahora inmerecido y su blancura, como la que desangran los vampiros mientras las mujeres duermen.

Le pesaba, le abrumaba aquella mujer como una corona de esas que se metían en un cuadro de cristal y que apesadumbraban antes, las casas de nuestros abuelos.

Después de aquella sorpresa quería librarse de ella, no la podía perdonar, se sentía hastiado.

Dejaba, sin embargo, que se justificasen un poco más

las cosas, que llegasen los primeros días del otoño.

En los primeros días de otoño, se iba a agravar. Tendría que pasar todo un invierno para volver al verano confidencial y desarropado, un invierno en que su «pena» volaría en los paseos movida por el viento desesperado del invierno.

Rodrigo se sentía violento, irremediablemente violento. Veía cómo había vuelto a recuperar su sitio aquel hombre abominable, que en vez de rostro tenía el mascarón lívido del hombre que es un bestia. Lo veía al lado de ella cuando entraba en la visita. Le parecía ver que la daba la razón a ella cuando él la llevaba la contra.

—Bueno—la dijo de sopetón una tarde de aquellas—. Ahora dejarás de ser viuda y de llamarme de usted...

—¿Qué?—contestó ella, que no estaba preparada para la violencia.

—Que te quitarás ese traje y me llamarás de tú.

—No pienso... No he variado nada... Yo seguiré siendo la viuda siempre... Lo era antes de que él muriese...

—Mira, déjate de sandeces... En ti no habrá variado nada, pero en mí ha variado todo al ver el retrato de un hombre tan repulsivo... Yo necesito que no le guardes luto... No lo merece, no puedo ver con tranquilidad que le tienes esa consideración...

—No es por él... Es por mí misma... Me siento más defendida contra todas las faltas de respeto... Es además una promesa.

—Esas son frases... El caso es que yo veo que llevas luto por el ser que más me podía estomagar...

—Eso no es cuenta mía.

—Por un hombre que te pegaba las grandes palizas...

Cristina cerró un momento los ojos como si bajase el telón sobre su actitud pacífica y siempre erguida, y cuando los volvió a abrir la decoración había cambiado y contestó con violencia:

—Lo que usted no es capaz de hacer.

Rodrigo no supo qué contestar. Había hostigado tanto a la mujer que allí estaba ya, sin la impasibilidad y la falsa dignidad de la viuda, sino con el desplante de la manceba digna del peor hombre, digna de las antiguas palizas, ya que nadie la podría dar las nuevas.

—Eres digna de él—repuso al cabo de un rato Rodrigo, que quería agotar la escena.

—Pero en cambio usted no es digno de mí—contestó ella.

Rodrigo sonrió con odio. Sangraba odio por toda la cara.

—Pedías auxilio y toda la vecindad te compadecía... Mal hecho, te merecías los bastonazos que él te daba con su bastón de tío jacarandoso... Pero despues de todo, ¿cómo te voy a pedir un poco de alma si aquel tío tan antipático te mató el alma de una paliza?—continuó Rodrigo—...

—Cada vez tengo menos ganas de hablar... Si se vá, váyase, pero sin violencia...

—No puedo marcharme sin violencia... No podría saber si me escuchas, si te enteras bien, sino apelase a la violencia... Ya que eres incapaz de echarme los brazos al cuello y desagraviarme, quiero que me eches de tu casa...

Cristina, fuera de sí, se puso de pie y gritó:

— Márchese... Márchese... Él me insultó y me pegó, pero

no se valió del ejemplo de otro para hacerlo... He echado de menos con usted, caricias como aquéllas...

Rodrigo vió delante de él a la mujerzuela de siempre. Contra las grandes repugnancias de la vida, hay que estar solo. Una mujer nunca vengará ni compensará al hombre de tener que ver a ciertos hombres, nunca sabrá despreciarlos bien.

Todos los encantos estaban rotos. Ni era la mujer delicada y noble, ni era la viuda indecisa, aquella viuda problemática que le turbaba con su estado dudoso.

Ahora él, irremediablemente, la gobernaba desde su infierno y había entrado a tomar posesión de la casa, repasando todos los objetos que no había tocado hacía tiempo.

Sentía que estaba roto todo entre los dos, y sin embargo, temía dar el paso hacia la puerta como si ella pudiese atacarle entonces por la espalda con desesperación.

Iba rasgando su aprecio por ella al mirarla por última vez como se rasga ese papel de luto cuyos pliegos blancos del más fino papel pero con orla negra abruman pronto. ¡Con qué gusto se rasga todo el papel sobrante que ha quedado del luto que pasó!

Estaba Rodrigo en ese momento. Le habían herido sus contestaciones. Sabía cómo tendría que bajar la escalera y cómo la puerta del portal se «cerraba sola».

Rodrigo, comprendiendo que aquello había acabado, se abrochó la americana como el que se va y dijo:

—Quédate con él, ¡adiós!

Cristina le miró empujándole con la mirada hacia la puerta y cuando le vió cruzar el dintel, le gritó:

—Siento no poderle decir que volveré a ver a mi marido, pero sepa usted que le ví muchas veces, alternándole con usted...

Rodrigo volvió sobre sus pasos al sentir aquel golpe aturdidor, que le dió en mitad de la naríz, y le abrió la más copiosa fuente de la sangre.

Se asomó a la puerta del gabinete, pero al ver a la viuda con su traje negro, se contuvo. Si hubiera sido la mujer vestida de color, se habría abalanzado sobre ella con el ansia de hundir su rostro, de borrar en su cara el cinismo y la audacia, pero Rodrigo, parado en la puerta, la miró con desprecio, y desistiendo de todo, volvió a tomar el camino de la antesala, dando a la puerta del gabinete uno de esos portazos que hacen que se desprenda algo del yeso que aprieta el marco de la puerta a la pared.

Ella le había arrancado todos sus abrazos, todas sus voluptuosidades, todas sus condescendencias con haberle dicho aquello.

—Sí... Sí...—insistió ella colérica abriendo la puerta del gabinete y asomando en su dintel como una furia, como una mujer a la que destapan la boca en que pugnaban por salir los juramentos—. Y me encendía la sangre con su látigo, porque me pegaba con un látigo.

Y Cristina al decir eso se desgarraba más la bata y enseñaba más su carne como si enseñase en vez de aquella piel blanca y sin huellas, la piel cebrada por los latigazos, mostrando el desgarrón central entre las raíces de sus senos...

—Si tenía celos me pegaba... No como usted que quiere huir... Es adorar, vencer los repulgos y las ñoñeces con

la crueldad... El no me tuvo nunca repugnancia, él me tuvo odio, un odio que sólo ante esa frialdad con que usted me ha dicho que quiere irse, veo que era amor, el más supremo amor...

La escena se ponía cada vez más violenta, y Rodrigo, lleno de indiferencia, con un depego crispado iba hacia la uerta y había pasado sobrecogido por delante del espejo del perchero, la guillotina de las despedidas...

Dejaría el sombrero y el bastón en aquella casa, pero él huiría de aquella mujer que le había humillado hasta hacerle sentir la palidez de su rostro en el propio corazón. «¡Qué pálido debo estar!», pensaba con miedo de verse en los espejos. Y de pronto, raudo como un ladrón, echó a correr y se sintió en la calle, sin nada, vacío, deshecho, viudo de sí mismo, todo perdido... pero libre.

Tenía la ira del que después de muerto, ronda invisible y vacío su casa, y ve lo engañosa que es su viuda sin poderla recriminar ni castigar. Era como el espectro de sí mismo por el que se acababa de poner de luto aquella mujer. Ahora el otro resultaba el amante que se quedaba en su puesto.

¡Había acabado por ser él el marido fallecido de la viuda flemática y desvergonzada, que durante mucho tiempo sería su obsesión, más blanca al no verla y más negra al recordar sus ropas de viuda obscena!

Y Rodrigo se fué a su casa como el muerto que a raíz de su muerte comienza a ver el mundo de una manera muy distinta.

FIN

INDICE

Páginas

I.—En la misa de aniversario........................ 5
II.—Blanca, muy blanca................... 15
III.—La señora extraña a quien se abraza..... 27
IV.—Las primeras preguntas..... 37
V.—¿Viuda o casada?........................ 45
VI.—Soliloquios.............................. 53
VII.—¿Quién hay en la sala?................. 61
VIII.—Obsesión de la viuda.................. 69
IX.—Los espejos.............................. 77
X.—Cada vez más viuda..................... 83
XI.—La bata................. 89
XII.—Matan a un amante..................... 97
XIII.—La tarde del domingo.................. 107
XIV.—El cenicero lleno...................... 115
XV.—A la verbena en coche................. 123
XVI.—El separado............................ 135
XVII.—Días.................................... 143
XVIII.—El primer indicio...................... 155
XIX.—Sombra de harem......... 161
XX.—El falso viaje........................... 163
XXI.—El día más intenso.................... 171
XXII.—«¡Vámonos!».... 177
XXIII.—«¿Y tu fé de viuda?».................. 183

Páginas

XXIV.—París.................................. 187

XXV.—El goce de la libertad.................... 191

XXVI.—Viuda usual............................ 207

XXVII.—La broma del «cabaret»................. 215

XXVIII.—«Es la viuda de mí.» 219

XXIX.—Día de lluvia...................... 223

XXX.—El teatro de las viudas................... 233

XXXI.—¡Otra vez!............ 239

XXXII.—Vuelta................................ 247

XXXIII.—Una esquela y un retrato.............. 249

XXXIV.—Final................................. 257



